

ruralidades extremas

Entrevista a Smiljan Radić

Abuelas paisajistas de Chiloé, mujeres campesinas diseñadoras del paisaje cultural rural del archipiélago.

Macarena Almonacid, Danilo Cárcamo y Álvaro Montaña.

Estación de Monitoreo La Paciencia: Custodiar lo remoto. Sergio Araneda

Viviendas en el Desierto. Leo Carreño

El Valor del modo de habitar en la pequeña propiedad rural del sector de Puerto Río Tranquilo. Domingo Croxatto

Parque biológico La Laja, Plan Maestro de reconversión de relleno sanitario: Puerto Varas - Región de Los Lagos.

Jonas Figueroa

Naturaleza intermedia reflexiones sobre arquitectura, oficio y ecosistemas en la cuenca del Lago Budi. Francisca Salas y Ronald Burgos

Mirador de interpretación salinas de Lo Valdivia. Francisco Tacussis

CKALAMA LICKAN ANTAL. Andrea Valdés

Proyectar en Tierra del Fuego: Arquitectura y alianzas para habitar el fin del mundo. Camila Wirsching



ca

ca

ca

ca

ca

Ca

ca

ca

ca

ca

ca

www.colegioarquitectos.com



DISEÑA. CREA. CONSTRUYE.

Descubre una nueva alternativa
para CAD y BIM.



ESCANEA Y DESCUBRE MÁS



www.gstardesign365.com



+56 32 320 0015



sales@gstarcad.cl



Viña del Mar, Chile

Índice

Editorial

- 02 Editorial del Director CA y Presidente del Colegio de Arquitectos de Chile

Entrevista

- 03 Smiljan Radić

La voz del COA

- 07 - Comité de Género
09 - Comité de Patrimonio Arquitectónico y Ambiental
10 - Comité Derechos Humanos y Ciudadanos
12 - Comité de Tecnología
14 - Comité de Arquitectura Deportiva
16 - Comité de Gestión Inmobiliaria
17 - Comité de Hábitat y Vivienda

Tema Central

- 18 - Abuelas paisajistas de Chiloé, mujeres campesinas diseñadoras del paisaje cultural rural del archipiélago. Macarena Almonacid Burgos, Danilo Cárcamo Linnebrink y Álvaro Montaña Soto.
26 - Estación de Monitoreo La Paciencia: Custodiar lo remoto. Sergio Araneda Maiz
33 - Viviendas en el Desierto. Leo Carreño Zunino
43 - El Valor del modo de habitar en la pequeña propiedad rural del sector de Puerto Río Tranquilo. Domingo Croxatto Ullrich
50 - Parque biológico La Laja, Plan Maestro de reconversión de relleno sanitario: Puerto Varas - Región de Los Lagos. Jonas Figueroa Salas
54 - Naturaleza intermedia reflexiones sobre arquitectura, oficio y ecosistemas en la cuenca del Lago Budi. Francisca Salas Polgatz y Ronald Burgos Jiménez
62 - Mirador de interpretación salinas de Lo Valdivia. Francisco Tacussis Brangier
74 - Kkalama Lickan Antai. Andrea Valdés Canepa
84 - Proyectar en Tierra del Fuego: Arquitectura y alianzas para habitar el fin del mundo. Camila Wirsching Fuentes

La voz de las delegaciones

- 91 - Antofagasta
93 - Aysén
96 - Los Ríos
98 - Villarrica

Reseña de libros

Seminario

©CA 155

Ciudad y Arquitectura, Santiago Julio 2026

Edición y Producción: Equipo Revista Ciudad y Arquitectura
ISSN 0716-3622 / Colegio de Arquitectos de Chile A.G.
Alameda 115, Santiago Centro.

Representante Legal: Rodolfo Jiménez Cavieres

Director Revista: Rodolfo Jiménez Cavieres

Editor Responsable: Cristián Figueroa Claude

Comité Editorial: Tamara Rammsy; Estelí Slachevsky Aguilera;

José Piga Giles; Jorge Broughton Wainer; Marco Rodríguez Ormazabal.

Comité Editorial Técnico: Roberto Lobos Villaseca.

Foto portada y contraportada: Guillermo Villegas Barrios.

Fotos Viña Vik: Matilde Neira.

Diseño de portada: Cristián Figueroa Claude.

Diseño y diagramación: Astrid Orellana Abarca.

Impresión: www.cerebrodigital.cl

Arquitectura para territorios que enseñan

Con mucha alegría presentamos el número 155 de Revista CA. Aunque la numeración nos recuerda una larga trayectoria, este ejemplar tiene un significado especial: es el segundo número de una nueva etapa, luego de un prolongado período de ausencia. Volver a encontrarnos con nuestras lectoras y lectores, volver a abrir un espacio para la reflexión disciplinar y volver a recorrer los territorios que dan forma a Chile es también una forma de reafirmar el sentido de esta publicación.

En esta edición proponemos desplazar la mirada desde los centros habituales de la disciplina hacia aquellos territorios que, por demasiado tiempo, fueron leídos como margen: desiertos, archipiélagos, salares, cuencas rurales, rellenos sanitarios en reconversión, pequeñas propiedades agrícolas, bordes lacustres, comunas australes y áreas de conservación. No se trata de una edición sobre lo remoto como postal, ni sobre la ruralidad como residuo de lo urbano. Los artículos reunidos muestran, con matices diversos, que en esos lugares se condensan algunas de las preguntas más urgentes de la arquitectura contemporánea: cómo habitar con menos, cómo proyectar desde el clima, cómo reconocer saberes locales, cómo cuidar ecosistemas frágiles, cómo sostener comunidades y cómo transformar la escasez en inteligencia constructiva.

Las experiencias presentadas recorren Chile de norte a sur. En el mundo Lickan Antai y en las viviendas del desierto de Atacama aparece una arquitectura donde el patio, la sombra, el adobe, la piedra, la orientación y la relación con el exterior no son recursos formales, sino respuestas acumuladas por generaciones frente a un medio extremo. En Chiloé, la investigación sobre las “abuelas paisajistas” permite reconocer el papel de las mujeres campesinas en la configuración del paisaje cultural rural, recordándonos que muchas veces el diseño del territorio ha sido anónimo, doméstico, productivo y profundamente colectivo. En Puerto Río Tranquilo, la pequeña propiedad rural aparece como una forma de habitar construida desde el aislamiento, la memoria colonizadora, el trabajo familiar y la adaptación cotidiana.

Otros artículos ponen el acento en la arquitectura como mediación entre intervención y cuidado. La Estación de Monitoreo La Paciencia, en Karukinka, plantea una pregunta decisiva: cuándo construir puede ser una forma de proteger. Allí la arquitectura no busca dominar el paisaje, sino habilitar una presencia mínima, estacional y atenta. Algo similar ocurre en Timaukel, donde proyectar equipamientos públicos en Tierra del Fuego exige articular identidad local, capacidades institucionales, alianzas público-privadas y condiciones logísticas extremas. En la cuenca del lago Budi,

la noción de naturaleza intermedia permite comprender el proyecto como lectura de procesos ecológicos, oficios y paisajes productivos más que como imposición de un objeto. En las Salinas de Lo Valdivia, el mirador de interpretación revaloriza un oficio ancestral y demuestra que una pequeña obra puede activar memoria, pedagogía y continuidad territorial. En Puerto Varas, la reconversión del relleno sanitario La Laja en parque biológico abre una discusión necesaria sobre reparación ambiental, educación ciudadana y transformación de infraestructuras degradadas.

En conjunto, estos trabajos cuestionan una idea todavía persistente: que la innovación arquitectónica proviene siempre de la alta tecnología, la gran escala o la concentración metropolitana. Aquí la innovación aparece de otra manera: en el espesor del muro de adobe, en la lectura del viento, en la sombra de una ramada, en el orden de una huerta, en la economía de medios, en la gestión de una obra pequeña, en la capacidad de una comunidad para sostener prácticas que el discurso disciplinar muchas veces descubre tarde.

Este número invita, por tanto, a entender la ruralidad extrema no como carencia, sino como una condición territorial compleja, donde se cruzan vulnerabilidad, patrimonio, ecología, soberanía, producción y cultura. También nos recuerda que proyectar en estos contextos exige humildad: antes de diseñar, hay que observar; antes de intervenir, comprender; antes de proponer, reconocer las inteligencias ya presentes en el lugar.

Junto a este recorrido por diversos territorios del país, esta edición incluye además una entrevista a Smiljan Radić, una de las voces más relevantes de la arquitectura chilena contemporánea, cuyas reflexiones permiten ampliar y enriquecer las discusiones que atraviesan este número.

Como Colegio de Arquitectos y como revista disciplinar, publicar estos artículos implica asumir una responsabilidad: ampliar el campo de lo que consideramos relevante para la arquitectura chilena. El futuro disciplinar no se juega solo en nuestras ciudades densas, sino también en los territorios que las sostienen, las alimentan, las abastecen, las equilibran y, muchas veces, las interpelan. En este segundo número de la nueva etapa de Revista CA, los invitamos a recorrer estas páginas con curiosidad, atención y apertura. Leer estas obras e investigaciones es reconocer que Chile no se entiende desde un único centro, y que la arquitectura, cuando se practica con atención, puede ser una forma de justicia territorial.

Rodolfo Jiménez
Presidente del Colegio de Arquitectos de Chile

Entrevista a Smiljan Radić Clarke, premio Pritzker 2026

Por:
Alexandra Garín Franz
Arquitecta PUCV,
Magíster en
Comunicación
Digital y Transmedia.

AG: Por segunda vez, un arquitecto chileno recibe el Premio Pritzker. Podría parecer improbable —apenas 55 ganadores en el mundo—, pero más allá de las cifras, el reconocimiento vuelve a situar una pregunta: ¿desde dónde se ha construido esta arquitectura chilena reciente?

En Chile, el reconocimiento a la arquitectura se ha estructurado principalmente entre premios a la trayectoria y distinciones a obras específicas. Entre ambos, se configura un campo donde la arquitectura se valida tanto por su acumulación en el tiempo como por su capacidad de producir casos singulares. Sin embargo, más allá de estos sistemas de validación, la pregunta por cómo se construye una práctica arquitectónica relevante permanece abierta.

En ese contexto, el reconocimiento a Smiljan Radić parece desmarcarse de cualquier lectura unívoca. No hay en su obra un patrón dominante, ni un material que se imponga sobre otros, tampoco un lenguaje que lo encasille fácilmente. Cada proyecto aparece como una excepción, como si respondiera a una lógica propia.

El propio Radić lo ha señalado: “la mayoría de los edificios han sido ensayos; pensarlos como una totalidad o como una tesis no me gusta”... Sin embargo, en esa aparente dispersión, emergen ciertas insistencias: una relación intensa con el entorno, una materialidad que oscila entre lo pesado y lo frágil, y una arquitectura que, más que imponerse, parece situarse en el límite de su propia desaparición.

Su obra se instala así en un territorio inestable —no solo geográfico, sino también disciplinar—, donde los proyectos operan como ensayos: aproximaciones sucesivas en las que la arquitectura se debate entre el peso de lo material y la posibilidad de diluirse en el contexto.

Visitamos la exposición de la Fundación Arquitectura Frágil en el Museo Nacional de Bellas Artes, así como su reciente conversación pública, para abrir —más que una entrevista— un espacio de diálogo.

Partamos con la exposición en el Bellas Artes. En *Tiras de prueba*, la arquitectura aparece no como obra construida, sino como un conjunto de piezas, imágenes, dibujos, fragmentos y referencias —muchas veces de proyectos que no existen o que nunca se materializaron—.

¿Le interesa pensar la arquitectura, antes que como construcción, como un campo de exploración donde las ideas, incluso las no realizadas, tienen el mismo peso que la obra construida?

SR: A mi juicio, deberíamos entender la arquitectura como un campo expandido que se despliega en múltiples soportes, donde el artefacto construido y en uso constituye, sin duda, una prueba última, pero no única. Lo relevante es que dichos soportes permitan redefinir la disciplina, evitando convertirla en un espacio difuso donde “todo” tenga cabida.





Históricamente, las arquitecturas no construidas han sido capaces de generar un legado incluso mayor que una gran cantidad de edificios realizados. Un ejemplo evidente es el trabajo de Frederick Kiesler. En ese sentido, discutir qué tiene mayor peso resulta irrelevante, en la medida en que todos estos soportes nutren una práctica, una manera de reparar en el mundo.

AG: En varias de sus obras aparece una tensión entre estructura y relato, entre lo constructivo y lo casi narrativo.

¿Cómo conviven en su trabajo esas dos dimensiones?

SR: No se trata de una tensión, sino de una necesaria compañía mutua dentro de mi práctica, algo que, con los años de trabajo, se ha vuelto evidente y casi dado por hecho. En los proyectos más “distráidos”, es decir, aquellos que se alejan de una práctica habitual, esta compañía se vuelve aún más indispensable.

AG: Usted ha señalado que sus obras funcionan más como ensayos que como resultados cerrados. ¿Ese carácter se define desde el inicio del proyecto, o aparece en el proceso?

SR: Cuando se dirige una oficina pequeña, el trabajo se organiza en torno a clientes y concursos; ambos hay que

ganarlos. No queda mucho margen para otras actividades y, además, suelen aparecer de manera intempestiva. En este contexto, no existen verdaderos tiempos de investigación, sino más bien instancias de ensayo dentro de una práctica marcada por la prueba y el error constante.

La noción de “investigación” en arquitectura, promovida principalmente desde la academia, me parece que tiene una escasa sintonía con la realidad cotidiana de una oficina. En cambio, el ensayo resulta especialmente fascinante, precisamente porque no necesita ser concluyente.

AG: ¿Dónde comienza realmente una obra en su caso: en el dibujo, en la conversación, en el encargo o en una investigación previa?

SR: Depende de cada caso; no hay una regla fija. Puede comenzar en el propio computador, a partir de una falla al teclear un comando, o bien surgir de referencias de diversa índole que, muchas veces, escapan al ámbito de la arquitectura. También puede originarse en la experiencia directa de los lugares visitados...

AG: Muchas de sus obras admiten múltiples lecturas, casi como si fueran abiertas a interpretación. ¿Le interesa esa condición, o hay un relato más preciso que busca construir?



SR: Todas las cosas están abiertas a múltiples interpretaciones. Por fortuna, intentar cerrarlas es una batalla perdida. Siempre digo que, cuando veo impresa una monografía de mis obras, estas parecen, a primera vista, realizadas por distintos arquitectos, y eso me resulta especialmente estimulante. Esquivar el aburrimiento debería ser uno de los principales motivos para hacer arquitectura, algo que se debería enseñar.

AG: En su caso, ¿ese vínculo aparece como una condición de trabajo, una inspiración o, más bien, como una distancia respecto de lo urbano, para provocar una lectura narrativa asociada al paisaje que la envuelve?

SR: La noción de “inspiración” le ha hecho mucho daño a la arquitectura, y plantear una estructura narrativa que

pueda producir un efecto o guiar una determinada lectura es algo que hoy es difícil e insensato, a decir lo menos.

Lo único que hago es presentar, de la manera más precisa posible, aquello que realizo. Preciso en el sentido de intentar explicarlo lo mejor que puedo, de la forma más honesta, que no necesariamente coincide con la más clara.

AG: En obras como la bodega de la Viña Vik, la arquitectura parece más bien retirarse que imponerse. En ella, la arquitectura no se presenta como un objeto que se impone sobre el territorio, sino como una operación más silenciosa: una que parece apartarse, hundirse, diluirse en la topografía del valle.

Ubicada en Millahue, en medio de un paisaje productivo intensamente modelado, la obra evita el gesto evidente.





No hay aquí una figura que domine el horizonte ni un volumen que reclame centralidad. En cambio, el edificio se pliega, se fragmenta y se inscribe en el terreno, como si su presencia dependiera precisamente de no hacerse del todo visible.

La bodega —enterrada en parte— funciona más como una continuidad del suelo que como una interrupción. El recorrido no es frontal ni inmediato: se accede lateralmente por un atrio abierto, en un desplazamiento que va revelando de manera progresiva el tamaño del espacio, casi como si se tratara de un hallazgo más que de una llegada.

En ese gesto, la obra tensiona una pregunta más amplia: ¿puede la arquitectura operar con un protagonismo de la extensión horizontal en el espacio rural? ¿Puede construir sentido desde la sutileza de sus elementos en lugar de la afirmación?

SR: Sí, puede.

AG: ¿Le interesa esa idea de una arquitectura que, en lugar de aparecer, tiende a desaparecer en el paisaje?

SR: Se trata, ante todo, de minimizar el daño. En este sentido, hemos perdido cierta “motricidad fina”, entendida como la capacidad de intervenir el territorio con precisión y cuidado, tanto en sus dimensiones materiales —desde las fundaciones— como en los imaginarios que lo configuran. De este modo, cada intervención se realiza bajo la latente posibilidad de producir un daño desmedido.

Creo que, en el contexto chileno, la naturaleza, entendida como un producto de exportación asociado a la llamada “imagen país”, tiende a operar como un efecto placebo. En este sentido, funciona como una suerte de salvoconducto que permite desatender los entornos más inmediatos y cotidianos: la ciudad, espacio donde, en última instancia, se desarrolla la vida de la mayoría. **ca**

Arquitectura, Mujeres y Cuidados en la Ruralidad Extrema

El diseño de nuestros entornos habitables históricamente ha obviado una dimensión fundamental de la sociedad: el trabajo de cuidados. En Chile, las cifras son elocuentes: el **71% de las personas que asumen labores de cuidado son mujeres** (EBS, 2021). Y el impacto territorial de esta cifra es crítico: las mujeres que habitan zonas rurales tienen más probabilidades de marginarse del mercado laboral remunerado exclusivamente para asumir quehaceres del hogar y cuidados, en comparación con sus pares urbanas.

Cuando observamos que el peso de estas labores recae casi exclusivamente sobre las mujeres, la ruralidad extrema actúa como un amplificador de las desigualdades de género. Quienes sostienen los roles reproductivos y de cuidado se ven enfrentadas a adversidades agudas: la falta de accesibilidad a servicios y equipamiento básicos, junto con la dispersión territorial, merman drásticamente su calidad de vida.

Si en los radios urbanos el desplazamiento y el acceso a infraestructura dura ya suponen una carga de tiempo y energía (la llamada “pobreza de tiempo”, Vickery, 1977), en las ruralidades extremas la tiranía de las distancias convierte esta complejidad en una crisis invisible. En este contexto de aislamiento, surge una interrogante arquitectónica y social ineludible: **¿Quién sostiene a esas mujeres cuidadoras? ¿Cuáles son sus redes de apoyo familiares e institucionales cuando la geografía las separa?**

Cuando la planificación rural intenta poner a las personas en el centro —como lo plantea el urbanismo con perspectiva de género (Chinchilla, 2020; Falú, 2009; Jacobs, 1961/2011; Muxí, 2018)—, se enfrenta contra el desafío de la accesibilidad física. Las grandes extensiones entre viviendas e infraestructura pública transforman la provisión de servicios en una tarea compleja. Frente a esta dispersión, las respuestas espaciales deben mutar: ya no basta con la dependencia de un centro urbano lejano, sino que se requiere generar soluciones de soporte que operen tanto a escala individual (la vivienda) como colectiva (la comunidad).

Esto nos lleva a replantear el diseño rural desde sus cimientos. Frente al aislamiento extremo, cabe preguntarse: ¿Qué tan equipada tiene que estar una casa y cuánta autonomía debe considerar?



Desde nuestra disciplina, la vivienda en ruralidad extrema no puede concebirse solo como un refugio, sino como un **nodo productivo y reproductivo de alta resiliencia**. Para mitigar la brecha de género, el diseño debe idealmente considerar autonomía hídrica y energética (sistemas de captación de aguas lluvias, reciclaje de aguas grises, paneles solares, diseño pasivo), equipamiento para la independencia alimentaria y sanitaria, y una ergonomía que facilite físicamente el trabajo doméstico, reduciendo el desgaste físico de las cuidadoras.

Sin embargo, **la autonomía de la vivienda no debe ser sinónimo de aislamiento social**. El exceso de autosuficiencia individual puede recluir aún más a la mujer en el espacio privado. Por ello, la respuesta arquitectónica debe proponer una red de infraestructura comunitaria de proximidad basada en el diseño multipropósito, con pertinencia territorial. Se hace esencial que responda al contexto geográfico, climático, social y cultural donde se emplaza. Para materializar esto en el territorio, podemos observar cuatro tipologías de intervención:

- **Centros comunitarios de cuidado:** A pesar de su reciente implementación, proponen cumplir una función estructural: cuidar a quienes cuidan y son cuidados mediante la asistencia en labores de cuidado, la realización de talleres y capacitaciones, actividades comunitarias, espacios de encuentro y traspaso de saberes. Se personalizan según las necesidades de las personas.

- **Escuelas-nodo de cuidado (infraestructura de uso extendido):** A menudo, la escuela es la única infraestructura pública del territorio. Desde un enfoque de género, este edificio no debe cerrar sus puertas a media tarde. Puede diseñarse con espacios anexos que funcionen como centros comunitarios fuera del horario de clases: lugares donde las mujeres puedan organizar guarderías rotativas para el cuidado infantil, acceder a conectividad satelital para trámites o realizar asambleas y capacitaciones.
- **Postas multipropósito y de acogida:** El acceso a la salud es una de las mayores urgencias. Una posta rural debe ir más allá del box de atención médica tradicional. Espacialmente, debe incluir salas equipadas para la telemedicina (evitando viajes de un día entero hacia la ciudad) y, de manera crítica, un módulo de acogida temporal: una habitación segura para mujeres que enfrentan violencia de género, una realidad que en las zonas aisladas queda invisibilizada por la falta de recintos de acogida para los diversos tipos de violencia.
- **Lavaderos comunitarios contemporáneos:** Históricamente, lavar la ropa era una actividad social, pero conllevaba un desgaste físico brutal. Un diseño moderno propone módulos comunitarios techados que centralizan el uso del agua y la energía (incorporando, por ejemplo, recolección de aguas lluvias y calentadores solares). Al hacer de esto un espacio digno y confortable, no solo se optimizan recursos críticos, sino que se recupera un espacio de sociabilidad y redes de apoyo entre mujeres, rompiendo el aislamiento de la parcela individual.
- **Nodos de procesamiento de alimentos (cocinas comunitarias):** En la ruralidad, la conservación para el invierno (conservas, deshidratados) recae casi en su totalidad en las mujeres. Un nodo de procesamiento es un espacio equipado con herramientas semiindustriales (hornos eficientes, esterilizadores, mesones de acero inoxidable) que sería inviable tener en cada casa. Esta infraestructura permite trabajar en red, reducir tiempos de labor y generar excedentes para la comercialización, fomentando la autonomía económica.

Cerrar las brechas de género en la ruralidad extrema exige una arquitectura que entienda la vivienda como un soporte vital altamente equipado, pero profundamente enlazado a una red comunitaria. Solo así, el entorno construido y las largas distancias dejarán de ser un obstáculo para convertirse en un aliado de quienes sostienen la vida en los territorios más apartados.

Natalia Bustos Leiva y
Javiera Salinas Solari
Arquitectas

Comité de Género
Colegio de Arquitectos de Chile

Referencias

- Chinchilla, I. (2020). *La ciudad de los cuidados*. Los Libros de la Catarata.
- Falú, A. (Ed.). (2009). *Mujeres en la ciudad: De violencias y derechos*. Red Mujer y Hábitat de América Latina.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades* (A. Abad, Trad.). Capitán Swing. (Obra original publicada en 1961).
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia. (2021). *Encuesta de Bienestar Social (EBS)*. Subsecretaría de Evaluación Social, Gobierno de Chile.
- Muxí, Z. (2018). *Mujeres, casas y ciudades: Más allá del umbral*. dpr-barcelona.
- Vickery, C. (1977). The time-poor: A new look at poverty. *The Journal of Human Resources*, 12(1), 27–48. <https://doi.org/10.2307/145597>

Dos paradojas del patrimonio y las ruralidades extremas en Chile

Nuestra Zona Norte, a principios del siglo XVI, representaba el territorio rural más extremo posible del “Collasuyu” o “Tawantinsuyu” (provincia) que el imperio inca había creado apenas unos treinta años antes de ser conquistado por los españoles. Pero a pesar de la brevedad de aquella creación, el confiable cronista Diego de Rosales nos reporta, hacia la década de 1670, su encuentro con los restos aún visibles de los caminos, unos por el llano y otros por las altas cumbres, indistintamente llamados “Camino de Chile” o “del Inca”. A su vez, a principios de la década de 1540, esto es, a pocos meses de la fundación de Santiago, un anónimo escribiente del Cabildo nos reporta la existencia de “tambos”, una palabra de origen quechua para edificaciones de abastecimiento y alojamiento a lo largo de los caminos del ya extinguido Collasuyu. Por eso, salvo algún eventual hallazgo arqueológico que en el futuro lo desmienta, estos caminos y refugios construidos para vencer distancias y alturas extremas también fueron, literalmente, los primeros en traer de la lejanía técnicas mayores desconocidas localmente, aunque muy adecuadas para construir las zonas más pobladas, con obras que iban de la ingeniería hidráulica a la arquitectura pétrea, incluso adaptándose a una permanente condición sísmica.

En nuestra Zona Central, entre los siglos XVII y XIX, esa misma condición sísmica explica, por ejemplo, que nuestra arquitectura doméstica más antigua, de origen primordialmente rural y mestizada con aportes tanto precolombinos como andaluces, tienda a ser descrita por los historiadores con adjetivos expresivos como “robusto”, en el caso de Greve (“Es de suponer que los adobes [gozaban del prestigio de ser] muy robustos”), o “maciza”, en el de Benavides (“De maciza volumetría [es el tipo] que se construye desde el primer medio siglo colonial”²).

Una arquitectura rural que, además, a principios del siglo XX, tuvo que reinventarse constructivamente por causa de desastres naturales. Como en el caso de Curepto, una localidad rural que todavía era relativamente extrema para las posibilidades de viajar a finales de 1928, cuando sufrió un devastador terremoto que daría origen a las primeras reglamentaciones antisísmicas en Chile, que extendieron la práctica de estructurar preferentemente con muros en desmedro de pórticos, lo que extendería una singularmente efectiva tradición constructiva local y que, de paso, también explica la creación de un prolífico patrimonio urbano, que debe en una importante parte su supervivencia al aprendizaje técnico tras aquel desastre acontecido en plena ruralidad.



Colección Ignacio Julio Montaner

Y en nuestra Zona Austral, hacia fines del siglo XIX, por una condición esencialmente marítima en donde puertos, pequeñas caletas o simples puntos de acopio como bodegas o frigoríficos representaban la primera posibilidad continental de fondeo para las naves que doblaban el difícil Cabo de Hornos, al menos hasta la apertura del Canal de Panamá a mediados de 1914; se puede explicar la introducción temprana de varias prácticas constructivas, mucho antes que en las zonas más centrales y urbanas, con usos que luego serían tan comunes como el del ladrillo prensado, que comenzó copiándose de símiles traídos de ciudades europeas (como el ejemplar que ilustra esta nota, Ca. 1904) o de inventos como el hormigón armado, cuando su aplicación aún estaba sometida legalmente a patentes extranjeras.

Estos ejemplos, como muchos otros, acaso debidos a la peculiaridad geográfica, casi insular, de habitar el límite sur de América, nos revelan una paradoja: la de que, en Chile, muchas de las más apreciables creaciones muebles e inmuebles que alguna vez fueron novedosas, y que finalmente han devenido en un valioso patrimonio urbano, podrían tener una procedencia rural y/o extrema.

Una segunda paradoja concurre: la de identificar y proteger un patrimonio rural que solo representa un 21,4% del total actualmente inventariado como tal a lo largo de Chile³. En consecuencia, es parte de nuestra misión como Comité superar esta contradicción apoyando los estudios y las prácticas necesarias para proteger este valioso patrimonio rural extremo, donde comenzó todo.

Ignacio Julio Montaner
Arquitecto, ICA 5442

Comité de Patrimonio Arquitectónico y Ambiental
Colegio de Arquitectos de Chile A.G.

Notas:

1. Greve, Ernesto. *Historia de la Ingeniería en Chile*. Tomo II. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1938; 29.

2. Benavides, Alfredo. *La Arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1988; 109.

3. Aguayo, Carolina, Hauway, Vanessa y Pinchón, Karka. “Actualización del inventario. Patrimonio cultural inmueble de Chile”. Ponencia en: Primer Congreso de Intervención en el Patrimonio Arquitectónico y Urbano. Santiago de Chile: Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, 2026 (marzo); 8.

Memoria, un legado permanente

ARQUITECTA Y ARQUITECTOS DETENIDOS DESAPARECIDOS Y EJECUTADOS POLÍTICOS



LEOPOLDO RAÚL BENÍTEZ HERRERA
Arquitecto P.U.C.
Asesinado 17.09.1973



ALEJANDRO RODRÍGUEZ URZÚA
Arquitecto U. Chile
Detenido 27.07.1976



IDA AMELIA VERA ALMARZA
Arquitecta U. Chile
Detenido 19.11.1974



CARLOS ALFREDO GAJARDO WOLFF
Arquitecto U. Valparaíso
Detenido 20.09.1974



FRANCISCO EDUARDO AEDO CARRASCO
Arquitecto U. Chile
Detenido 07.09.1974

El Comité de Derechos Humanos y Ciudadanos fue creado en 1986, siendo una de sus fundadoras y primera presidenta hasta 2004 la arquitecta Ana María Barrenechea Grünwald (1928-2017), quien obtuvo el Premio Alberto Risopatrón 2011 por su destacada labor gremial. Hoy la recordamos además por su aporte en relación con el tema central del presente número de la revista CA —la ruralidad—, para lo cual nos remontaremos a los años de la Reforma Agraria, cuando Anita, junto a Miguel Lawner y Sergio González, realizaron el Seminario de investigación

“Antecedentes para una Planificación Rural” en la comuna de Paine, donde localizaron luego su proyecto de título “Remodelación de la Hacienda del pueblo de Hospital”. El proyecto se emplazaba en un predio de propiedad de la Iglesia Católica, que fue subdividido para construir viviendas de campesinos, mercado, escuela, posta de salud, teatro y canchas deportivas, incluyendo el mejoramiento de la estación de ferrocarriles existente. El proyecto fue calificado con nota máxima y expuesto públicamente en la FAU.

Nuestra misión como comité es relevar y promover los derechos humanos dentro y fuera del ámbito profesional, relacionándonos con estudiantes, profesionales y organizaciones que promueven los derechos humanos. Entre otras actividades, participamos en la Coordinadora de Derechos Humanos de Colegios Profesionales desde hace varios años.

Como arquitectas y arquitectos, debemos asumir el rol que nos compete en la creación y defensa de un medio ambiente y hábitat digno y justo, con una vivienda adecuada, con perspectiva de género, con respeto a los derechos humanos y ciudadanos de las personas en tanto habitantes del espacio urbano, en el ámbito del derecho a la ciudad y al territorio. Por lo tanto, resulta fundamental la interacción con otros comités del Colegio. Para el año 2026 hemos programado algunas charlas dentro del Programa Nacional de Inducción y Capacitación PNIC, en el que hemos participado en años anteriores. Podemos mencionar, por ejemplo, uno de los temas que trataremos, relacionado con la inversión un tanto acelerada en proyectos de escala intermedia observada en pueblos del norte, mediante los

ARQUITECTA Y ARQUITECTOS DETENIDOS DESAPARECIDOS Y EJECUTADOS POLÍTICOS



LEOPOLDO RAÚL BENÍTEZ HERRERA
Arquitecto P.U.C.
Asesinado 17.09.1973



ALEJANDRO RODRÍGUEZ URZÚA
Arquitecto U. Chile
Detenido 27.07.1976



IDA AMELIA VERA ALMARZA
Arquitecta U. Chile
Detenido 19.11.1974



CARLOS ALFREDO GAJARDO WOLFF
Arquitecto U. Valparaíso
Detenido 20.09.1974



FRANCISCO EDUARDO AEDO CARRASCO
Arquitecto U. Chile
Detenido 07.09.1974



YACINTO ORLANDO JARAMÓN GUZMÁN
Arquitecto U. Valparaíso
Detenido 12.08.1973



LUIS ALBERTO GUENDELMAN WISMAR
Arquitecto U. Chile
Detenido 02.08.1974



MARIO FERNANDO PEÑA SOLARÍ
Escultor, hijo político de
Arquitecto U. Chile
Detenido 09.12.1974



CARLOS ELADIO SALCEDO MORALES
Escultor, hijo político de
Arquitecto U. Chile
Detenido 14.08.1974



PATRICIO WAINZAND GONZÁLEZ
Escultor, hijo político de
Arquitecto U. Chile
Asesinado 08.02.1983

Comité de Derechos Humanos y Ciudadanos Colegio de Arquitectos de Chile A.G. 2021



Cuadro Memorial en homenaje a ocho arquitectos detenidos desaparecidos y dos colegas asesinados, en la sede del Colegio de Arquitectos.



YACTONG ORLANDO JUANTOK GUZMÁN
Arquitecto U. Valparaíso
Detenido 12.09.1973



LUIS ALBERTO GUENDELMAN WISNIAK
Arquitecto U. Chile
Detenido 02.09.1974



MARIO FERNANDO PEÑA SOLARI
Estudiante, título póstumo de
Arquitecto U. Chile
Detenido 09.12.1974



CARLOS ELADIO SALCEDO MORALES
Estudiante, título póstumo de
Arquitecto U. Chile
Detenido 16.08.1974



PATRICIO MANZANO GONZÁLEZ
Estudiante, título póstumo de
Arquitecto U. Chile
Asesinado 09.02.1985

FRIL (Fondo Regional de Iniciativa Local hasta 2.000-5.000 UTM), que permiten financiar proyectos de infraestructura menor, tales como servicios básicos, vialidad urbana, espacios públicos y multicanchas techadas, con el objetivo de mejorar la calidad de vida de la población, enfocados en desarrollo comunitario y social, algunos localizados en zonas rurales.

Una tarea permanente del comité es la memoria y reparación histórica a colegas víctimas de violaciones a los derechos humanos, participando activamente en proyectos de memoriales y declaraciones públicas en fechas conmemorativas. Los memoriales constituyen hitos patrimoniales relevantes de la historia de nuestro país, y nuestro comité ha colaborado desde los inicios en la gestión y ejecución de ellos. Por nombrar algunos, están el “Memorial a Francisco Aedo, Carlos Gajardo y Yactong Juantok, arquitectos académicos detenidos desaparecidos” en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Valparaíso; la “Plazoleta Arquitecta Ida Vera Almarza, detenida desaparecida desde el 19-11-1974” en Merced con Monjitas, Barrio Parque Forestal, comuna de Santiago, inaugurada en 2024, un espacio de reflexión con presencia permanente de nuestro comité; el “Monumento Público en homenaje a mujeres familiares de detenidas y detenidos en el Estadio Nacional, víctimas de la represión política a partir del Golpe Civil Militar de 1973” en Av. Campo de Deportes, acera norte, frente al Estadio Nacional, comuna de Ñuñoa, cuyo proyecto hemos apoyado con carta enviada en marzo de 2025 al Consejo de Monumentos Nacionales; y el monumento público “Mujeres en la Memoria”, ubicado originalmente en la explanada sobre la estación de Metro Los

Héroes (2006), participando desde 2010 en gestiones con diversos actores y organismos involucrados, incluidos los autores del proyecto, para su recuperación y traslado a su ubicación actual en el Paseo Bulnes (inaugurado en 2025). En este caso, ha sido una gestión conjunta con el Comité de Género desde su creación en 2021.

Nuestro compromiso por mantener viva la memoria y el reconocimiento al legado de colegas víctimas de violencia política es permanente. Les invitamos a visitar en la sede nacional del Colegio el “Cuadro Memorial en homenaje a ocho arquitectos detenidos desaparecidos y dos arquitectos asesinados”. Asimismo, invitamos especialmente a estudiantes y nuevas generaciones de colegas a leer la versión digital del libro testimonial *Ocho Arquitectos en la Memoria* (Fundación Espacio y Desarrollo, 2005), elaborado por el comité, accesible desde la página oficial del Colegio, un libro hermoso, emotivo y necesario, con mucha información sobre el trabajo y trayectoria de estos colegas, cuyo importante legado permanece vigente.

Viviana Teuche Vega
Arquitecta

Presidenta Comité
Derechos Humanos y Ciudadanos
Colegio de Arquitectos de Chile

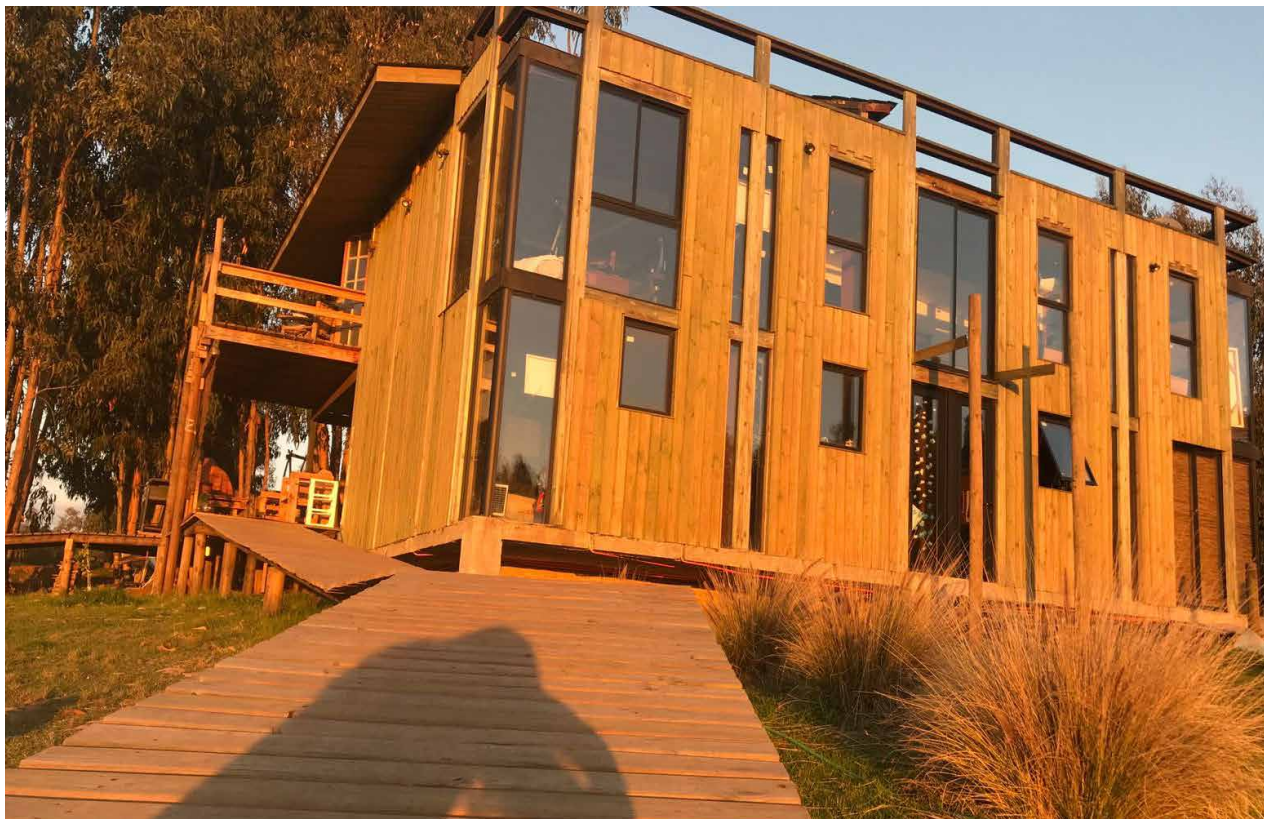
Arquitectura rural extrema: entre territorio, tecnología y habitabilidad contemporánea

Habitar en territorios rurales extremos en Chile ha sido históricamente un ejercicio de adaptación, donde la arquitectura responde a condiciones climáticas, geográficas y de aislamiento. En estos contextos, la vivienda no se concibe como un objeto aislado, sino como parte de un sistema mayor donde interactúan el paisaje, los recursos disponibles y las dinámicas humanas. Hoy, este desafío se redefine: ya no se trata solo de resistir el entorno, sino de interpretarlo, integrarse a él y potenciarlo mediante nuevas herramientas tecnológicas que permitan mejorar la calidad de vida sin perder el vínculo con el territorio.

Las experiencias recientes evidencian dos dimensiones complementarias. Por un lado, una arquitectura que surge desde la lectura sensible del territorio, donde el paisaje, los materiales y los sistemas naturales ordenan el proyec-

to. Por otro, la necesidad de incorporar tecnología para mejorar la eficiencia, la conectividad y la habitabilidad. Esta tensión no debe entenderse como una contradicción, sino como una oportunidad de integración. El desafío contemporáneo es articular ambas miradas en un modelo coherente que permita habitar de manera más consciente y eficiente.

En contextos rurales extremos, el primer gesto arquitectónico es comprender. El territorio impone reglas claras: pendientes, vientos dominantes, escasez hídrica estacional, radiación solar variable y suelos con características específicas. Estas condiciones obligan a tomar decisiones informadas respecto al emplazamiento, la orientación y la forma construida. Se privilegian ubicaciones protegidas, se aprovechan microclimas naturales y se diseñan soluciones



Andrea Korn, arquitecta. MANTAGUA, V Región. Arquitectura Bioclimática y Biofiltros.

que reduzcan la exposición ambiental directa. La arquitectura deja de imponerse y comienza a dialogar con el entorno.

Esta lectura se traduce en decisiones concretas como el uso de materiales locales, sistemas constructivos coherentes con el lugar y estrategias como la elevación sobre pilotes para proteger la estructura de la humedad o adaptarse a la topografía. La utilización de madera, piedra, tierra o sistemas mixtos permite no solo reducir la huella ambiental, sino también integrarse visual y materialmente al paisaje. La vivienda se transforma así en una extensión del territorio, más que en una intervención disruptiva.

A partir de esta comprensión surgen soluciones de autosuficiencia que permiten sostener la vida en aislamiento. La captación de agua desde distintas fuentes, la reutilización de aguas grises, la generación de energía mediante sistemas fotovoltaicos y la gestión de residuos bajo principios de economía circular constituyen una base operativa eficiente. Estos sistemas permiten reducir la dependencia de redes urbanas y aumentar la resiliencia frente a escenarios de escasez o interrupción de servicios.

Sin embargo, en muchos casos, estos sistemas funcionan de manera manual, dependiendo de la observación constante de sus usuarios. Esto limita su eficiencia y dificulta su replicabilidad. Es aquí donde la tecnología adquiere un rol estratégico. La incorporación de sensores, monitoreo en tiempo real y sistemas automatizados permite transformar la autosuficiencia en un sistema inteligente capaz de optimizar recursos y anticipar escenarios.

En términos energéticos, la posibilidad de monitorear el consumo en tiempo real, automatizar sistemas de iluminación o calefacción y mejorar el almacenamiento energético mediante nuevas tecnologías permite reducir pérdidas y optimizar el uso de la energía disponible. La vivienda ya no solo produce energía, sino que la gestiona activamente, adaptándose a los hábitos de sus habitantes y a las condiciones del entorno.

En el ámbito hídrico, la incorporación de tecnología permite medir niveles de almacenamiento, controlar la calidad del agua y automatizar procesos de riego según condiciones reales del suelo. Este cambio implica pasar desde una lógica de administración a una lógica de gestión basada en datos, donde las decisiones se toman a partir de información precisa. Esto es especialmente relevante en zonas donde el agua es un recurso crítico.

La conectividad se ha convertido en un elemento central de la habitabilidad contemporánea. El acceso a internet en territorios rurales permite superar barreras históricas, habilitando el trabajo remoto, la educación a distancia y el acceso a servicios de salud. La vivienda rural deja de ser un espacio aislado para convertirse en un nodo conectado, capaz de integrarse a redes más amplias sin perder su localización territorial.



Marie Nicole Domange, arquitecta. Monte Grande, Elqui, Coligues y Adobes del lugar.

Del mismo modo, la tecnología permite mejorar la accesibilidad y la seguridad en estos entornos. Sistemas de iluminación automatizada, monitoreo remoto y herramientas de comunicación pueden marcar una diferencia significativa en la calidad de vida de las personas, especialmente en el caso de adultos mayores o habitantes con movilidad reducida. La arquitectura incorpora así una dimensión social más amplia, vinculada a la equidad territorial.

El verdadero potencial de la arquitectura rural contemporánea radica en la integración de todos estos elementos. La vivienda se configura como un sistema complejo donde confluyen estrategias pasivas de diseño bioclimático, materiales locales, sistemas autónomos y tecnologías de gestión. Esta integración permite construir espacios más eficientes, adaptables y resilientes, capaces de responder a condiciones cambiantes sin perder su identidad.

La arquitectura rural extrema enfrenta hoy un doble desafío. Por un lado, mantener el equilibrio con el territorio, respetando sus condiciones y dinámicas. Por otro, responder a las exigencias de una vida contemporánea que demanda conectividad, eficiencia y calidad de vida. La integración entre tradición, tecnología y gestión inteligente de recursos aparece como una respuesta posible a este escenario.

En este contexto, la vivienda rural no solo resuelve necesidades básicas, sino que se proyecta como un modelo de innovación territorial. Un modelo donde la tecnología no sustituye al territorio, sino que lo potencia, permitiendo habitar de manera más consciente, sostenible y conectada. Este enfoque abre nuevas oportunidades para repensar la relación entre arquitectura, paisaje y sociedad, avanzando hacia una habitabilidad que combine identidad, eficiencia y futuro.

**Marie Nicole Domange González,
Isabel Martínez Rodríguez y
Andrea Korn Verdugo.**

**Comité de Tecnología
Colegio de Arquitectos de Chile**

Arquitectura deportiva en contextos de ruralidad: infraestructura, comunidad y resiliencia territorial

En Chile, la arquitectura deportiva en territorios rurales y zonas extremas trasciende con creces su función original. Lejos de limitarse a albergar prácticas físicas o recreativas, estos recintos se han consolidado como verdaderos espacios de encuentro comunitario, plataformas de cohesión social y, en múltiples ocasiones, infraestructura crítica frente a emergencias. En un país expuesto recurrentemente a incendios forestales, inundaciones y sismos, pensar la arquitectura deportiva desde una lógica ampliada no es solo deseable, sino necesario.

La ruralidad chilena presenta condiciones territoriales, climáticas y culturales profundamente diversas. Desde el altiplano nortino hasta la Patagonia austral, cada localidad posee dinámicas propias que inciden directamente en el uso, apropiación y significado de los espacios públicos. En este contexto, los recintos deportivos adquieren un rol estratégico: son lugares donde se desarrollan actividades cotidianas, pero también donde se celebran fiestas costumbristas, encuentros sociales, ferias, actos cívicos y, en situaciones críticas, funcionan como centros de acopio, albergues o puntos de coordinación comunitaria.

Esta multifuncionalidad plantea un desafío directo al diseño arquitectónico. Ya no basta con proyectar un recinto que cumpla únicamente con los estándares deportivos normativos; se requiere una infraestructura capaz de adaptarse a distintos escenarios de uso. En este sentido, los recintos deportivos rurales deben concebirse como espacios altamente flexibles y versátiles, con instalaciones que excedan la norma exclusivamente deportiva y que permitan albergar eventos masivos, actividades culturales y situaciones de emergencia.

Esto implica, por ejemplo, considerar superficies libres de uso múltiple, sistemas de cerramiento adaptables, instalaciones sanitarias dimensionadas para una carga de ocupación variable, bodegaje para equipamiento comunitario y sistemas eléctricos que soporten distintas configuraciones de uso. Asimismo, es fundamental incorporar condiciones de habitabilidad que permitan su utilización como albergue temporal, tales como ventilación adecuada, aislamiento térmico, disponibilidad de agua potable, accesibilidad universal y condiciones mínimas de confort para estadias prolongadas.

Sin embargo, uno de los errores más significativos en la planificación de este tipo de infraestructura ha sido la aplicación de modelos estandarizados o “proyectos tipo”. Durante años, en Chile se replicaron tipologías de polideportivos a lo largo del país sin considerar las particularidades de cada territorio. Esta lógica, si bien responde a criterios de eficiencia económica y rapidez en la ejecución, ha demostrado ser profundamente inadecuada para contextos rurales diversos.

Un mismo diseño aplicado en el norte grande, con altas temperaturas, radiación solar extrema y escasez hídrica, no puede responder de igual manera en zonas australes caracterizadas por bajas temperaturas, fuertes vientos y alta humedad. Pero más allá del clima, existe una dimensión cultural que también se ve invisibilizada cuando se imponen soluciones homogéneas. Las formas de habitar, de reunirse, de celebrar y de practicar deporte varían significativamente entre comunidades, y la arquitectura debe ser capaz de recoger y potenciar estas diferencias.

Por ello, resulta fundamental que los proyectos de infraestructura deportiva en contextos rurales nazcan desde cada realidad particular. Esto implica procesos de diagnóstico territorial profundos, que integren variables climáticas, geográficas, sociales y culturales. Pero, sobre todo, requiere incorporar activamente la participación de la comunidad en las etapas tempranas del diseño.

La participación no debe entenderse como un mero proceso consultivo, sino como una instancia real de co-creación. Son los propios habitantes quienes conocen las dinámicas de uso del espacio, las necesidades no cubiertas y las oportunidades de desarrollo local. Integrar esta mirada permite no solo mejorar la pertinencia del proyecto, sino también fortalecer el sentido de pertenencia y cuidado posterior de la infraestructura.

En paralelo, la arquitectura deportiva rural debe responder de manera decidida a los desafíos del cambio climático. Las condiciones ambientales actuales obligan a repensar los sistemas constructivos, los materiales y las estrategias de diseño. En este sentido, es clave considerar las formas de construir propias de cada territorio, rescatando técnicas locales y adaptándolas a estándares contemporáneos.

En el norte, por ejemplo, el uso de sistemas constructivos que favorezcan la inercia térmica y la protección solar resulta fundamental, mientras que en el sur se hace imprescindible trabajar con soluciones que optimicen el aislamiento térmico, la resistencia a la humedad y la protección frente al viento. Incorporar materiales locales no solo reduce la huella de carbono asociada al transporte, sino que también fortalece las economías locales y mantiene vivas tradiciones constructivas.

Asimismo, la eficiencia energética y el manejo de recursos hídricos deben ser ejes centrales en el diseño. Sistemas de captación de aguas lluvias, reutilización de aguas grises, incorporación de energías renovables y estrategias pasivas de climatización no son elementos accesorios, sino componentes esenciales para asegurar la sostenibilidad y operatividad de estos recintos en el tiempo.

Otro aspecto clave es la accesibilidad universal. En contextos rurales, donde muchas veces existen brechas en infraestructura y servicios, los recintos deportivos pueden transformarse en referentes de inclusión. Diseñar espacios accesibles no solo responde a una normativa, sino que garantiza que niños, adultos mayores y personas con discapacidad puedan participar activamente en la vida comunitaria.



Centro Náutico, ubicado en el Campus Isla Teja, contiguo al edificio de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas (FACEA), frente al río Valdivia. Arquitectos Eric Arentsen & Cristian Valderrama

Rampas adecuadas, circulaciones claras, señalética inclusiva y equipamiento adaptado son elementos que deben integrarse desde el inicio del proyecto, evitando soluciones posteriores o improvisadas. La accesibilidad, entendida en su sentido más amplio, también implica considerar aspectos culturales y sociales, generando espacios que sean acogedores y representativos para todos los usuarios.

En este escenario, el rol del arquitecto adquiere una dimensión ampliada. Ya no se trata únicamente de diseñar un edificio, sino de articular un sistema de relaciones entre infraestructura, comunidad y territorio. La arquitectura deportiva en ruralidad se convierte así en una herramienta de desarrollo local, capaz de activar economías, fortalecer identidades y mejorar la calidad de vida de las personas.

Además, estos recintos pueden actuar como catalizadores de procesos más amplios, vinculándose con redes de espacios públicos, rutas peatonales, equipamientos educativos y áreas verdes. Pensar la infraestructura deportiva de manera aislada limita su potencial; en cambio, integrarla en una visión territorial permite maximizar su impacto y sostenibilidad.

En definitiva, proyectar arquitectura deportiva en contextos rurales en Chile implica asumir una responsabilidad que va más allá del diseño físico. Requiere comprender profundamente el territorio, dialogar con las comunidades, responder al cambio climático y proponer soluciones flexibles, inclusivas y resilientes.

La experiencia reciente nos ha demostrado que los espacios más valorados por las comunidades no son necesariamente los más complejos o costosos, sino aquellos que logran adaptarse a múltiples usos y que reflejan la identidad local. En este sentido, avanzar hacia una arquitectura deportiva situada, participativa y sostenible no solo es un desafío disciplinar, sino una oportunidad para contribuir de manera concreta al desarrollo equitativo del país.

**Isabel Martínez, Arquitecta y
Presidenta del Comité
Jorge Ehlers, Arquitecto
Fernando Sotomayor, Arquitecto
Cecilia Leiva, Arquitecta
Paulina Andrés, Arquitecta
Felipe Mieres, Arquitecto**
**Comité de Arquitectura Deportiva.
Colegio de Arquitectos de Chile**

La ruralidad como opción

En Chile se define como aquella instalada en un asentamiento y menos del 50% de la población económicamente activa dedicada a actividades secundarias o terciarias en lugares de muy baja densidad.

Estamos, para ubicarnos, hablando de asentamientos humanos de baja densidad. La ONU plantea que el grado de urbanización es el método para compararlos. Una manera arquitectónica de mirarlos que no sea solo de los servicios o infraestructura, es asimilarlos al concepto de Comarcas, es decir, varios asentamientos rurales de baja densidad que pueden ser gestionados como una comarca.

Este modo de ver, puede generar una forma de economía colaborativa, tanto en productos, cultura y servicios fundamentales.

Recuerdo las economías colaborativas y productivas en Italia, que la suma de ellas genera una potente producción de productos semi artesanales, exportables, como lo son el queso, zapatos, utensilios, piezas y partes, entre otros.

Una mirada sería cualificar los asentamientos rurales, dotarlos de servicios y de internet, determinar sus potencialidades y carencias, subirlas a una nueva esperanza, si no la tuvieran. Me acuerdo también de La Ligua y sus áreas aledañas que forman con los tejidos y pasteles, una comarca productiva.

Una mirada integradora de vida, producción, cultura, en un mundo donde la población llegará probablemente a más de 100 años de vida.

En ese sentido, vivir en comarcas rurales puede ser una gran alternativa. Lo rural no como lo pobre, sino una forma de vivir en baja densidad como una opción válida de vida.

**Gonzalo Martínez de Urquidí,
Arquitecto PUCV
Magister en Economía Urbana**
**Presidente del Comité de Gestión Inmobiliaria
Colegio de Arquitectos de Chile.**

El recurso hídrico en ruralidades extremas.

Arquitectura y desarrollo sustentable de territorios aislados

La crisis hídrica, que sufren especialmente las ruralidades extremas, exige explorar nuevas alternativas de abastecimiento que superen la dependencia del camión aljibe o de la extracción de agua desde pozos profundos y norias. Cada año, las reservas freáticas disminuyen, por lo que debemos pensar y resolver no solo el acceso básico al agua, sino la vida cotidiana rural, en términos de siembra, riego, invernaderos y las actividades que sostienen el empleo local.

Ante estos desafíos habitacionales, proponemos estudiar una estrategia integrada de diseño arquitectónico de estructuras modulares adaptadas al contexto, orientada al análisis territorial, que combine la captación hídrica desde la atmósfera [AHA] con la reutilización de aguas grises y energía solar. Pensemos en microsistemas autosuficientes para viviendas, unidades productivas, huertos e infraestructuras comunitarias, capaces de sostener la vida cotidiana sin depender exclusivamente del agua subterránea ni de insumos externos recurrentes y contaminantes.

Los temas hídricos en ruralidades extremas nos convocan desde la arquitectura para ir definiendo parámetros de la infraestructura vital, articulando agua, energía y territorio. Sugerimos destacar el agua como otro elemento esencial de la habitabilidad rural y urbana. En alianza con comités de nuestro Colegio y otros colegios profesionales, avanzemos hacia la formulación de nuevas políticas públicas, normas y lineamientos de financiamiento que contribuyan también al reconocimiento del protagonismo de las comunidades, las y los habitantes, en la producción y gestión del hábitat.

**Comité de Hábitat y Vivienda
Colegio de Arquitecto de Chile**



Investigación:

Abuelas paisajistas de Chiloé, mujeres campesinas diseñadoras del paisaje cultural rural del archipiélago

Macarena Almonacid
Burgos, Danilo
Cárcamo Linnebrink,
Arquitectos
Alvaro Montaña Soto
Geógrafo

Introducción

El paisaje cultural del Archipiélago de Chiloé cuenta con amplio reconocimiento internacional, reflejo del profundo vínculo entre sus habitantes y el territorio. Destacan la declaratoria de 16 iglesias como Patrimonio de la Humanidad por UNESCO y su designación como Sitio Ingenioso del Patrimonio Agrícola Mundial (SIPAM) por la FAO.

Este paisaje cultural rural evidencia la capacidad histórica de sus comunidades para desarrollar sistemas de subsistencia y producción que establecen relaciones armónicas con el entorno natural, satisfaciendo necesidades biológicas, sociales y culturales. En este contexto, destaca el “conjunto rural chilote”, conformado por pequeños predios cuya organización espacial expresa una identidad particular en la ocupación del territorio.



En su configuración, las mujeres campesinas han cumplido un rol fundamental, definiendo la disposición y relaciones de los espacios productivos y domésticos, contribuyendo a la construcción de un paisaje que trasciende lo material.

La presente investigación se propone documentar y relevar esta contribución, describiendo los componentes y relaciones espaciales de los minifundios y su ordenamiento predial con perspectiva de género, identificando así un atributo de alto valor patrimonial que sustenta la identidad del paisaje cultural del Archipiélago de Chiloé.



Del Paisaje Natural al Paisaje Cultural en Chiloé

El Archipiélago de Chiloé presenta un marcado contraste entre su costa occidental, abrupta y escasamente poblada, y su costa oriental, de relieves bajos y alta densidad habitacional, donde la actividad humana ha transformado el paisaje. Durante los últimos dos siglos, la tala y quema de bosques nativos generó un paisaje semiabierto de praderas y matorrales, favoreciendo el desarrollo de la ganadería y la agricultura familiar, pilares de los minifundios chilotes. Este paisaje semiabierto promovió un asentamiento rural semi-concentrado, organizado en torno a redes de caminos que conectan predios y núcleos habitacionales. Las vías de comunicación estructuraron la apertura del bosque y consolidaron un poblamiento lineal que conecta caseríos, pueblos y ciudades, definiendo la disposición de viviendas, huertas, arboledas y espacios productivos, configurando así el paisaje cultural chilote contemporáneo.



Factores históricos y sociales en la construcción del paisaje cultural chilote

El paisaje cultural del Archipiélago de Chiloé es producto de un proceso histórico complejo, marcado por la interacción de factores sociales, económicos y políticos que moldearon la ocupación del territorio y el ordenamiento de los predios rurales. Los pueblos originarios, como los chonos y huilliches, establecieron los primeros vínculos con el entorno mediante prácticas nómades y agrícolas, sentando las bases de un conocimiento territorial adaptado a las condiciones insulares. Con la llegada de los españoles en el siglo XVI, se introdujo un nuevo orden territorial y social, concentrando la población en torno a iglesias, modificando el patrón disperso de ocupación prehispánica y dando origen a pequeños asentamientos o caseríos. Durante la colonia, la economía se centró en la explotación de recursos naturales particularmente la madera de alerce, así como la introducción de la ganadería, lo que generó las primeras transformaciones significativas en el paisaje, incluyendo la reducción de superficies boscosas.

Un punto de inflexión clave en la configuración del paisaje rural chilote ocurre en el siglo XIX con la dictación de la denominada “Ley Freire” (1823), que promovió la venta de tierras indígenas y dio origen a la pequeña propiedad campesina. Este proceso marca la consolidación del minifundio como unidad productiva y espacial, constituyendo la “célula base” del paisaje cultural chilote que persiste hasta la actualidad.

Durante los siglos XIX y XX, hechos como la anexión de Chiloé a Chile (1826), los procesos de mensura y regularización de la propiedad, el auge de la explotación maderera, la colonización y avances en infraestructura (ferrocarril, electrificación y caminos) transformaron el espacio rural. Asimismo, procesos sociales como la migración hacia la Patagonia, crisis agrícolas (tizón de la papa 1950) y el

impacto del terremoto y maremoto de 1960, modificaron las estrategias de subsistencia y reforzaron el rol de las mujeres en la gestión de los predios.

En la segunda mitad del siglo XX, la Reforma Agraria (1967–1970) y posteriormente las políticas de regularización de la propiedad y subdivisión predial profundizaron la fragmentación del territorio rural. A ello se suma, desde la década de 1980, la irrupción de la industria salmonera, que introduce nuevas dinámicas económicas y laborales, alterando los equilibrios tradicionales del mundo rural chilote.

En las últimas décadas, el paisaje cultural chilote ha enfrentado nuevas presiones derivadas de procesos contemporáneos, como la expansión de infraestructura vial, consolidación de programas agropecuarios, implementación de subsidios habitacionales rurales y el auge del turismo, que si bien han generado oportunidades de desarrollo, también han incidido en la modificación de los patrones tradicionales de ocupación del espacio. Más recientemente, se presentan fenómenos como la proliferación de parcelaciones rurales, la especulación inmobiliaria, la introducción de tipologías arquitectónicas ajenas al contexto local y la mercantilización del territorio evidenciada incluso en la venta de islas. Comprender estos factores permite no solo interpretar la forma actual de los conjuntos rurales, sino también reconocer las tensiones contemporáneas que amenazan su continuidad.



Relaciones entre territorio, arquitectura y patrimonio

Según la UNESCO, los paisajes culturales combinan la acción de la naturaleza y del ser humano, reflejando la evolución social y el uso del territorio bajo influencias físicas, sociales, económicas y culturales. En Chiloé, la geografía estructura la cultura local, condicionando asentamientos, prácticas productivas, arquitectura y modos de vida, construyendo así el paisaje rural chilote a partir de la interacción entre medio natural y estrategias culturales.

Este paisaje se reconoce por viviendas tradicionales de madera con edificaciones auxiliares vernáculas, pequeños sistemas productivos de autoconsumo, delimitaciones naturales y soluciones constructivas locales. Estos elementos cumplen funciones prácticas y expresan valores culturales, destacando tanto en su dimensión material como inmaterial, a pesar de influencias externas.

La madera, por su disponibilidad y versatilidad, es el eje de la arquitectura chilota, consolidando identidad y conocimiento constructivo. Así, el paisaje rural de Chiloé integra naturaleza, cultura y técnica, conformando un territorio cargado de significado.





Factores de riesgo para la conservación del paisaje cultural de Chiloé

El paisaje cultural del Archipiélago de Chiloé enfrenta profundas transformaciones derivadas de su inserción en dinámicas globales y del modelo económico neoliberal, afectando tanto sus componentes materiales como las prácticas culturales que lo sustentan. Estas presiones operan como un sistema interrelacionado de dimensiones económicas, culturales, político-normativas, territoriales, demográficas y ambientales, cuyos vectores de cambio impactan la estructura, función e identidad del paisaje rural.

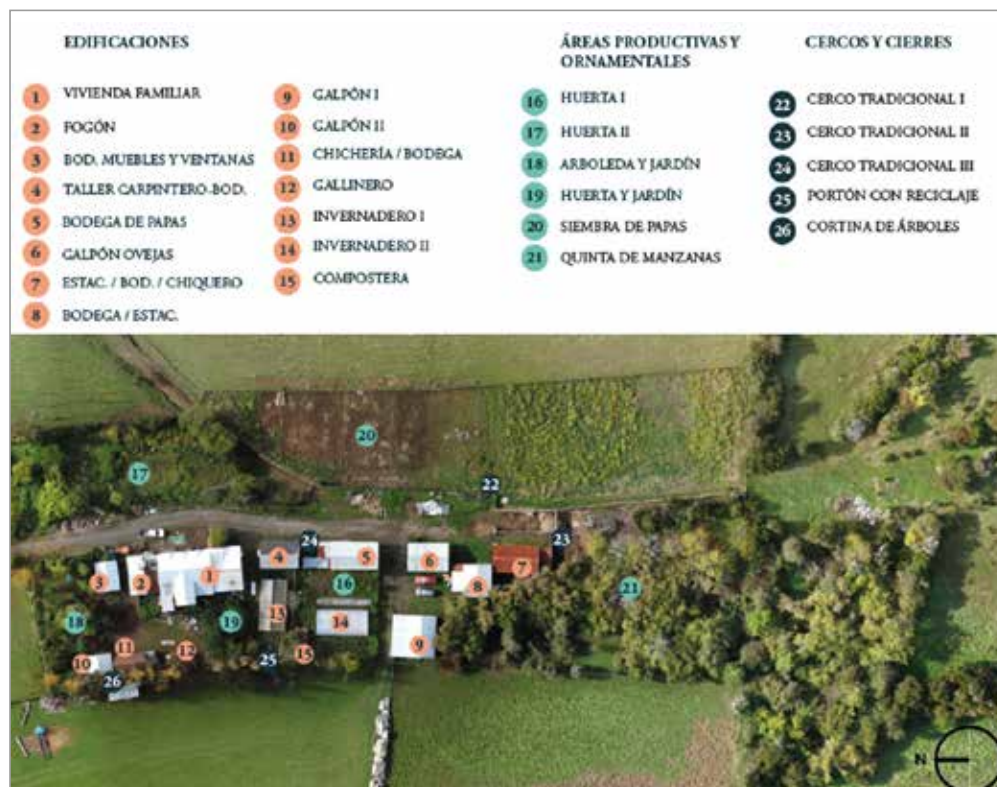
En el ámbito económico, la turistificación y la especulación inmobiliaria elevan el valor del suelo, promoviendo gentrificación y pérdida de propiedad por parte de la población local, mientras que, culturalmente, se observa la erosión de saberes tradicionales, la migración de jóvenes y la introducción de tipologías constructivas ajenas al contexto local, debilitando la identidad territorial.

Las políticas públicas muestran escasa consideración de las particularidades locales, con instrumentos estandarizados y limitada aplicación de designaciones internacionales como SIPAM, lo que dificulta la conservación efectiva. En términos territoriales, normativas como el Decreto Ley 3.516 —que permite la subdivisión de predios rurales— han incentivado la fragmentación del suelo, dando origen a procesos de rururbanización, proliferación de parcelas de agrado y loteos informales. La débil fiscalización de regulaciones existentes ha favorecido la expansión de asentamientos no planificados, afectando la coherencia espacial del paisaje rural. La dinámica demográfica acentúa estas tensiones, combinando emigración rural y llegada de población urbana con prácticas culturales distintas.

Los factores ambientales, incluyendo cambio climático, degradación de suelos, pérdida de bosque nativo y presión sobre ecosistemas marinos, comprometen la productividad tradicional y la soberanía alimentaria, generando impactos directos sobre la vida rural.

En conjunto, estas dimensiones configuran un escenario de alta vulnerabilidad para el paisaje cultural chilote, subrayando la necesidad de estrategias integrales de conservación y planificación territorial que incorporen enfoques culturales, sociales, ambientales y de género, asegurando la continuidad de los saberes y prácticas que históricamente han dado forma a este territorio.





Criterios de selección de casos y consideraciones metodológicas

El estudio analiza diez minifundios (menos de 30 hectáreas) ubicados en el sector oriental del archipiélago de Chiloé, seleccionados para representar la diversidad del paisaje rural tradicional. La selección se basa en tres criterios: presencia de mujeres campesinas con fuerte arraigo territorial, existencia de atributos o valores de paisaje representativos del patrimonio rural, y diversidad de condiciones geográficas. Se excluyen tipologías no pertinentes como fundos forestales, ganaderos, parcelaciones y microfundios (inferiores a 2 hectáreas).

Metodológicamente, se adopta un enfoque multiescalar, combinando trabajo exploratorio, vinculación con actores locales y levantamiento de información en terreno. El trabajo de campo incluyó entrevistas en profundidad y registro espacial mediante datos geográficos, fotografía y observación directa, permitiendo identificar patrones comunes y variaciones locales.

A partir de la revisión bibliográfica y la experiencia del equipo, se definieron los principales componentes del conjunto rural chilote, organizados en una matriz de análisis. Estos incluyen viviendas (tradicionales y nuevas), infraestructuras productivas (galpón, fogón, gallinero, chiquero), espacios de cultivo (huertas, siembras de papas, ajos y trigo), áreas frutales (quinta de manzanas), espacios ornamentales (jardín) y elementos de delimitación (cercos tradicionales, cercos verdes y cortinas de árboles).

1 Vivienda Familiar: Edificación tradicional construida a fines de 1940, construida originalmente en un predio vecino y fue traída al predio actual por minga. Presenta fundaciones de piedra, tiene un sistema constructivo en base a uniones de ensambles y empalmes y aún mantiene revestimientos originales en tejuelas de Alerce con diseño. Su primera ampliación fue después del año 1965 y la última fue el año 2012.

2 Fogón: Construido en la década del 50, originalmente distanciado de la vivienda familiar, fue trasladado por minga para aproximar y vincularlo espacialmente a la casa a fines de 1960. Su estructura presenta uniones de madera, y el piso del soberao está confeccionado como un enrejado de varas trenzadas. En la actualidad es utilizado para almacenar papas, ajos y leña, además de herramientas y antiguos objetos como barriles y herramientas.

3 Bodega: Construcción aparentemente de la década o anterior, fue la casa e infancia de don Juan Ignacio Álvarez y fue trasladada al predio actual mediante minga. Tiene

fundaciones de piedra, estructura a la vista de maderas labradas a hacha con un sistema constructivo en base a uniones de ensambles y empalmes, y tngle de madera y tejuelas de Alerce como revestimiento exterior. Cuando se trajo al conjunto, se utilizaba para almacenar trigo. En la actualidad se utiliza para guardar papas, lanas y objetos antiguos. En las últimas décadas se construyó a un costado una ampliación que sirve como estacionamiento.

4 Galpón: Construcción mixta. Presenta un volumen central de doble altura con postes enterrados y entrepiso con uniones de madera, y un sistema constructivo de entramados y amarres para configurar tabiques exteriores, fue originalmente construido para guardar a las ovejas, hoy no tiene mayor uso.

5 Gallinero: Construcción básica con varas y material reciclado. Las aves casi no la ocupan ya que andan sueltas por todos lados, principalmente en la quinta de manzanas.



Discusión de resultados

El estudio analiza los factores comunes y las transformaciones de los minifundios chilotes, cuya configuración actual se origina principalmente en la segunda mitad del siglo XX, debido a la desaparición progresiva de infraestructuras más antiguas por el deterioro de la madera. En este proceso, destaca el rol de las mujeres campesinas —especialmente matriarcas nacidas en las décadas de 1930 y 1940—, quienes fueron fundamentales en la organización, diseño y mantención del paisaje rural, cuya impronta en el paisajismo y el ordenamiento predial aún perdura parcialmente en manos de sus hijas y nietas.



La organización espacial de los predios responde a criterios estratégicos y funcionales. La vivienda se emplaza en posiciones dominantes que permiten control visual y resguardo, condicionando la ubicación de infraestructuras productivas como galpones, bodegas, huertas y cultivos. Existe una clara complementariedad entre los distintos componentes:

por ejemplo, la disposición de los chiqueros en relación a las arboledas de manzanas, de modo que los frutos caídos sean aprovechados como alimento para los cerdos, así como la interacción entre el fogón y la vivienda principal, donde el primero cumple funciones de apoyo a la cocina moderna, ahumado y conservación de alimentos, faenamiento de animales, y almacenamiento temporal de herramientas o enseres de uso periódico. La huerta principal se ubica de manera adyacente a la vivienda, constituyendo un elemento central del casco residencial, y reflejando su importancia en el abastecimiento cotidiano.

Se constata de manera recurrente la reutilización de materiales, tanto tradicionales (“reciclaje de lo antiguo”), mediante el uso de maderas provenientes de construcciones previas (paredes de tejuelas de alerce en chiqueros y gallineros, carpintería de ciprés en viviendas modernas, y vigas de gran escuadría como elementos estructurales en galpones y edificaciones mayores), como modernos (“reciclaje de lo nuevo”), incorporando elementos industriales de la acuicultura (boyas plásticas como bebederos o pequeños estanques, barandas de jaulas salmoneras y tubos de planza empleados como estacas para cercos, redes de diversa procedencia utilizadas para el enmallado de áreas productivas). Estas estrategias evidencian un modelo de arquitectura vernácula adaptativa y una continuidad de saberes constructivos locales.

Asimismo, persisten elementos con alto valor patrimonial, siendo el galpón la infraestructura más antigua de los predios. Se identifican vestigios arquitectónicos no formalmente reconocidos como patrimoniales,





que evidencian atributos constructivos significativos, destacándose los sistemas de entramado y amarres de la arquitectura indígena presentes en cercos y edificaciones de diversa escala, estructuras de piedra como corrales de pesca, documentados por la arqueología pero poco valorados desde la perspectiva arquitectónica, diversidad de cercos tradicionales de madera, arboledas de manzanas vinculadas a prácticas culturales y de las cuales han surgido una serie de artilugios, y cortinas cortavientos compuestas por especies como cipresillos, álamos y arrayanes, que resguardan espacios productivos y habitacionales y que funcionan como delimitadores de potreros, aportando una fisonomía distintiva al territorio rural.

Entre las principales transformaciones se identifica la incorporación de invernaderos, impulsada por programas estatales, la cual ha reconfigurado las huertas tradicionales, modificando la dieta, los ciclos de cultivo y las posibilidades de comercialización, llegando en algunos casos a reemplazarlas completamente. En los predios rurales costeros, el uso del mar sigue siendo complementario, se observan cambios significativos en la relación con este. La disminución de las prácticas extractivas tradicionales ha sido parcialmente sustituida por actividades vinculadas a la acuicultura, mientras la recolección de algas continúa siendo clave para la subsistencia y permanencia de la población.

Recomendaciones

La conservación del paisaje cultural de Chiloé requiere un enfoque integral que articule la protección del patrimonio con el desarrollo local, incorporando criterios de equidad de género y participación comunitaria. En este marco, se

propone fortalecer las políticas de acceso a la tierra y regulación del uso predial, con el fin de asegurar la continuidad de los sistemas rurales tradicionales.

Asimismo, se destaca la importancia de promover la educación y la transmisión de saberes locales, junto con el desarrollo de formación técnica pertinente al contexto territorial. En paralelo, se plantea impulsar modelos de turismo sostenible de base comunitaria que contribuyan a la valorización del paisaje cultural.

En materia de ordenamiento territorial, se enfatiza la necesidad de contar con registros patrimoniales integrales y con instrumentos de planificación que articulen los espacios terrestres y marinos, favoreciendo además la permanencia de población joven en áreas rurales. A ello se suman estrategias de sostenibilidad ambiental orientadas a la restauración de ecosistemas, el manejo sustentable de recursos y la seguridad hídrica.

Finalmente, se propone integrar la arquitectura tradicional en las políticas públicas, con el objetivo de resguardar la identidad cultural y la coherencia del paisaje rural chilote.

Reflexión Final

La investigación surge de un vínculo profundo y personal con Chiloé: los autores crecimos entre minifundios donde las abuelas fueron las arquitectas invisibles del paisaje rural, planificando el orden del predio y consolidando la vida doméstica que define la identidad de familias y comunidades. Hoy, los conjuntos rurales históricos se deterioran rápidamente; las huertas desaparecen, las arboledas de manzanas se abandonan, y los sistemas constructivos tradicionales se pierden, mientras la especulación, la turistificación y la fragmentación predial transforman de manera irreversible la fisonomía del territorio. Este proceso no es solo un cambio físico: representa la erosión de un patrimonio material e inmaterial, del ordenamiento predial y de los saberes campesinos que han dado forma al paisaje chilote durante generaciones.

La solastalgia que sentimos al recorrer estos territorios refleja un dolor activo por el deterioro del presente, no una nostalgia por el pasado: es la angustia de ver desaparecer un entorno que contiene memoria, identidad y conocimiento. En este contexto, el rol de las mujeres campesinas es central. Ellas han sido y siguen siendo guardianas del diseño predial, transmisoras de saberes, y protagonistas de un patrimonio cultural que articula arquitectura, producción agrícola y cohesión social.

Este estudio evidencia que la conservación del paisaje rural chilote requiere acción inmediata: visibilizar a estas mujeres, integrar sus conocimientos en políticas públicas y planes de ordenamiento territorial, y reconocer la importancia de los conjuntos rurales como patrimonio vivo. Cada huerta, cada arboleda, cada galpón tradicional es una pieza de la identidad chilota que, de perderse, sería irreparable. La urgencia es clara: preservar no solo estructuras, sino memoria, cultura y territorio. **ca**

Accede a esta investigación completa escaneando el código QR.





Estación de Monitoreo

La Paciencia: Custodiar lo remoto

¿Es necesario construir en áreas de conservación?

La pregunta parece contener una contradicción: intervenir para proteger, habitar para preservar, hacer visible una presencia precisamente allí donde el valor del territorio pareciera residir en su distancia respecto de la acción y ocupación humana. Sin embargo, en el contexto contemporáneo de crisis climática, pérdida de biodiversidad y presión creciente sobre ecosistemas frágiles, esa pregunta exige una respuesta menos ideológica y más situada. En muchos casos, conservar no consiste en retirar por completo la presencia humana, sino en construir las condiciones mínimas para una presencia consciente, atenta, preventiva y estacional.

En ese marco se inscribe la estación de monitoreo La Paciencia, un equipamiento de investigación y refugio de conservación emplazada en los bordes del lago Despreñado, en el extremo sur de Tierra del Fuego, al interior del parque Karukinka, reserva privada administrada por Wildlife Conservation Society (WCS). El proyecto propone una infraestructura mínima que posibilita la permanencia. Su objetivo no es ocupar el paisaje, sino habilitar su cuidado.

Durante buena parte del siglo XX, muchos de los territorios que hoy consideramos estratégicos para la estabilidad ecológica del planeta fueron entendidos como espacios marginales: geografías remotas, de difícil acceso, sometidas a climas duros y alejadas de los circuitos productivos e imaginarios del progreso. En la Patagonia, esa condición fue todavía más radical. Lo distante, lo inhóspito y lo aparentemente improductivo la posicionó durante buena parte del siglo como un territorio de frontera.

Hoy, esa lectura ha cambiado. Los últimos reductos de naturaleza prístina pasaron de ser territorios olvidados a convertirse en piezas de conservación. La captura de carbono, el alto valor de su biodiversidad, y la regulación de sistemas ambientales a escala planetaria, en un escenario en que la conservación adquiere un valor estratégico global (Sanderson, Walston y Robinson, 2018), han convertido a territorios de periferias a ser las reservas críticas del presente, pasaron del abandono a ser jardines globales (Sprechmann y Capandeguy, 2005).

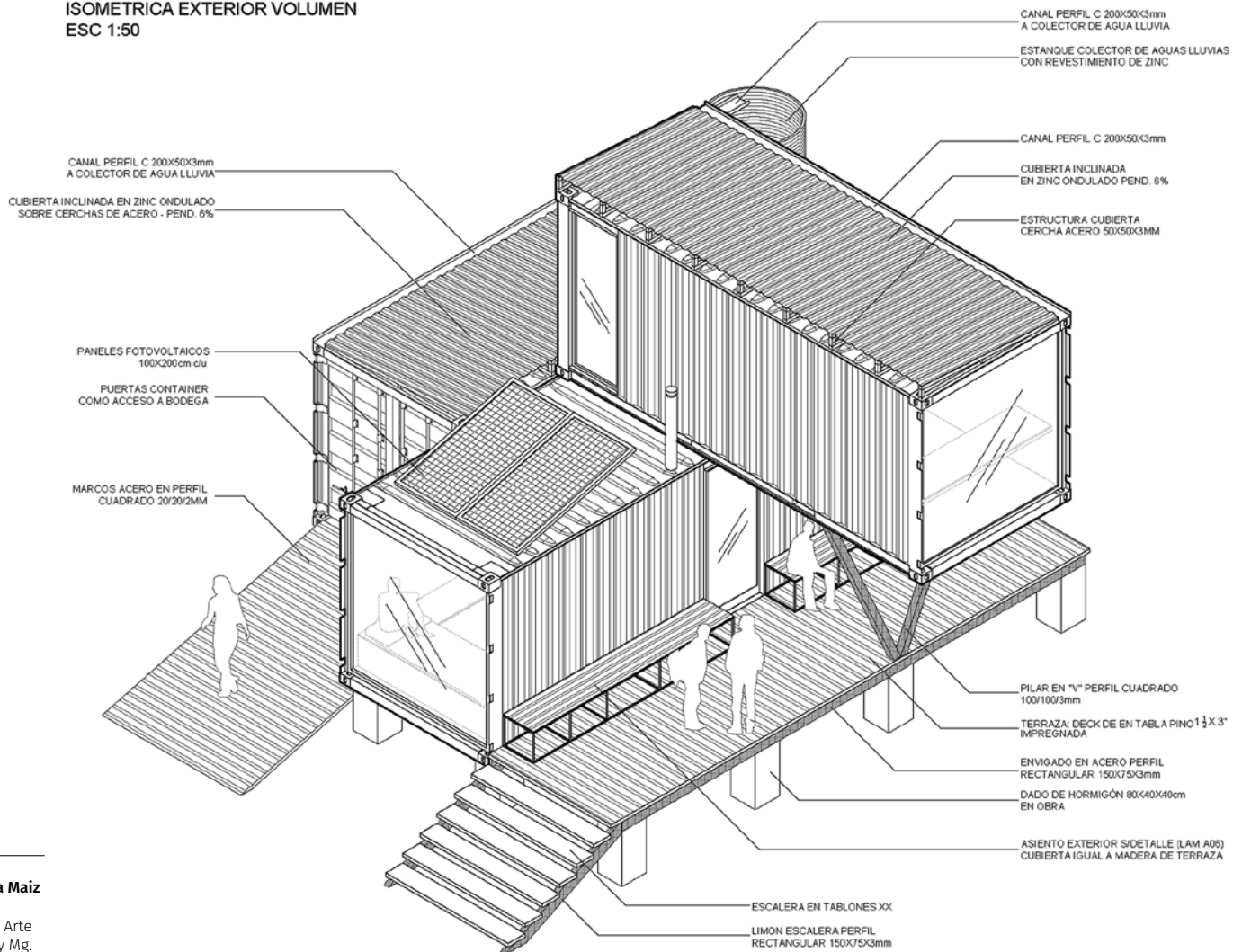
Pero la conservación efectiva no ocurre por simple declaración. Requiere producción de conocimiento, requiere sociabilización y requiere de custodios. Necesita traducirse en prácticas concretas de monitoreo, investigación, prevención, educación y manejo de visitantes. En los territorios remotos, donde las distancias, el clima y la falta de soporte material dificultan cualquier acción continuada, la conservación depende de la posibilidad de sostener presencia humana en condiciones muy precisas.

La estación La Paciencia nace precisamente de esa necesidad. El proyecto entrega las condiciones habilitantes para el trabajo de científicos, guardaparques y cuidadores en un área especialmente sensible del parque Karukinka, que con sus 300.000 hectáreas constituye una de las mayores reservas privadas de conservación del extremo austral. Allí se encuentran algunos de sus principales objetos de conservación: 91.000 hectáreas de turberas y los bosques subantárticos de lenga más australes del hemisferio sur. Las turberas son aquí especialmente significativas: no solo constituyen ecosistemas singulares, sino también enormes reservorios de carbono acumulado durante siglos, con cerca de 160 mil kilotoneladas de CO₂ almacenadas. Su protección excede, por tanto, el interés local y se vincula directamente con la urgencia climática global.

Desde esa perspectiva, La Paciencia no es una obra que llega a colonizar un vacío, sino una pieza de soporte para una nueva forma de ruralidad: una ruralidad no definida por la ocupación (y explotación intensiva del suelo, sino por el cuidado y la gestión de ecosistemas frágiles, y por la producción de valor ambiental, científico y cultural. En vez de transformar el territorio, el proyecto asume que la arquitectura puede operar desde la contención.



ISOMETRICA EXTERIOR VOLUMEN ESC 1:50



Sergio Araneda Maiz Arquitecto

Mg. Historia de Arte y Arquitectura y Mg. Desarrollo Territorial Docente Escuela de Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño, Universidad San Sebastián sede Puerto Montt, Chile

Centro de Monitoreo La Paciencia

Lago Despreziado, Parque Karukinka, Tierra del fuego
Año: 2023
Superficie proyecto: 45 m²

Oficina:
SAA arquitectura + territorio

Equipo arquitectura:
Sergio Araneda
Sebastián Guerrero
Melissa Thomas

Equipo WSC:
Melissa Carmody
Mauricio Pacheco

Equipo Construcción y Montaje:
Rodrigo Gallardo
Fabián Gallardo (FGMAQ)
Enrique Barria

Fotografías:
Guy Wenborne
WCS

La estación responde a un programa muy específico: alojar labores de monitoreo en terreno, control y prevención, investigación científica, almacenamiento de equipos y soporte logístico básico para la permanencia de equipos humanos en una zona aislada. Además, el emplazamiento extremo exigía resolver autonomía operativa en energía, agua y gestión de residuos, reduciendo al máximo tanto la dependencia de infraestructuras externas como la huella del proceso constructivo.

En ese sentido, el centro de monitoreo permite la conservación efectiva, y funciona también como un dispositivo capaz de abordar amenazas concretas sobre la biodiversidad del parque, entre ellas la presencia indiscriminada de castores y el riesgo de incendios por causa antrópica. A la vez, el proyecto permite sostener labores de investigación y educación ambiental, articuladas con una gestión territorial orientada a promover la integridad ecológica y la salud de los ecosistemas.

La elección constructiva del container marítimo como módulo espacial y estructural, obedece a lógicas económicas (prefabricación y montaje), y a una lectura precisa de las condiciones del lugar. Su carácter de contenedor modular, su resistencia estructural, su comportamiento impermeable y, sobre todo, su capacidad de ser prefabricado y trasladado en piezas cerradas, lo convierten en un soporte adecuado para construir en un sitio donde cada traslado es complejo, y donde cada operación en terreno debe reducirse al mínimo dado el contexto de suelos de alta biodiversidad.

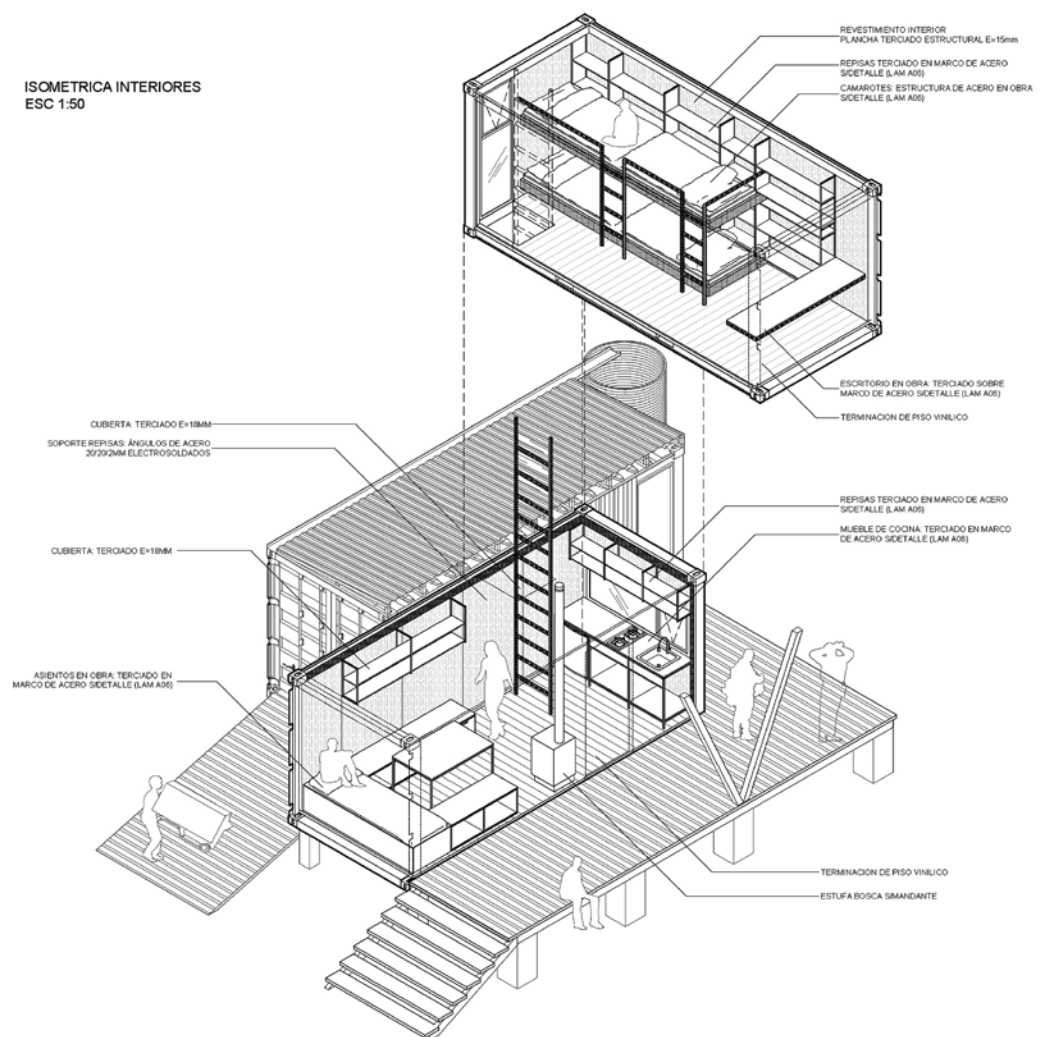
Dos de los tres contenedores alojan los programas de habitabilidad e investigación; el tercero concentra las funciones técnicas, de bodega y servicios. Más que una suma de piezas independientes, el proyecto trabaja en la disposición relativa entre ellas y en la manera en que esa organización produce mejores condiciones de uso interior, relaciones con el paisaje y circuitos técnicos. Los módulos se desplazan un tercio entre sí, una operación simple que permite aumentar la captación de luz natural y generar espacios intermedios para ubicar baterías, sistemas de apoyo y áreas de recolección y acopio de aguas lluvias.



ISOMETRICA INTERIORES
ESC 1:50

En el primer nivel se organizan las áreas de cocina, comedor e investigación, vinculadas mediante una plataforma-deck que establece una mediación controlada entre el refugio y el terreno natural. Esa plataforma no solo resuelve accesos o circulaciones; también permite ordenar la llegada desde el exterior, el manejo de muestras, el trabajo con equipos y la transición entre la intemperie y el interior protegido.

En el segundo nivel se ubican las camas, las áreas de guardado para travesías y un pequeño escritorio con vista al lago Despreciado, punto de inicio de los recorridos por el valle. Esa relación visual no es un gesto contemplativo accesorio, sino una dimensión importante de la experiencia de ocupación: desde allí, el paisaje no se ofrece como espectáculo, sino como campo de observación, trabajo y cuidado. Habitar este refugio implica siempre una doble condición: la del resguardo interior y la de la apertura permanente hacia el territorio monitoreado.





La organización interior fue concebida como el diseño de un gran mueble habitable, donde cada espacio tiene un uso intensivo y asume funciones superpuestas. Sistemas de carpintería metálica, elementos batientes y móviles, superficies de trabajo reconfigurables, una pequeña batería de cocina y un estar que puede transformarse en área de investigación. Ese trabajo de interiorización busca dos efectos complementarios. Por una parte, maximizar la funcionalidad del espacio mínimo; por otra, ofrecer una experiencia doméstica común y de equipo, capaz de contrarrestar la dureza del entorno. La terminación interior en placa de madera terciada entrega calidez, continuidad y ductilidad de uso, al tiempo que permite incorporar al espesor interior los sistemas de aislación, ventilación e instalaciones eléctricas. La estación busca construir una forma suficiente de bienestar: un espacio para trabajar, descansar, cocinar y sostener la convivencia en ciclos de permanencia intensa.





En este sentido, la obra ensaya una respuesta arquitectónica a una pregunta mayor: ¿cómo instalar presencia sin transformar el territorio en soporte de una ocupación expansiva?.

La estrategia es directa: asumir su condición artificial y concentrar toda la inteligencia del proyecto en limitar sus efectos. La estación fue construida íntegramente en una bodega de Punta Arenas en un plazo de 90 días. Posteriormente fue transportada en barco a través del Estrecho de Magallanes y luego en camión hasta el extremo sur de la isla, donde se montó en apenas tres días. Esta decisión desplazó la mayor parte del proceso fuera del área de conservación, disminuyendo casi a cero el impacto de obra sobre el lugar y reduciendo significativamente la generación de residuos, las faenas húmedas y las perturbaciones sobre el ecosistema. De esta manera el proyecto gestiona su proceso material y energético, controlando eficientemente la calidad en fábrica, para luego minimizar el montaje en terreno.

La Paciencia trabaja la relación entre conservación y carga de ocupación. En esa dimensión, el refugio opera como un umbral pedagógico. Hace visible que la conservación es una práctica cotidiana que demanda tiempo, observación, y generación constante de conocimiento. Allí donde el paisaje podría ser leído sólo como naturaleza, la estación introduce una capa de inteligibilidad: un faro, una señal en el paisaje que anuncia el acceso al sendero del valle La Paciencia, y a la vez una infraestructura de custodia que funda una presencia ligera, suficiente y comprometida, para que en este tipo de escenarios rurales de alto valor natural, construir no sea destruir. **ca**

Referencias Bibliográficas:

Sanderson, E. W., Walston, J., & Robinson, J. G. (2018). From bottleneck to breakthrough: Urbanization and the future of biodiversity conservation. *BioScience*, 68(6), 412-426
Sprechmann, T. y Capandeguy, D. (2005/2006). *Patagonia Jardín Global: Urbanismo en el mítico Fin del Mundo*. ELARQA MX, 50, 28-47

Ruralidades Extremas

Viviendas en el Desierto



Por:
Leo Carreño

En los últimos 24 años hemos proyectado y construido viviendas de raíz étnica en los Oasis del Desierto de Atacama en Chile.

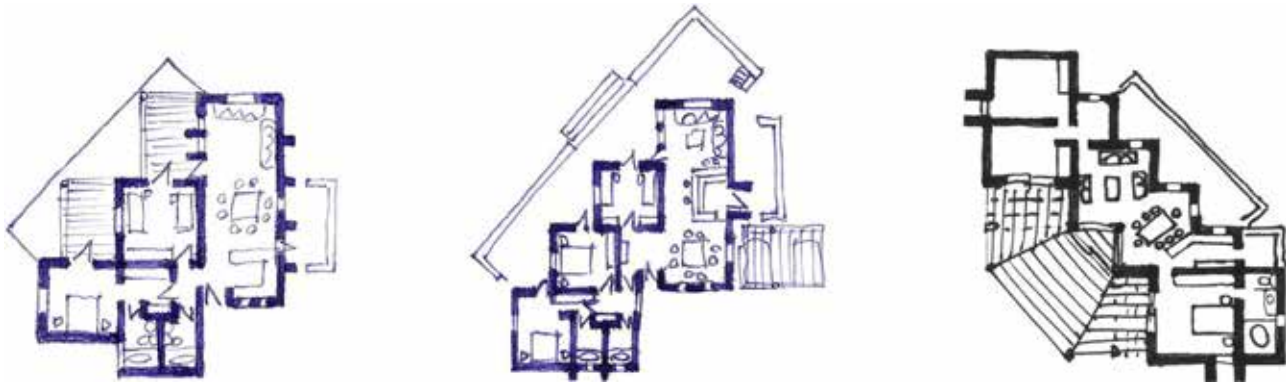
Desde el principio fusionamos los conocimientos constructivos de la comunidad Atacameña, habitantes milenarios del territorio, con las bondades de nuestra formación académica universitaria: el orden estructural, la eficiencia térmica y constructiva, la creatividad lúdica a través de las circulaciones, orientación de las vistas, fenestraciones y quiebrasoles que en la vivienda tradicional no existían.

En un entorno climáticamente extremo, por las grandes fluctuaciones de temperatura e inhóspito por la falta de

agua y suelos salinos, lo que dificulta cultivos, integramos el saber local desde las fundaciones de bolones sin mezcla, para que los muros de adobe tengan flexibilidad en caso de temblores a exteriores sombreados con ramas para dar frescor y preparar el ingreso a interiores crepusculares. Hacia el poniente herméticos muros para aislar el potente Sol de la tarde y techos envigados casi planos para que las lluvias no laven el barro de la cubierta, el cual es parte estructural ya que agrupa muros a través de su peso. Cuando son escasos o caros los adobes, se construye en madera y rellena con barro, clásica solución muy difundida antes de los años 1930 en todo Chile.



El barro proviene del mismo lugar, dando un fuerte carácter ecológico a la obra y minimizando su huella. El muro de 32cm de adobe acumula calor solar, el que se transmite al interior de la vivienda en la noche, justamente cuando más se necesita, transformándose en una cadena perfecta de energía pasiva, ya que el frío de la noche tempera el interior en el agobiante día. Además, ventanas al Oriente calefaccionan la vivienda en las frías mañanas, coincidiendo con la espectacular vista de los Andes y volcanes sagrados.



CONTRAFUERTE (2009)

La arquitectura Mesopotámica trababa los muros de adobe en zigzag: genial síntesis estructural de contrafuerte y muro. Esa observación me inspiró para diseñar esta sólida y dentada volumetría que la luz solar ilumina y contrasta maravillosamente.

MUROS CURVOS EN ADOBE (2004)

El equilibrio lleno-vacío, cerrado-abierto, inherente al primer habitar: el fondo oscuro de la cueva y la abertura luminosa.

El muro curvo forma un espacio unitario que se vive y recorre en continuidad.

Forma icónica ideal para la construcción del adobe: muros cóncavos autosoportantes, techos planos y vigas empotradas que amarran el conjunto.



TAMBOR (2024)

Cabañas como los círculos ancestrales de Túlor, es una propuesta conectada al lugar, con terraza protegida del viento y orientada al Sol Altiplánico de la mañana.





MELGAS DE SOLOR (2009)

En este antiguo terreno de terrazas regadas por inundación, proyecto cabañas ecológicas, para familias que quieren cultivar, ser autosuficientes y/o trabajar en San Pedro de Atacama, a media hora en bicicleta. Esta subdivisión de parcelas se adecúa al sistema de canales del predio y las casas se desfasan para la privacidad de cada unidad en la comunidad.





Casa Patio Solor
(2010)

Arquitecto:
Leo Carreño Zunino
(1970) PUC 1998.
Estudios en UCV
1989-92. y U. Firenze
2000.

Ubicación: Oasis de
Solor, San Pedro de
Atacama.

Materiales: Adobe,
radier y envigado de
madera.

Superficie: 120 m².
Terreno 7.000 m².





Esta es la primera casa de San Pedro de Atacama con sombreaderos en voladizo; las vigas compuestas vienen desde el interior “colonizando” el omnipresente Sol nortino. Un patio protege de las tormentas de arena y los centros y pilastras de madera ancha, cubren todo el espesor de muro, así no se exponen los frágiles cantos de barro.

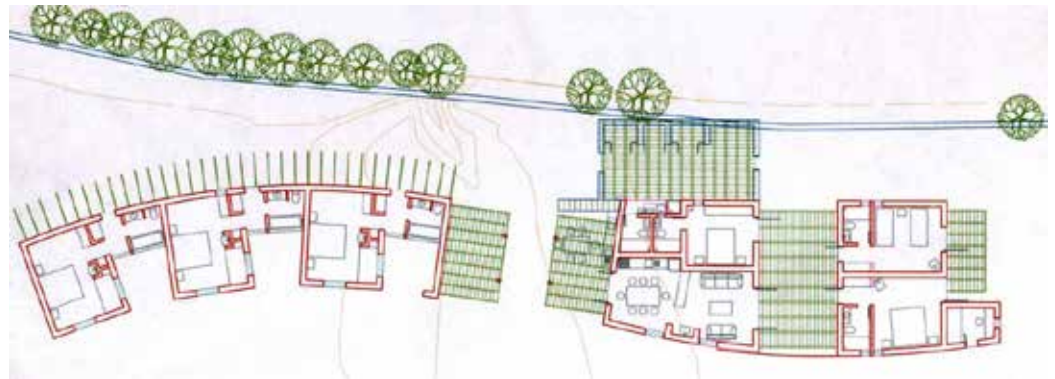
El terreno conformado por desierto y oasis, nos recuerda que los habitantes están permanentemente conquistando la vida en el borde de la ruralidad extrema.

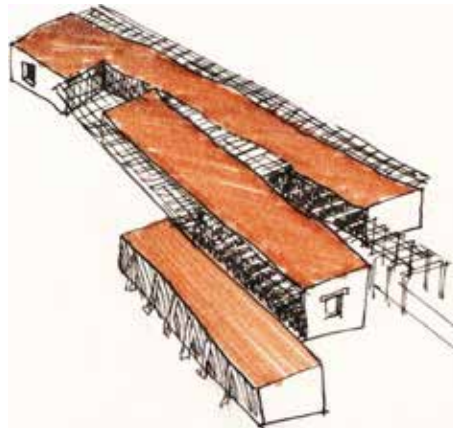
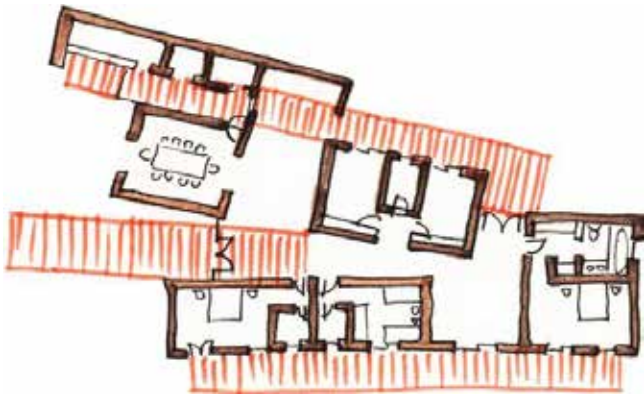




OASIS DE FRESCOR (2011)

Casa en el Oasis de Séquitor: Junto a Jorge Martín (UCV 1996) ideamos una cabeza de servicios que fuera ampliándose a una cola articulada de habitaciones, patios y árboles, dando sombra y frescor. Construida íntegramente en adobe de barro y paja, envigado 4"x 8", techo plano de terciado 20mm. con membrana y 8 cm de barro con paja de trigo como aislación y peso estructural.





PARRONALES (2003)

Este proyecto es una mano abierta hacia el paisaje, sus pabellones autónomos son buenos para la estructura del adobe, así se mueven independientes en caso de sismo. Los patios sombreados con parras y fruta a la mano son maravillosos, conectando “suavemente” la vida interior con el recio exterior.

Techos planos y centenarios muros de tapiales siguen en uso en los patios de la casa de Séquitor.





**AGUA ZIGZAGUEANTE
(2003)**

Arquitectos:
José Barros PUC 2001
& Leo Carreño PUC
1998

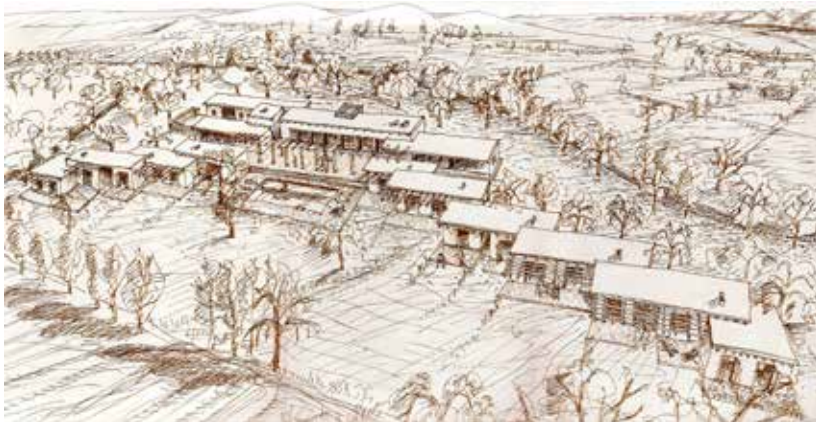
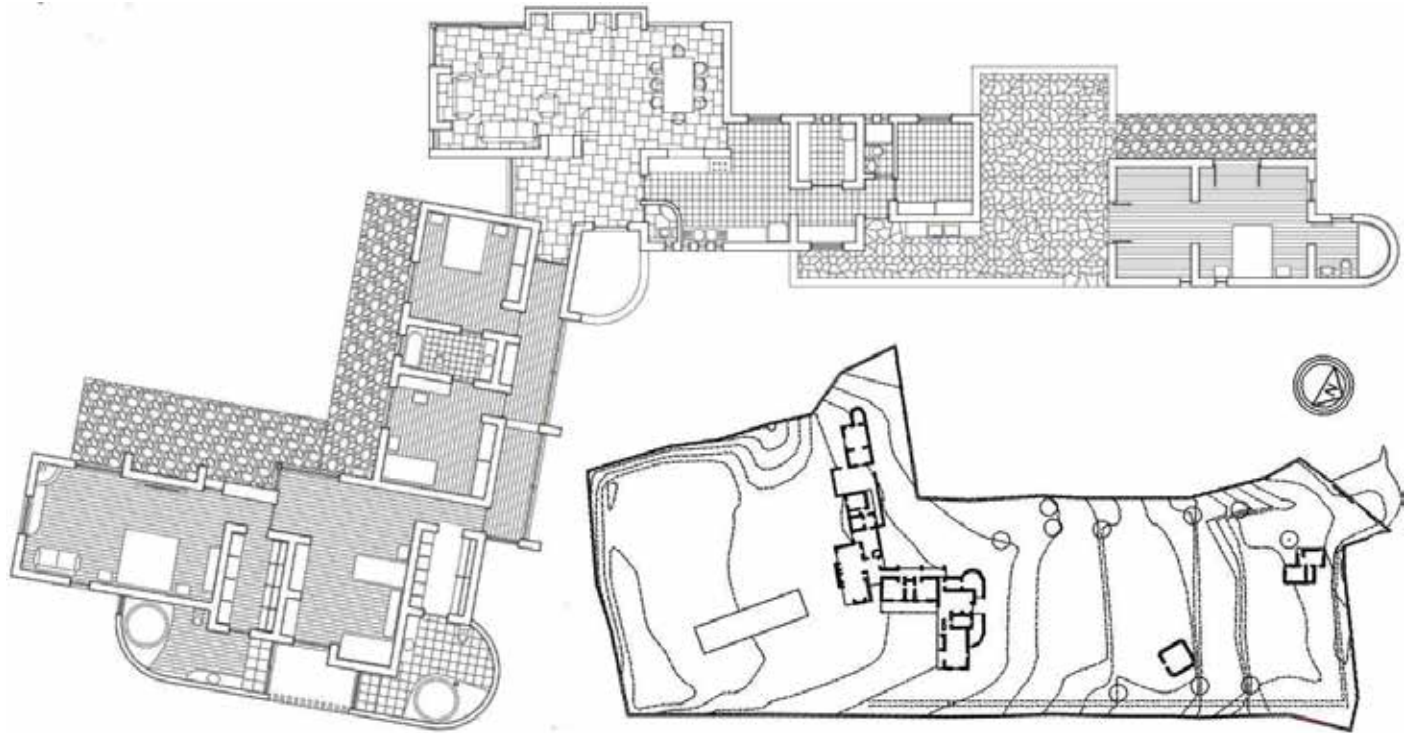
Ubicación:
Solcor, San Pedro de
Atacama.

Superficie:
360 m².

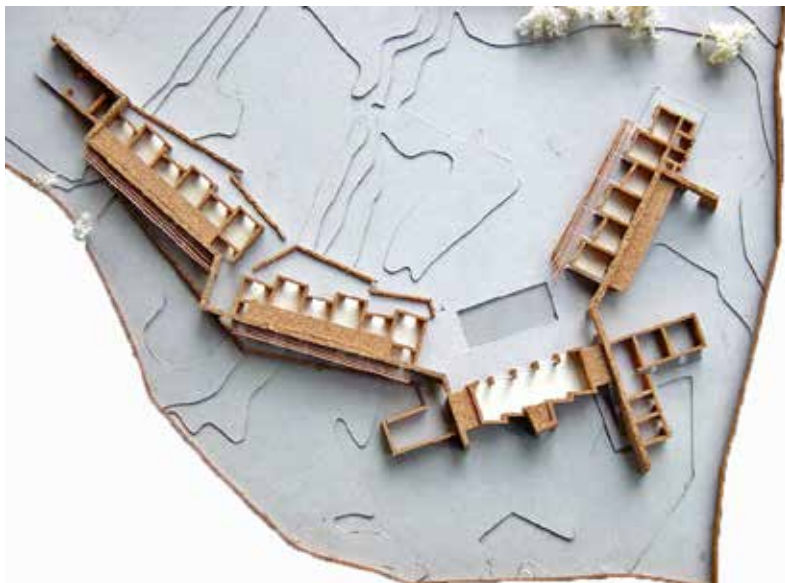
Año construcción:
2003 a 2012.



Esta casona crece serpenteando por la parcela, como las centenarias terrazas de cultivo, creando patios íntimos para los dormitorios, protegiendo de los vientos y con el preciado Sol de la mañana que repone de las heladas noches del desierto.



Orientamos las terrazas al Sur y Oriente, con sombra de la misma casa en la tarde, dando la espalda al poniente, con gruesos muros que acumulan el calor del Sol que luego irradian al interior en la fría noche. Página siguiente: Melgas de cultivo, canales y piscina como reservorio en caso de necesidad.



PROYECTO HOTEL ESTRELLA (2004)

Junto a Paula Ovalle y Gastón Norambuena en un espectacular terreno de 1,6 h. al borde del Oasis de Séquitor decidimos hacer un caserío, una ciudadela con pasajes, patios sombreados y piscinas entre cada pabellón de habitaciones de adobe.

Las construcciones forman umbrales entre sí, envolviendo el verde del oasis, abriéndose progresivamente hacia la lejanía del altiplano y sus cónicos volcanes. Los salones salen a una terraza rodeada de muros, cuál menhires que dejan entrever el extraordinario paisaje.

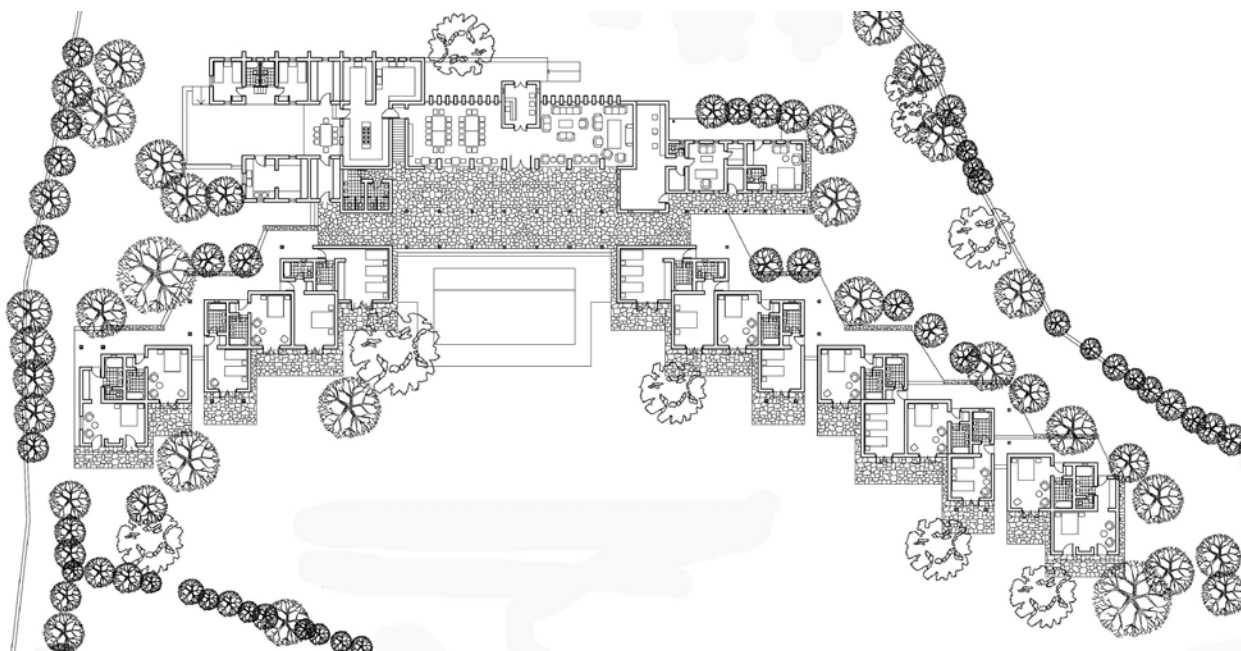


ACUEDUCTO (2004)

Para dar unidad en el recorrido de los 20 dormitorios, estudiamos muros que zigzaguean por las melgas de cultivo, llevando agua imaginariamente y ordenando los pabellones de adobe que se emplazan libremente por la geografía.

ESCALONADO (2005)

Llegamos a este escalonamiento de dormitorios por la forma cóncava del terreno y para que todas las camas tuvieran vista a las terrazas de cultivo iluminadas por la Aurora de los volcanes sagrados Láscar y Licancabur. **ca**



El valor del modo de habitar en la pequeña propiedad rural del sector de **Puerto Río Tranquilo**

PARA EMPEZAR

Primero necesito posicionar al buen lector en otra época, en unas condiciones muy específicas. Necesito que imaginen que se encuentran en un pequeño pueblo en el sur de Chile, solo unas cuatro calles de tierra llenas de charcos de agua, no hay autos, hace frío. No hay ninguna carretera que conecte las calles a otro pueblo, solo un par de senderos que se adentran en un espeso bosque o pampas con enormes árboles caídos y quemados. Olvídense de los celulares, ni siquiera existía internet, y no hay ni alumbrado, ni sistema de agua potable, solo unas cunetas que recorren las calles del pueblo a modo de canal, del cual todos sacan el agua para lavarse, beber, y cocinar en su fogón. Miras desde cerca de una playa de lago, unas pocas casas todas con tablones y tejuelas son lo único que hay y unos álamos amarillos plantados en hilera que paran el viento, un galpón y el muelle, por donde llegan las noticias una o dos veces al mes en un lanchón, junto con un par de provisiones que duraran varios meses para las pocas familias que viven contigo en aquel lugar, ir a la ciudad más cercana significan por lo menos un mes de ida y regreso y con muchas incertidumbres. Estas en Puerto Río Tranquilo en los años 60's. creciste entre corderos, mate, yunta de bueyes y melgas de papas, conoces a todos tus vecinos. Para los estándares de hoy en día estarías completamente aislado/a, y quizás conozcas solo un par de personas que saben leer y escribir. Pero no estás aquí por nada, luego de los conflictos limítrofes con Argentina después de la guerra del pacífico, los intentos de colonización fallidos de las grandes sociedades explotadoras del Aisén, y La Guerra de Chile Chico o Los Sucesos del Lago Buenos Aires, ese conflicto armado que impulsa la política de la pequeña propiedad rural, en donde entregan tierras a quienes puedan



Julio Berrocal 1983, Archivo vecinal

demonstrarle al estado que son capaces de hacerlas productivas a través del ministerio de Tierras y Colonización, este territorio, es una promesa, la promesa de una nueva oportunidad de vida, mejor, para aquellos que se atreven a “hacer patria”, en un momento en que Chile necesitaba consolidar su soberanía en estas tierras aisladas.

Estas condiciones fueron la cuna que dio origen a una enriquecida cultura, llena de expresiones culturales llegadas y heredadas que vivieron un sincretismo para así forjar un modo de habitar propio. Que se mantuvo vivo con el paso del tiempo y que hoy aun perdura en algunos remanentes territoriales, campos antiguos y de familias humildes, que sin saberlo muchas veces portan con la cultura y el patrimonio de toda una época sobre la cual busca aprender esta investigación y que conforman no solo el paisaje sino también la identidad y origen de toda una generación, de todo un pueblo que es capaz de reconocerse a sí mismo.

Por:
Domingo Croxatto



En este contexto esta investigación propone una metodología que integra el levantamiento arquitectónico y el relato etnográfico para mostrar el modo de habitar rural en su vínculo con la conformación espacial-histórica de los campos aislados; y de este modo poder estimar la importancia de ellos para su localidad. Abordado desde tres casos de estudio del sector de Puerto Río Tranquilo y uno de Cerro San Lorenzo en la región de Aysén. Casos que muestran que la permanencia intergeneracional de las familias facilita la transmisión de saberes ambientales, técnicas constructivas, prácticas productivas y memorias locales, configurando un patrimonio vivo que **refleja la relación entre cultura, territorio y subsistencia**.

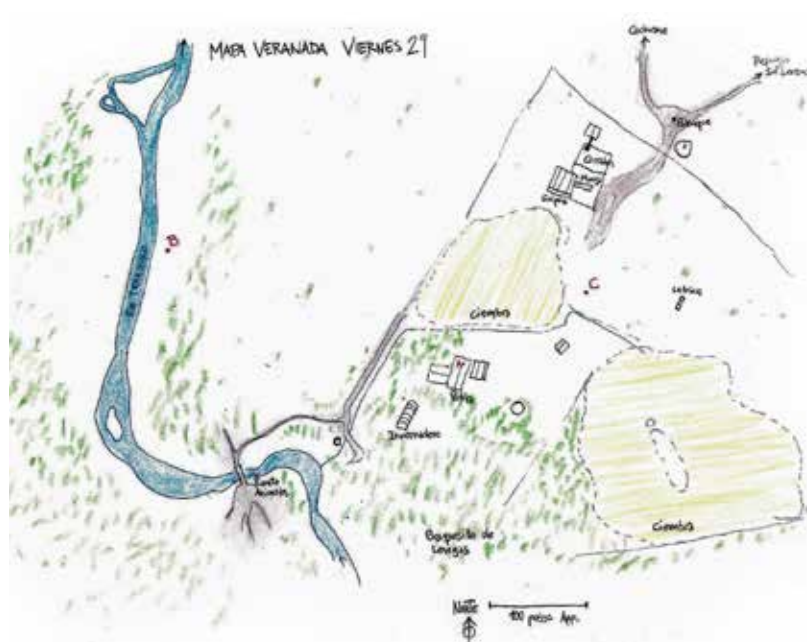
ALGO DE METODOLOGIA (en pocas palabras)

Para llevar a cabo esta investigación se eligen de los métodos etnográficos: la observación participante, la entrevista semi estructurada y el diario de campo, que permiten obtener información sobre los procesos humanos, vivenciales e históricos. Que a su vez permiten entender la conformación del paisaje cultural que se estudia. Donde se busca describir y conocer y experimentar los modos de vida rural poniendo para ello la atención en los aspectos inmateriales del patrimonio rural.



El método de aproximación arquitectónico: consistió en realizar levantamientos arquitectónicos (planos-esquemas) de los campos o “poblas”; Croquis (como estudio fenomenológico del habitar); Catastros y fotografías de inmuebles y construcciones, de los campos muestreados. Y de inmuebles de valor histórico-cultural del pueblo. Poniendo la atención en los elementos de patrimonio rural inmuebles, dígame de: las viviendas y edificaciones populares, los paisajes agrarios como forma de organización del territorio, elementos paisajísticos; infraestructura territorial: redes de caminos y senderos, etc.

Y finalmente viene la clave del trabajo, la tipologización sintética a partir de la integración del relato y los elementos inmuebles levantados: esta metodología consiste en definir tipologías, a través de la relación que entablan los inmuebles y las experiencias humanas en lo común, a partir de las similitudes y constantes de uno o varios casos. Para la realización se tomaron los datos de los casos levantados. Se definen las tipologías a través de: Materialidad; características arquitectónicas más comunes y otras menos comunes; criterios o fenomenología de construcción, ubicación y distribución, desde los relatos locales o contexto cultural; los usos que se le daban y el modo en que se habitaban.





RESULTADOS (¡por fin!)

De lo anterior y mucho quemar neuronas resultan dos cuerpos de resultado importantes:

El primero es la definición de épocas históricas de construcción en el pueblo, lo que resulta a través del estudio documental, su cruce con las entrevistas a los vecinos de la localidad y la información sintetizada a través de los métodos etnográficos. Haciendo posible establecer estas épocas que permite comprender y explicar ciertos procesos y fenómenos arquitectónicos,

El segundo es un compendio que recoge las tipologías que están y estuvieron presentes en el sector desde sus comienzos, hasta el día de hoy. Entendiendo que estas son herencia y vestigio de otro tiempo y de otras vidas, con un profundo valor para la comunidad, y que son parte de lo que nos queda del modo de habitar de las y los pioneros/as y colonos/as.

PROFUNDIZANDO EN LA MATERIA (un pincelazo de lo logrado)

ÉPOCAS HISTÓRICAS DE CONSTRUCCIÓN:

La primera es la de **la colonización temprana**, donde se construye casi exclusivamente con la materia prima local, arcilla, maderas y pasto, procesada por la habilidad y herramientas disponibles, principalmente hachas y sierras. Para elaborar tejuelas, tablas, adobes, y ladrillos cocidos. En las construcciones hechas en esta época podemos reconocer la gran destreza artesanal, manual y de ingenio

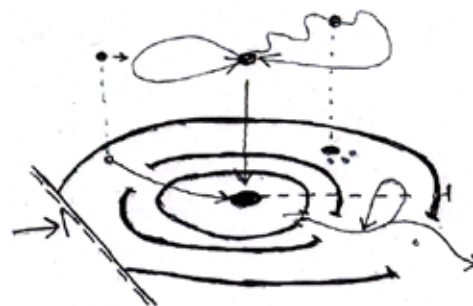


Fig. 1

práctico que poseían los habitantes. También se utilizaron cañas de colihue o quila para construcciones de quincha. Posiblemente los únicos materiales externos eran los clavos y vidrios los cuales eran muy difíciles de conseguir; Dando cuenta de una arquitectura muy endógena, generada del mismo lugar. Las tipologías del compendio tienen su origen en esta época.

En la segunda época, la de **la consolidación del pueblo**, ya con una conectividad mejorada por la barcaza “Pilchero”, que empieza a funcionar en 1974, empiezan a llegar otros materiales desde fuera, como vidrios de mayor dimensión, pero lo que marcó más la diferencia fue la llegada de las planchas de zinc acanalado, las que representaban una solución constructiva muy práctica frente al uso de las tejuelas, debido a su mayor durabilidad, y la rapidez con la que permitía cubrir un techo, siendo estas a su vez mucho más impermeables. También con esto empezó a llegar el Cholgüán con el que se revestían internamente los muros, pues antes quedaban a la vista los pies derechos y desnudas las cintas y la cara interna de las tejuelas, lo que permitió mejorar el aislamiento térmico en una medida considerable para la época. Hasta aquí la construcción y las técnicas constructivas utilizadas tanto como los materiales eran predominantemente de carácter endógeno, o sea que pertenecían a la misma localidad y se debían a ella;

El gran cambio vino con la tercera época reconocible: **la de la conectividad expedita efectiva**. El hito clave fue la llegada de la Carretera Austral en 1986 a la localidad, cosa que se repite en otras localidades aisladas. Esto permitió transportar materiales de forma mucho más rápida y sencilla. Desde entonces fue posible traer no solo materiales, sino también herramientas, maquinaria, mano de obra y profesionales, reduciendo considerablemente las dificultades logísticas de las rutas antiguas, impensable en la época de las barcasas. Este proceso marca el punto de inflexión final del paso a la construcción y arquitectura exógena: es desde el exterior de la localidad desde donde se piensa, se crea y de donde depende, en gran medida, la nueva arquitectura de la localidad.

Ahora, si bien en estas épocas han cambiado, hay tipologías que, no obstante, el cambio en las materialidades y que han variado algunas características formales, aún siguen respondiendo a usos que se han mantenido a lo largo del último siglo, desde la llegada de los colonos.



Fig. 2

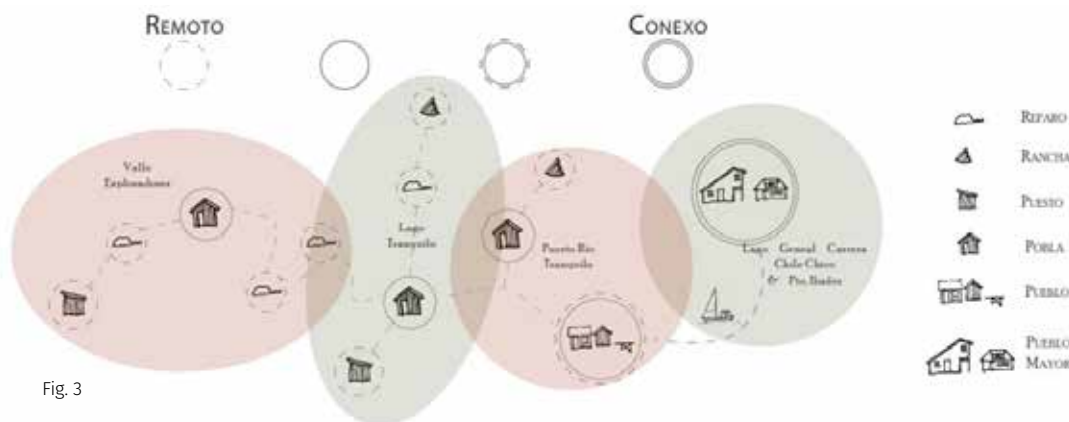


Fig. 3

COMPENDIO DE TIPOLOGIAS

Las tipologías resultantes, fueron divididas en dos categorías:

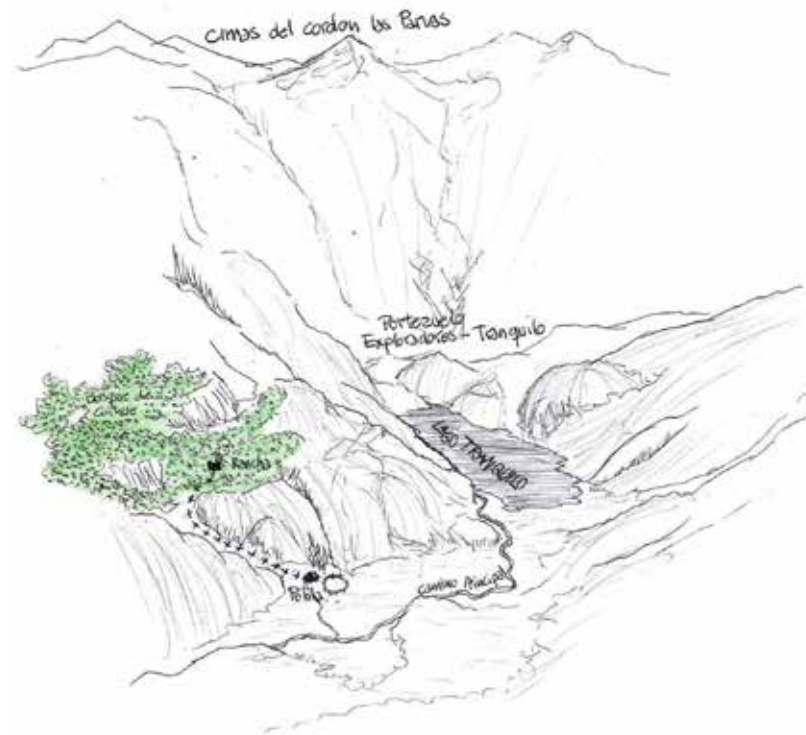
“Tipologías y Construcciones del Territorio en Permanencia” (Fig. 1) que responden a la arquitectura rural menor relacionadas las “Poblas” en donde la vida se desenvuelve en continuidad. Pudiendo reconocer desde corrales, galpones, graneros, quintas frutales, cortinas o alamedas, quesería, talleres, letrinas, paperas o trochas, tranques, invernadero, carnicera, entre otros que podemos observar en los esquemas de los casos estudiados.

“Tipologías de un territorio de Movilidad” (Fig. 2) Agrupa aquellas construcciones o intervenciones que eran habitadas de manera temporal, y en distintas escalas temporales con usos, que responden a un modo de resolver y articular la trashumancia, la conectividad y las actividades cíclicas y esporádicas que se requerían para sostener la vida en el territorio. Y aquí profundizaremos, por ser hoy en día más difícil de conocerlas y entenderlas desde lo vivencial puesto que con los cambios de la época muchas quedaron en desuso. Se separan y nominan con los vocablos usados por los locales en: “Reparos”, “Ranchas”, “Puestos”. Diferenciándose cada una en la temporalidad y en la función a la que daban cabida. (Fig. 3)

El Reparar

Dentro de los relatos de los habitantes, el “reparo” aparece cuando nos cuentan los viajes y movimientos que realizaban de un lugar a otro, uso que es transversal en la ruralidad aysenina. Arquitectónicamente lo podríamos entender y definir como: un lugar, sea de origen natural y/o una leve intervención humana que genere un espacio de resguardo, o cobijo frete a uno o varios elementos naturales, dando un cierto grado de confort al cuerpo. utilizado sea principalmente por personas y en algunos casos animales como lugar de tránsito para pasar la noche o descansar durante un recorrido.





La Rancho o Rancho

Son en similitud a los reparos, un modo leve de habitar el territorio. Lo que primaba a la hora de ubicarlas era la proximidad con el lugar en el que se fuese a trabajar o realizar las faenas, para no perder el valioso tiempo de trabajo en recorrer largas distancias cada día. Eran construcciones móviles y de gran versatilidad en su contexto, levantados con caballetes de madera clavados a tierra y cubiertos principalmente con lonas de nylon transparentes para tener luz y un espacio más hermético a la intemperie. Duraban lo que la faena, o sea, períodos medianamente prolongados, que al terminar se desmantelaban, a excepción de los postes y travesaños en caso de tener que volver.



El Puesto

Los "puestos" empiezan ya dentro de los relatos a parecerse a las ideas que tenemos más asociadas al hogar con puerta, ventanas, aunque en algunos casos pequeñas aberturas, o ventanas de palo sin cristal, solían tener cocina a leña o podía ser una salamandra, un tambor adaptado o un elemento que facilitara la combustión para la calefacción y la alimentación. Los puestos se asociaban en algunos casos a la explotación o extracción de recursos, pero sobre todo con la labor de cuidado de los animales, y es aquí donde aparecen asociados a lo que los pobladores denominan "veranadas" e "invernadas". Así la clave para diferenciarlos es que se habitaban por temporadas o estaciones, ya que estaban supeditadas esencialmente a la disponibilidad de forraje. Solían ser espacios que se compartían con otros de paso y en donde se dejaba para el próximo habitante algunos víveres o recados.



La Pobla

- ¿y esos álamos que están ahí? - esos? esos son los de la *pobla* de un viejito Briones-"

Extracto de conversación por la carretera austral.

A aquello que en el sector se le llama "*Pobla*" es más que una construcción, es una suma de diversas construcciones, es un inmueble compuesto. La *pobla* está en el extremo contrario al "reparo", ya que, dentro de estas tipologías, ésta, está desarrollada desde y para la permanencia, en ello radica su carácter complejo, en cubrir todas las necesidades para poder estar año corrido. (ver fotografía panorámica del inicio)



CONCLUSIONES (Y reflexionando sobre lo aprendido)

Los modos de vida rural en la región de Aysén son vergeles de cultura y patrimonio tomando en la localidad un rol de conservación y transmisión de la sabiduría, historia e identidad. Estos remanentes hoy en día se ven hostigados y amenazados por el constante crecimiento urbano, la presión inmobiliaria, y diversas industrias, que las van gentrificando. Conformen parte del patrimonio biocultural e histórico de Chile mas no se encuentran debidamente valorados, reconocidos y estudiados. De aquí se desprende la dificultad para aplicar y crear herramientas que permitan protegerlos y salvaguardarlos, poniendo el legado cultural y el factor de identidad de las comunidades en una situación vulnerable y con ello también la calidad de vida de los sectores rurales.

En estos contextos y en medio de su caos, tomar el liderazgo desde lo profesional en instancias que nos permitan entregar valor y trascender aprovechando las oportunidades es de valientes. Actualmente hay muchas oportu-

nidades y los arquitectos (y en general quienes tengamos la voluntad) podemos ocupar esos espacios de liderazgo o soporte, en nuestras comunidades, desde programas, juntas de vecinos, fondos concursables, procedimientos de salvaguardia del patrimonio y tantas otras oportunidades, que desde nuestra formación, nos permiten gestionar y articular en conjunto con quienes lo necesitan y quieren, la materialización del bien común, la materialización de aquel valor que nos trae una mejor calidad de vida como habitantes de un lugar, y que nos transforma en parte de esa historia, devolviéndonos sentido de pertenencia.

Y así empieza esto (y termino yo) una invitación a imaginar, y a ayudar a otros a hacerlo en conjunto. Porque, así como a los pioneros de la región de Aysén, algo que une a las personas (además de los miedos y los enemigos que ya tenemos suficientes) son los sueños compartidos y la promesa que nos hacemos a nosotros mismos de algo mejor, o como le decían por aquí "Hacer Patria". Entonces "Imaginemos Patria". **ca**

Parque Biológico La Laja, plan maestro de reconversión de relleno sanitario

Puerto Varas, Región de Los Lagos

Jonás Figueroa Salas
Arquitecto

Colaboradores:

Bill Soncco
Arquitecto

Héctor Alfaro
Arquitecto

Nilton Alban (Perú)
Ing. Civil

Daniela Valencia
(Unsaac - Perú)

El Plan Maestro de Reconversión de Relleno Sanitario La Laja propone la inserción de un programa arquitectónico para un Centro de Educación Ambiental (CEA), Estaciones Temáticas (ET), Micro Estaciones e Invernadero en la actual explanada industrial, sustentado en dos ejes proyectuales (EP), que formulan las operaciones básicas de diseño y modelamiento para la creación de un Parque Biológico, a partir del reconocimiento del lugar industrial, la definición del sitio arquitectónico requerido y el paisaje. Atendiendo a los especiales valores del medio físico y a la convergencia de dinámicas de fauna y flora nativa, proponemos que las actuaciones arquitectónicas configuren un Parque Biológico, constituyendo de este modo una operación integral del paisaje, con el propósito de crear conciencia y educación en la ciudadanía sobre la gestión de la basura.

Problemática: pronto a finalizar su periodo de utilidad, el Relleno Sanitario se localiza en un entorno de gran valor natural, representado por un plantel arbóreo nativo de gran densidad y en buen estado de conservación, que no participa de los elementos constituyentes de la explanada industrial, pudiendo representar, por ejemplo, una barrera o franja de amortiguación con el entorno territorial actualmente en proceso de crecimiento de usos industriales y urbanos. Junto a ello, la contaminación por olores químicos constituye un problema que frente a futuras reconversiones de uso,

podrían constituir factores de reparación y mitigación. Frente a estos datos, proponemos metodológicamente dos ejes proyectuales, a tener presente:

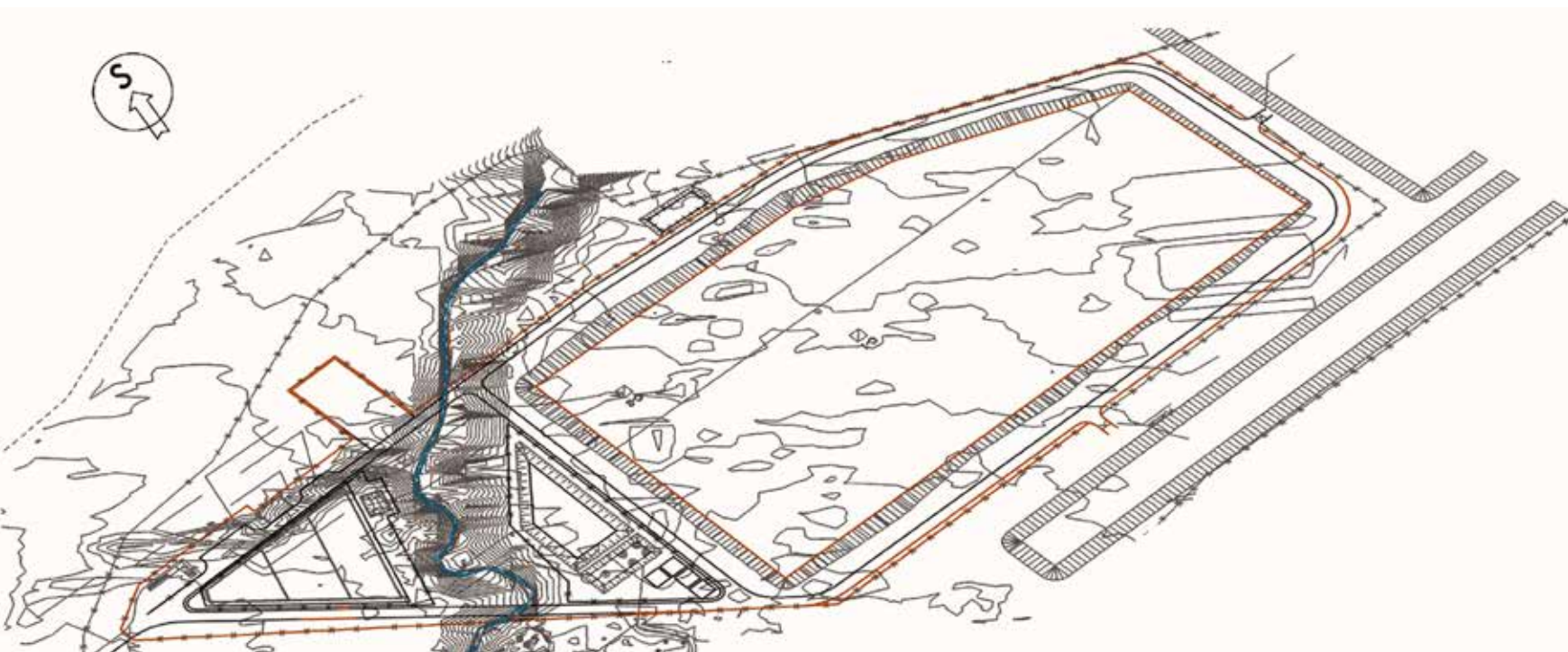
Eje Proyectual 1. La concepción espacial de los desarrollos arquitectónicos debe ser la expresión posible a modo de metáfora, de las actividades y procesos que se llevan a cabo en la explanada del RSLL para el tratamiento industrial de la basura.

Eje Proyectual 2. El emplazamiento de los diferentes programas arquitectónicos que configuran el parque biológico, debe responder a los elementos paisajísticos estructurantes del lugar, a modo de memoria funcional.

Los 200 días de lluvia al año de Puerto Varas y la presencia del arroyo en la explanada industrial, la dimensión hídrica -aguas lluvia + arroyo- se transforma en la medida del suelo, en la memoria del clima y en el factor de orden del programa de usos.

El Lugar

La explanada industrial se constituye en el contexto de la operación arquitectónica que permitirá reconvertir el Relleno Sanitario de La Laja en un Parque Biológico. La operación previa es "girar" la orientación de la cartografía hacia el sur, con el fin de entender la explanada industrial acorde con la estructura del medio físico de la región y con el orden funcional propuesto para el Parque Biológico. De esta forma se emplaza en un entorno paisajístico de árboles nativos con el fin de promover un equilibrio ambiental y funcional amigable con el visitante, amortiguando los impactos derivados de la actividad industrial. La presencia de un curso hídrico o arroyo constituye un valor paisajístico a considerar en el ordenamiento arquitectónico propuesto.

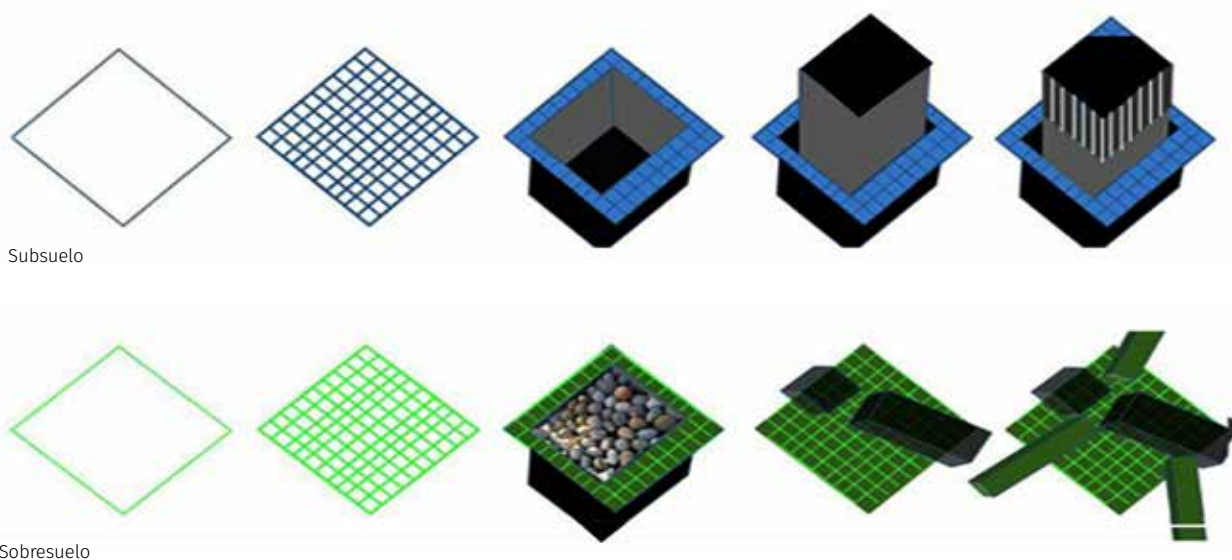


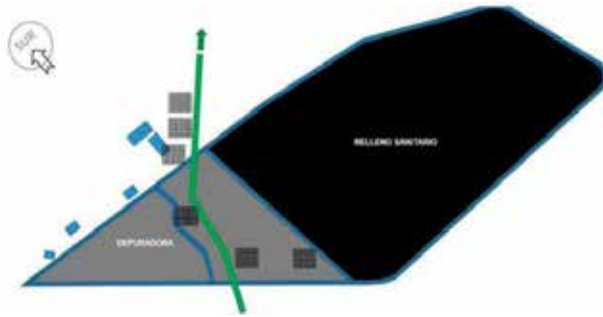
Concepción Espacial del Subsuelo

El Centro de Educación Ambiental (CEA) se instala sobre una plaza recolectora de aguas lluvia. Conceptualmente es la metáfora de la “plantación” de la basura bajo tierra, que a través del proceso industrial “emerge” a la luz convertida en materia restaurada para usos acordes y apropiados con las tendencias productivas. Se accede al interior mediante rampas que representan la huella del tractor de oruga que abre el surco de la plantación de la basura. El edificio se “envuelve” en un tejido de madera que rescata el imaginario y la memoria patrimonial de Puerto Varas, de la obra gruesa de la arquitectura en madera ligada, con el legado constructivo de los colonos alemanes.

Concepción Espacial del Sobresuelo

La Estaciones Temáticas, las Micro Estaciones y el Invernadero se emplazan son artefactos que construyen las orillas de las diferentes etapas del proceso de tratamiento de la basura. Las ET están situadas sobre plazas que infiltran aguas lluvias al suelo. Su emplazamiento obedece al orden que impone la huella del arroyo, que cruza la explanada industrial. El ángulo visual para la observación temática se encuentra enmarcado por hileras de árboles, arbustos y plantas nativas.





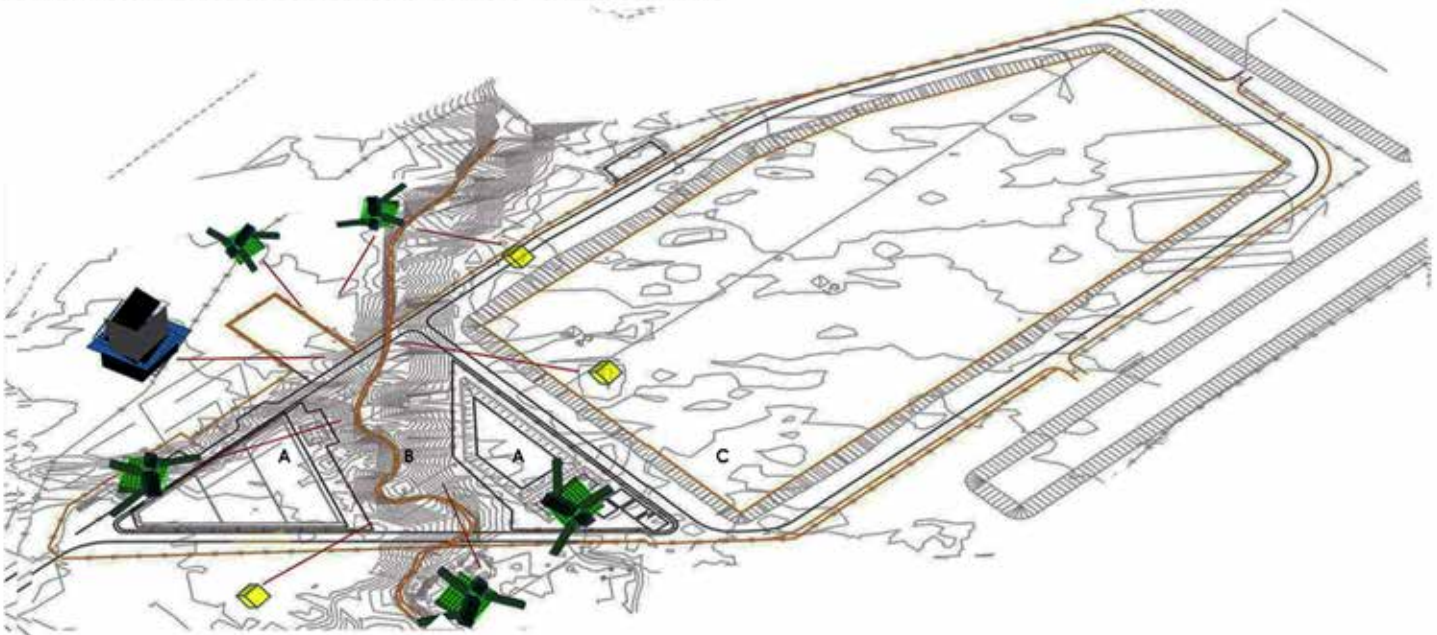
El Sitio

De acuerdo con el Eje Proyectual 2, el arroyo que cruza el sector ocupado por la depuradora de aguas de la explanada industrial del RSL, se constituye en el elemento natural y paisajístico que, como memoria del clima articula y ordena a modo de eje, el emplazamiento de las ET y las micro ET concebidas estas últimas como plazas de resguardo con el fin de brindar descanso y cobijo al visitante. Para responder al emplazamiento paisajístico de un programa arquitectónico en una explanada industrial, proponemos franjas de árboles y arbustos nativos de naturaleza medicinal y aromática para reducir el impacto visual y contaminante del proceso industrial del RSL.

Operaciones Estructurantes

Las aguas constituyen las medidas de ocupación y emplazamiento del programa arquitectónico del CEA, de las Estaciones Temáticas (ET) y el Invernadero (IN). Todos estos artefactos se instalan sobre plazas infiltradoras de aguas lluvia, marcando las orillas de las actividades temáticas, cuyos emplazamientos se ordenan en función de la traza hidráulica del arroyo que cruza el sitio y de este modo, permitir al visitante trazar circuitos y travesías múltiples con el fin de brindar diferentes escenarios a las necesidades didácticas y pedagógicas. Todo ello permite transmitir la información más completa y en detalle a vecinos y visitantes.

LA EXPLANADA INDUSTRIAL: A. DEPURADORA DE AGUAS - B. ARROYO - C. RELLENO SANITARIO



Datos Técnicos

Concurso Internacional de Ideas Centro de Educación Ambiental

Mandante: Asociación de Municipalidades de la Provincia de Llanquihue – Región de Los Lagos – Chile

Superficie Total Propuesta por el Programa de Arquitectura: 2.000 m²



Centro de Educación Ambiental



Estaciones Temáticas - Micro Estaciones - Invernadero

Naturaleza intermedia

Reflexiones sobre arquitectura, oficio y ecosistemas en la cuenca del lago Budi

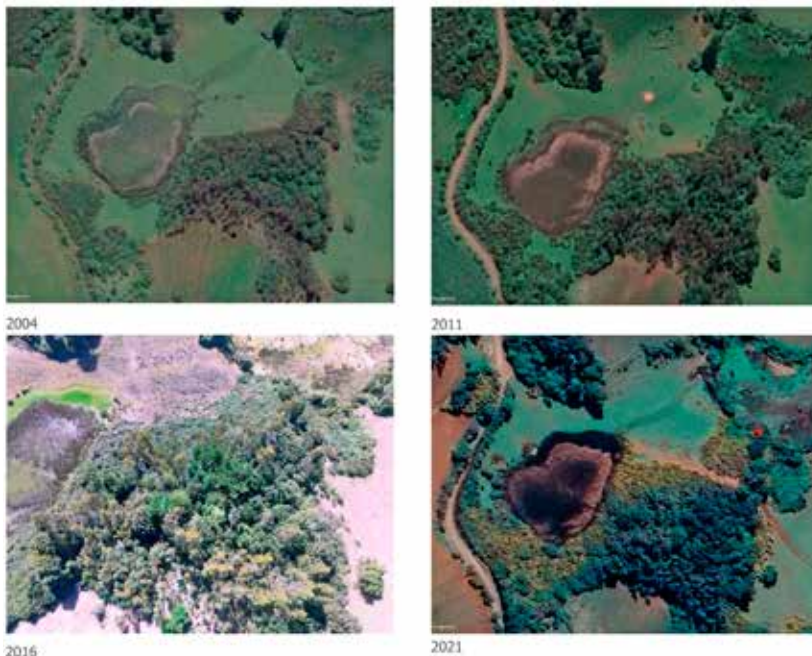
Autores:
Francisca Salas
Polgatz
Ronald Burgos
Jiménez

Palabras clave: Paisajes productivos, Naturaleza intermedia, Saberes locales, Diseño en territorios rurales



En territorios rurales, el proyecto se desplaza desde la incorporación de un objeto sobre un lugar hacia la necesidad de situarse dentro de procesos ecológicos y culturales que ya estructuran el territorio. En esa dirección, la noción de *naturaleza intermedia* resulta especialmente sugerente, pues permite reforzar la comprensión del paisaje como una configuración en constante transformación, donde persisten condiciones materiales capaces de orientar nuevas intervenciones. Para el arquitecto Michel Desvigne, esta idea da cuenta de paisajes en desarrollo, de carácter provisional, acumulativo e inacabado, donde la arquitectura del sitio opera como conducción de procesos, antes que como producción de formas acabadas.¹ (Img. 1)

Desde esta perspectiva, el paisaje puede leerse desde su dimensión visible y, al mismo tiempo, desde su espesor operativo: humedad, pendiente, sustratos, vegetación, bordes, huellas de uso y tiempos de transformación. En los territorios rurales, estas condiciones no aparecen separadas de la vida social, sino entrelazadas con oficios, economías domésticas, intercambios y prácticas de subsistencia. Por eso, proyectar en estos contextos implica menos “instalar” una solución que aprender a leer aquello que ya organiza el habitar. (Img. 2)



Img. 1: Relicto de bosque nativo en medio de una pradera y plantaciones de especies introducidas en sector de Quechocahuín en Puerto Domínguez. Matías Aguilera, 2023

1 Michel Desvigne en Tiberghien, Gilles A. *Intermediate Natures: The Landscapes of Michel Desvigne*. Springer, 2008. Pág. 11 a 13.

2 Zúñiga Jara, C. (2013). *Rutas de recolección en la Araucanía*. Universidad de La Frontera. (pp. 228)



Img. 2: Proyecto “Jardin de Recoleccion de Ñocha: Terrazas para la regeneración ecológica y cultural del bosque desde la cestería.” Christopher Borcoski, 2023

Esta aproximación está en la base del taller “Paisajes Productivos”, desarrollado en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Temuco durante el segundo semestre del 2023, donde estudiantes de 4º y 5º año trabajaron sobre la cuenca del Lago Budi, entendiendo los paisajes productivos como sistemas capaces de articular sustento alimentario, ecológico y cultural. Sin embargo, el taller no comenzó en el sitio de intervención, sino en un espacio cotidiano de intercambio: la Feria Pinto de Temuco. Este desplazamiento inicial permitió abordar el territorio a través de los productos que expresan relaciones territoriales. Hortalizas, fibras, frutos, artesanías y materias primas aparecían allí como fragmentos de paisajes más amplios, trayendo consigo estaciones, recorridos, técnicas y modos de vida. La feria funcionó así como umbral donde el territorio se vuelve legible a través de aquello que circula. El propio material

del taller recoge esa condición al señalar que seguir la huella de un producto permitía identificar su lugar de origen, los itinerarios que recorría y los paisajes de donde provenía, desde humedales y bosques hasta las calles y mercados de Temuco. (Img. 3)

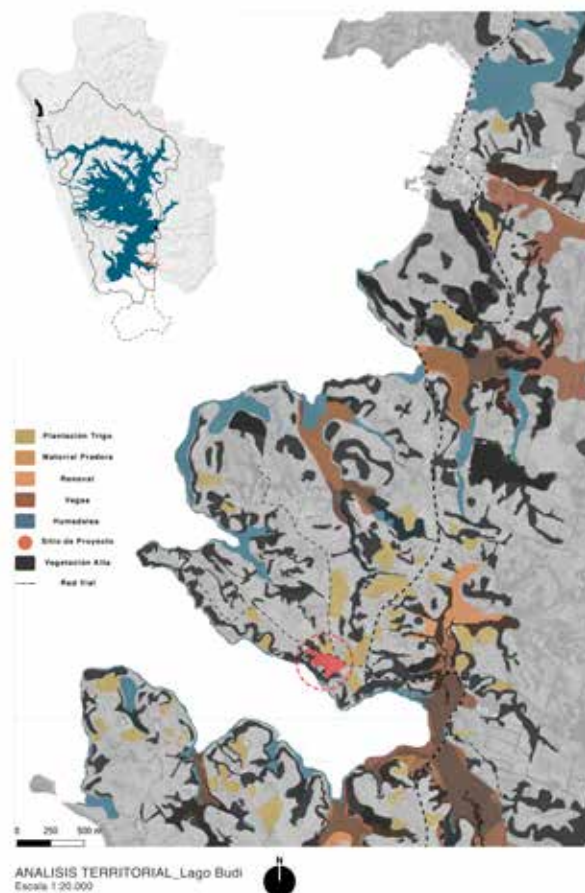
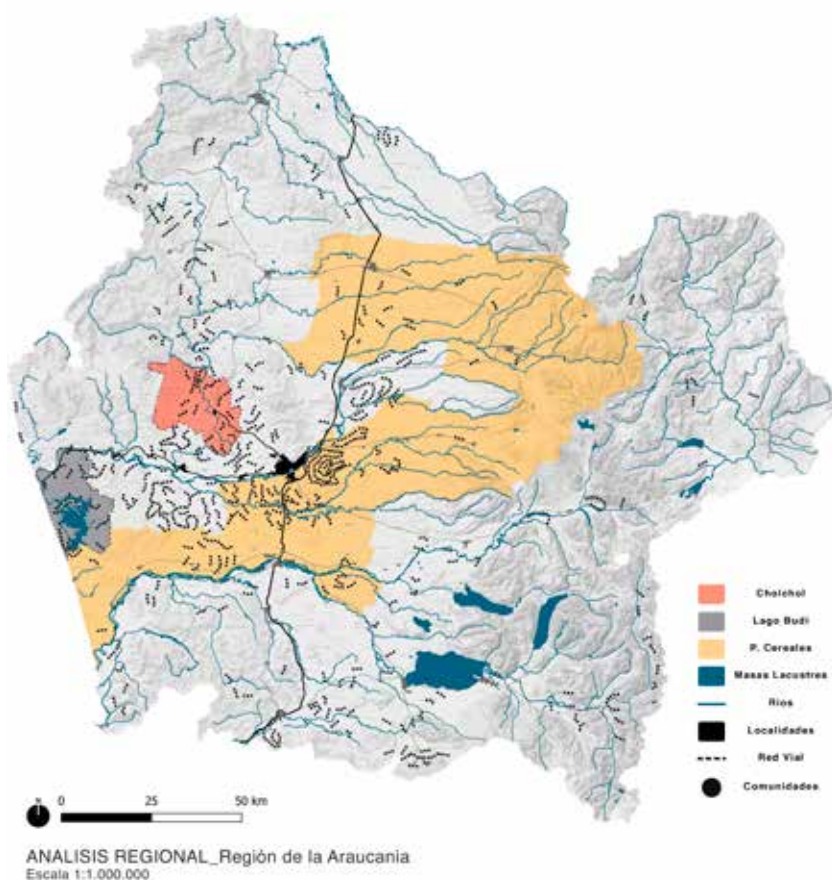
Este punto de partida adquiere además una dimensión histórica. Registros de la década de 1960 muestran cómo los frutos del bosque y las hortalizas de temporada se ofrecían en la Feria Pinto como una “fiesta de colores y aromas”, vinculados a circuitos locales de producción e intercambio.² Esta escena permite comprender que los productos son portadores de temporalidad y territorio, es decir, remiten a suelos específicos, condiciones climáticas, tiempos de cosecha y saberes heredados, configurando un modo específico de leer el territorio.



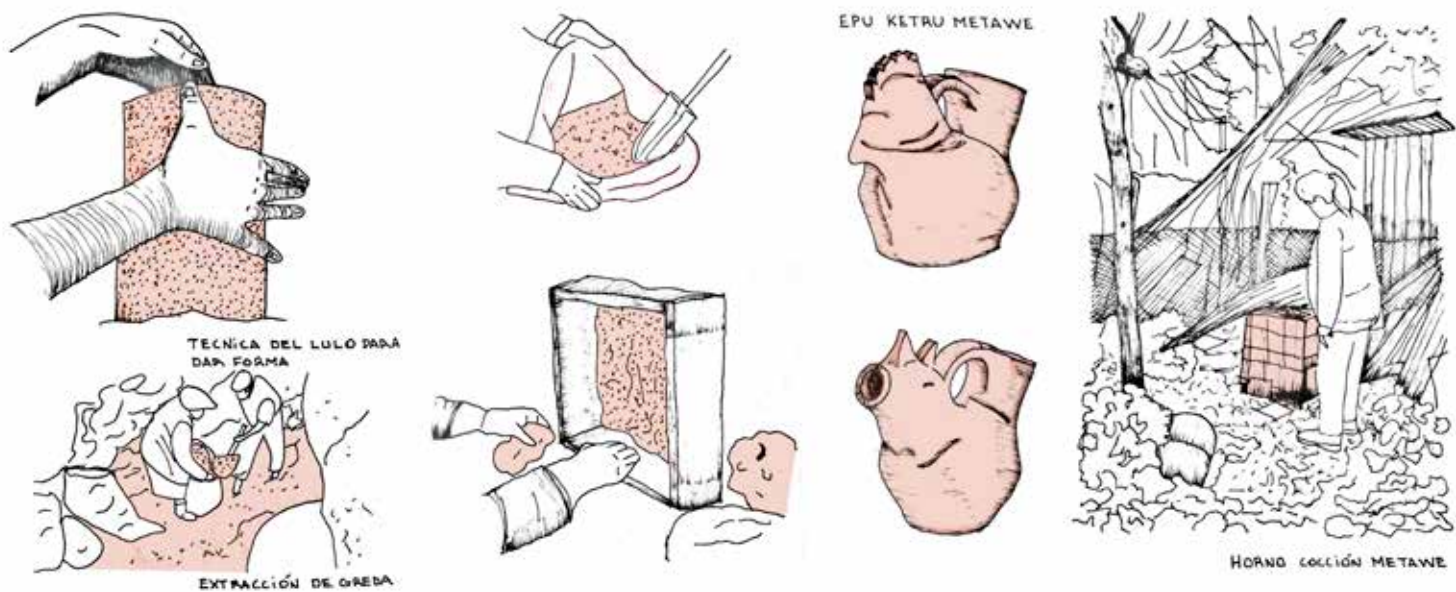
Img. 3: Registro Fotográfico de elementos Identificados en Feria Pinto, Temuco. Francisca Salas, 2023

Seguir la huella de estos productos condujo progresivamente hacia la cuenca del Lago Budi. Allí, el trabajo se situó en un territorio donde convergen condiciones ambientales sensibles, presión productiva asociada al monocultivo forestal, una relativa condición de aislamiento geográfico y persistencia de saberes Mapuche-Lafkenche (Img. 4). El acercamiento con la Mesa de la Mujer Rural de Puerto Domínguez permitió que esta lectura inicial se transformara en una experiencia situada, donde el territorio comenzó a comprenderse a través de sus formas y desde las prácticas que lo sostienen: cultivo en huertas familiares, recolección

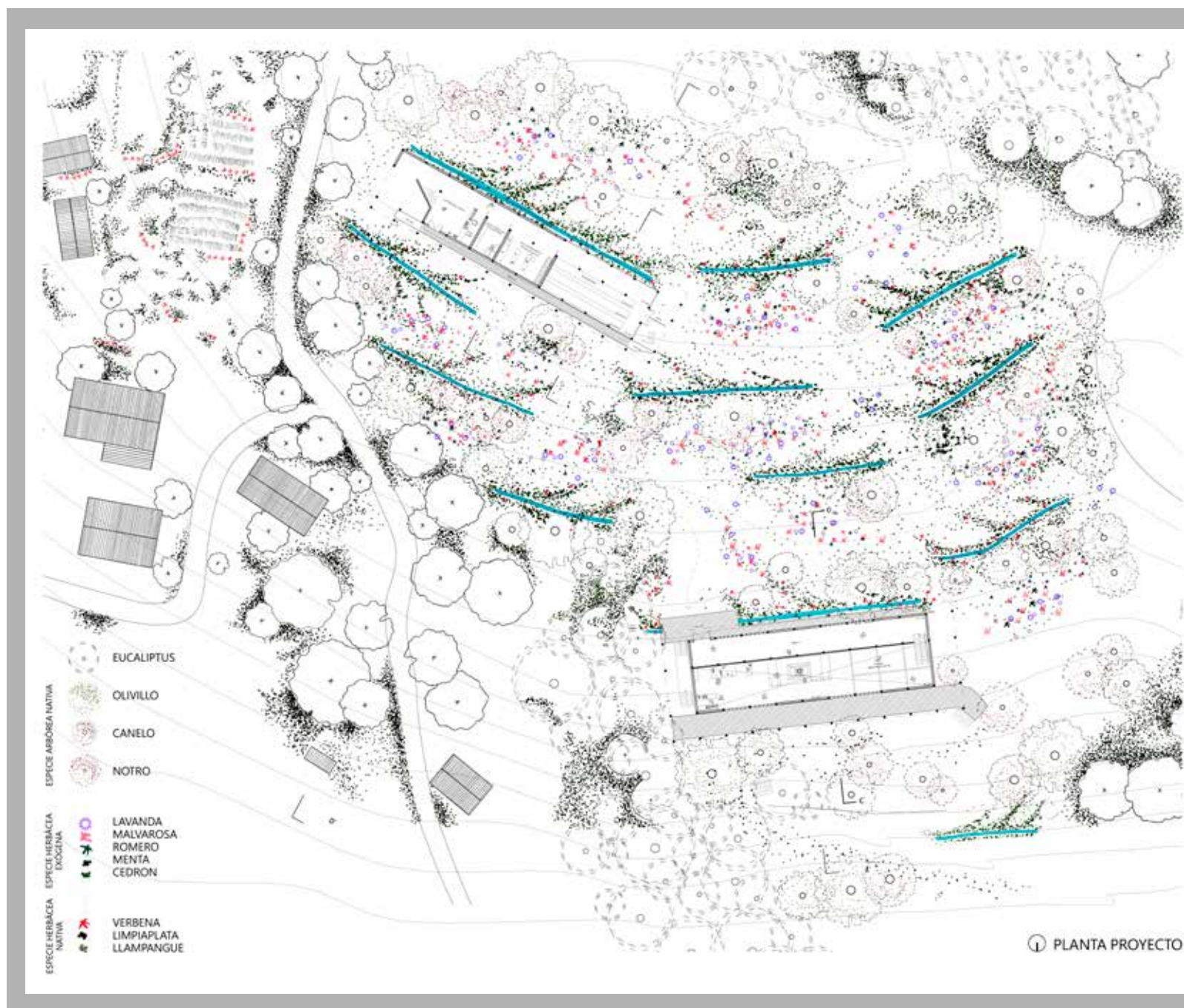
de fibras vegetales, manejo del bosque nativo, producción artesanal, uso del agua y organización cotidiana del trabajo. Esta aproximación, desde el objeto hacia su procedencia, luego hacia el paisaje y finalmente hacia las prácticas, fue decisiva para reconocer cómo el oficio y la vida cotidiana construyen espacio, y cómo las necesidades del proyecto emergen desde esa relación entre paisaje, cultura y producción. La atención dejó de centrarse solo en la definición de un edificio y comenzó a orientarse hacia la comprensión de las relaciones ecológicas y sociales que requieren soporte espacial dentro de la cotidianidad rural. (Img.5)



Img. 4: Análisis cartográfico, región de la Araucanía, Temuco. Francisco Alarcón, 2023.



Img. 5: Estudio gráfico de elementos registrados en Feria Pinto, Temuco. Matias Aguilera, 2023

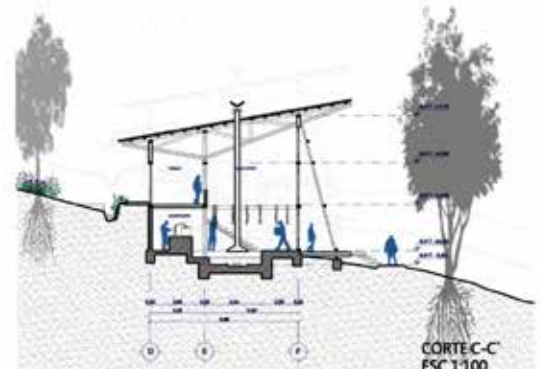
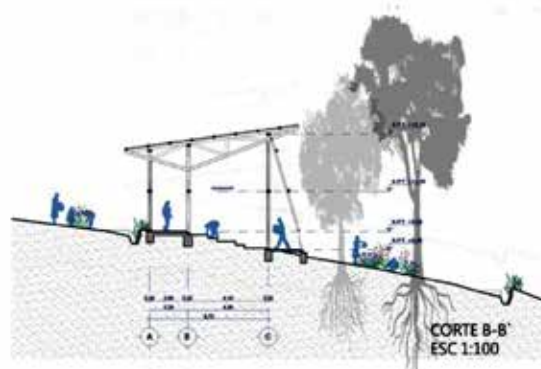
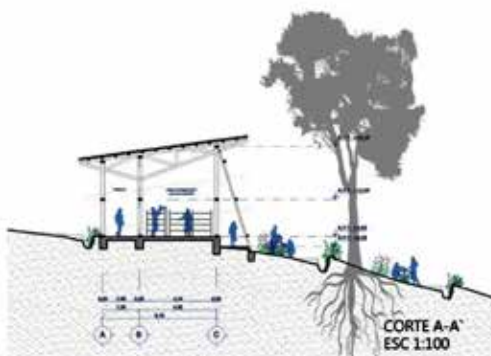
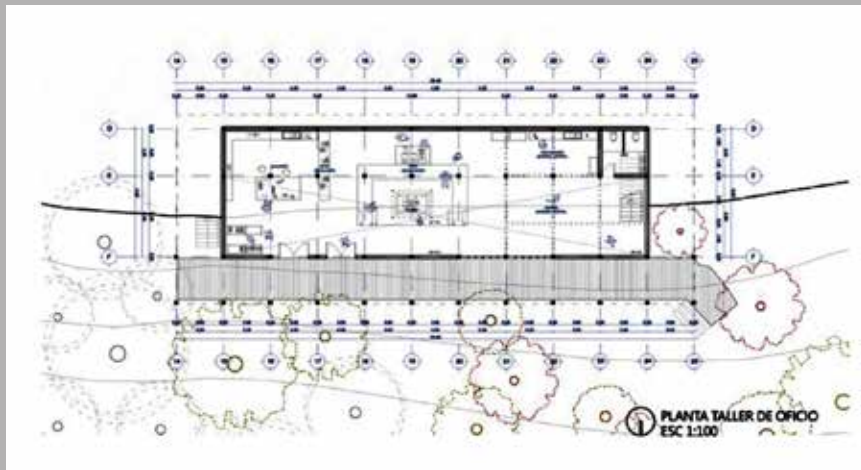
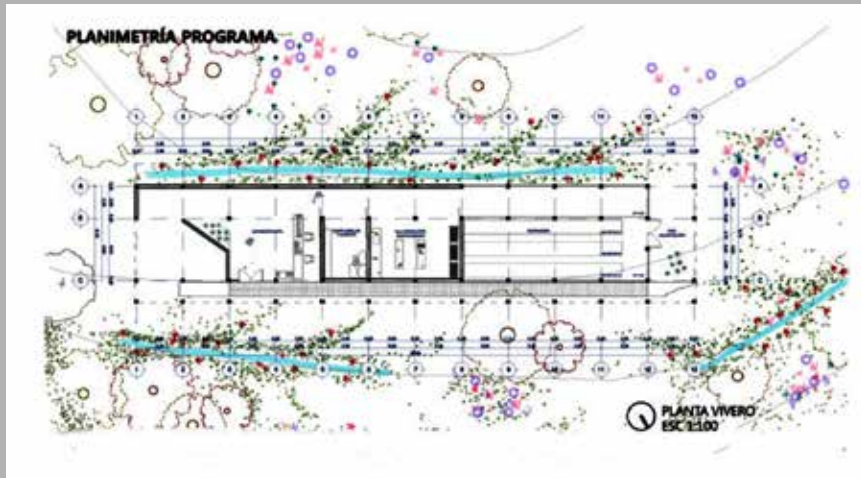


Img. 6: Proyecto "Contención De Un Bosque Esencial Para La Revitalización Del Entorno Ecológico: Vivero transitorio y Laboratorio para la implementación de un bosque esencial." Nathaly Cruz, 2023.

A partir de esta experiencia emergen tres hallazgos que permiten pensar el proyecto arquitectónico en contextos de ruralidad extrema:

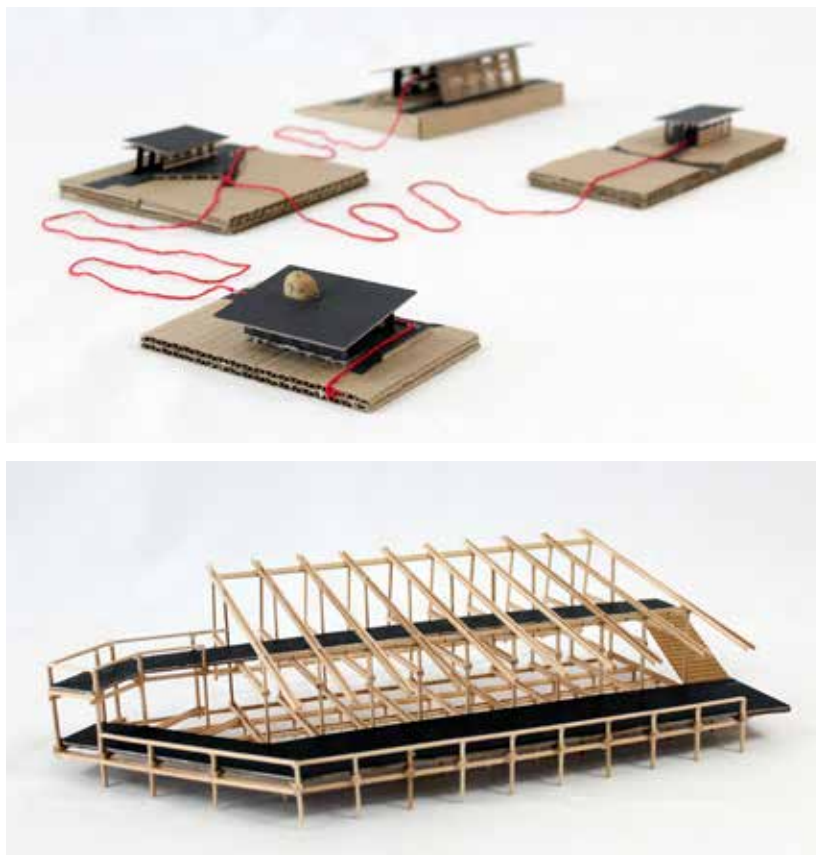
El primer hallazgo consiste en reforzar la idea de paisaje como un sistema activo que articula simultáneamente producción, hábitat y cultura; un sistema multifuncional. En los casos estudiados, un mismo lugar produce alimentos, aloja biodiversidad, organiza el trabajo, transmite conocimientos y provee de materias primas, configurando una condición donde estas dimensiones operan de manera

entrelazada. Esta lectura implica una forma de aproximación proyectual que hace ineludible las coexistencias. Si el paisaje es un sistema de soporte y no un fondo, entonces la arquitectura no puede instalarse en él como pieza aislada. Por lo tanto, la arquitectura se sitúa dentro de procesos territoriales más amplios, actuando como soporte de relaciones existentes. En los proyectos del taller, esto se traduce en propuestas que integran restauración de suelos, infiltración de agua, producción vegetal, trabajo artesanal y encuentro comunitario, articulando funciones que dan forma y se complementan con definiciones programáticas. (Img.6)

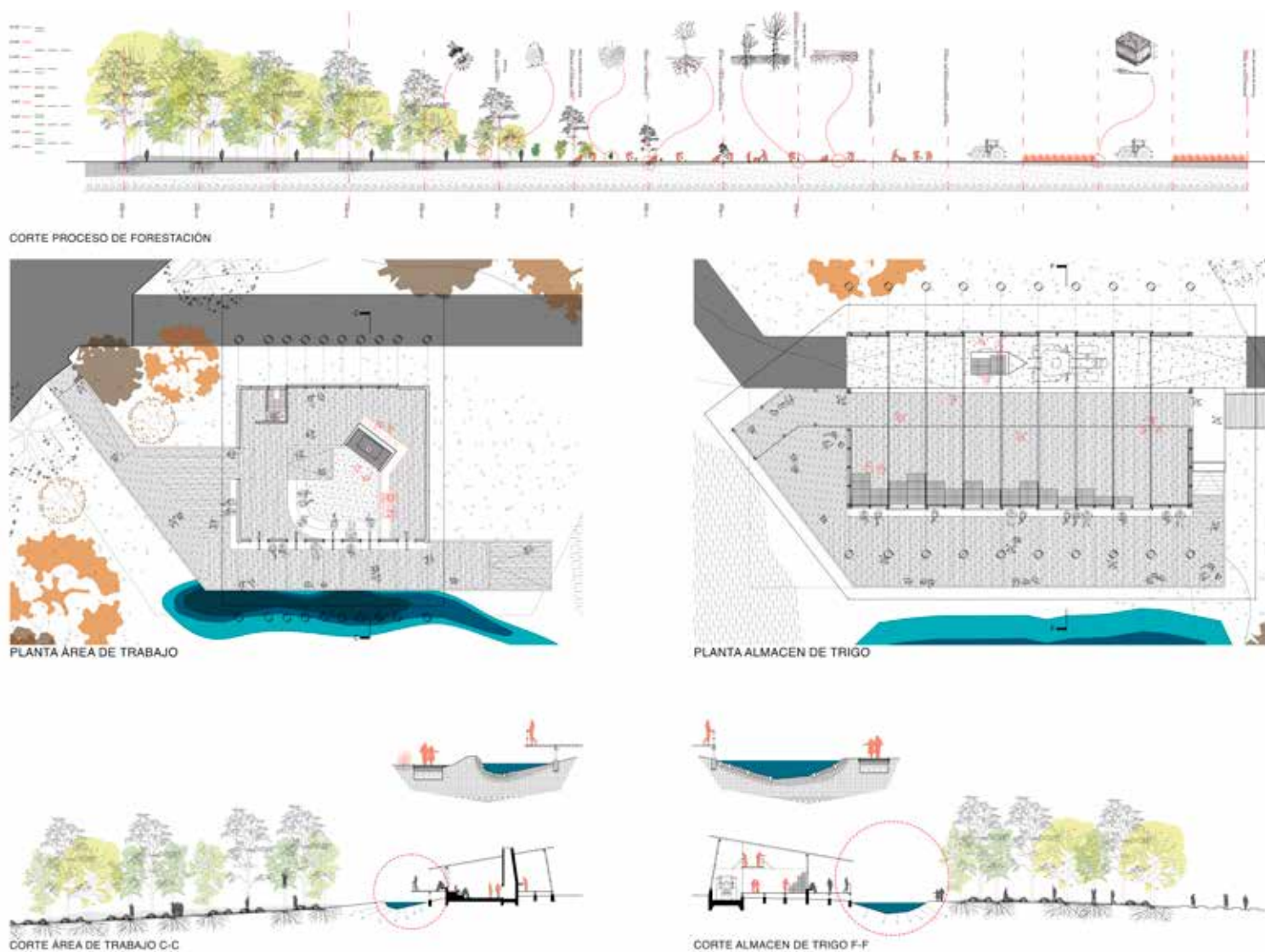


El segundo hallazgo es el reconocimiento de los ciclos naturales y estacionales como una estructura activa que organiza el territorio y sus modos de habitar. En la cuenca del Budi, prácticas como la siembra, la cosecha, la recolección o el manejo del agua dependen de tiempos definidos por estaciones, humedad, crecimiento y reposo. Proyectar desde estas condiciones implica incorporar el tiempo como una materia del diseño. ¿Qué ocurre con el agua en invierno y en verano? ¿Qué vegetación puede actuar como pionera y cuál requiere periodos temporales más largos? ¿Qué actividades necesitan resguardo estacional? ¿Qué transformaciones deben permitir la rotación, la recuperación o la espera? En este punto, la lectura de Desvigne resulta nuevamente útil, porque insiste en que el paisaje no debe precipitarse hacia una imagen final prematura; por el contrario, debe sostener la coexistencia de fases de desarrollo y reconocer el valor de lo inacabado. La potencia del proyecto no reside entonces en clausurar el tiempo; por el contrario, consiste en trabajar con él, orientando sus transformaciones, enfatizando en los procesos como elemento estructurante de programas y diseño. (Img.7)

El tercer hallazgo es precisamente la formulación de la *naturaleza intermedia* como campo de acción proyectual. Lo que al inicio podía aparecer como marco conceptual, en el desarrollo del taller se volvió una condición verificable del territorio. Los lugares trabajados, a partir de la pesquisa de origen corresponden a configuraciones híbridas: humedales tensionados por prácticas agrícolas, bosques fragmentados por plantaciones y suelos erosionados o compactados, además de ocupaciones humanas que transforman el entorno sin anular completamente sus dinámicas ecológicas. Los proyectos del taller muestran que intervenir allí no consiste en restaurar una supuesta condición originaria ni en imponer una nueva artificialidad total. Se trata, más bien, de trabajar sobre estados intermedios. Una arquitectura que acepta esa condición intermedia trabaja con soportes mínimos, operaciones progresivas, restauraciones parciales, sistemas de infiltración, producción vegetal, infraestructuras de bajo impacto y programas vinculados a procesos, reorientando usos previos.



Img. 7: Entre tutores recreativos y oasis productivos: Integración de procesos naturales y sociales a la producción del trigo. Francisco Alarcón, 2023.



Continuación Img. 7

Visto así, el taller “Paisajes Productivos” produjo, por una parte, ejercicios académicos y, por otra, una forma de aprendizaje disciplinar. Su aporte reside en leer continuidades entre producción, ecosistema y cultura, para definir una forma e intervenir considerando la complejidad del entorno. Asimismo, propone entender el programa arquitectónico como la base de prácticas ecológicas y culturales. Proyectar desde esta condición intermedia implicó reconocer que el territorio conserva capacidades, ritmos y trazas que pueden guiar nuevas intervenciones que se incorporen en contextos rurales.

La arquitectura puede asumir entonces un rol orientado a sostener relaciones, fortalecer economías locales y dar soporte a dinámicas existentes, acompañando oficios que continúan dando forma al territorio. Allí radica, quizás, una de las principales enseñanzas del taller: el proyecto no comienza solo con una forma, sino con la capacidad de reconocer y trabajar con las condiciones que hacen posible el habitar. **ca**



Obra: Mirador de Interpretación Salinas de Lo Valdivia.

Autor: Francisco Tacussis Brangier

Construcción: Maestro Claudio Cisternas y Francisco Tacussis Brangier

Diseño Gráfico de Interpretación: Marco Correa y Taty Mella

Mandante: Universidad Central de Chile

Financiamiento: Gobierno Regional de O'Higgins

Superficie: 24,64 M²

Materialidad: Estructura de piso, muros y techumbre de postes de eucaliptus.

Año de Proyecto: 2019

Año de Construcción: 2020

Colaboradora para este artículo: Arquitecta Carmen Paz Sepúlveda Jara

Mirador de interpretación Salinas de lo Valdivia

El proyecto *Unidad de Interpretación y Mirador Salinas de Lo Valdivia*, es una intervención que articula territorio, cultura y técnica, mediante la revalorización de saberes locales, en una reinterpretación proyectual y constructiva propia del paisaje salinero, donde la materialidad, el sistema estructural y los modos de habitar emergen directamente de la relación entre naturaleza, comunidad y producción. En este sentido, la pertinencia del proyecto radica en la capacidad de

establecer una continuidad entre las prácticas vernáculas y una intervención arquitectónica contemporánea situada.

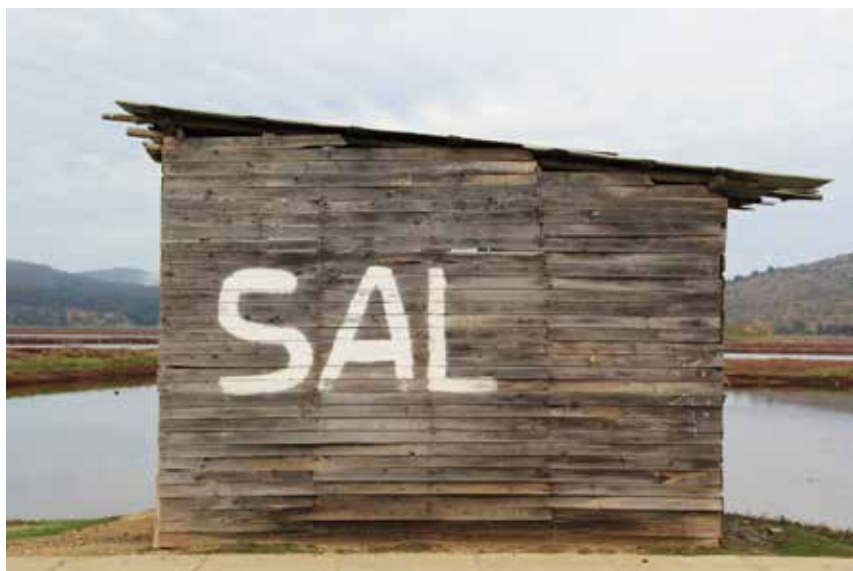
Historia y producción de Salinas de lo Valdivia

Las Salinas de lo Valdivia, ubicadas en la comuna de Paredones, VI Región de O'Higgins, son un tesoro patrimonial de origen prehispánico. Las primeras crónicas, correspondientes a las de Gerónimo de Vivar de 1558 señalaban

que en la costa chilena “...hay salinas en las lagunas, cercanas al mar, donde los naturales cosechan sal en verano, tan blanca como el cristal”.

A lo largo del tiempo, este oficio alcanzó gran relevancia productiva, llegando en el siglo XIX a niveles cercanos a las 13.000 toneladas anuales.

El paisaje cultural de Lo Valdivia se configura a partir de un sistema productivo vinculado a la extracción de sal marina mediante procesos de evaporación en lagunas artificiales durante el verano, hacia donde se conduce el agua de mar donde, por efecto de la radiación solar y el viento, se produce la decantación y cristalización. Este proceso, de carácter colectivo, involucra una amplia participación comunitaria que no solo define la estructura económica, sino que también configura un tejido social activo y diverso.





Contexto constructivo

En este contexto, la arquitectura asociada a esta actividad productiva adquiere un rol estructurante dentro del paisaje cultural. Los galpones salineros, destinados al acopio y resguardo de la sal, se consolidan como elementos de alta presencia territorial, tanto en términos físicos como simbólicos, constituyendo una tipología constructiva vernácula transmitida inter-generacionalmente que responde a las condiciones ambientales y productivas y cuya constructibilidad se basa en el uso de materiales disponibles y producidos localmente tales como, varas de eucalipto utilizadas como elementos estructurales verticales y tablas de madera de pino en bruto para los cerramientos.

SIMBOLOGÍA:

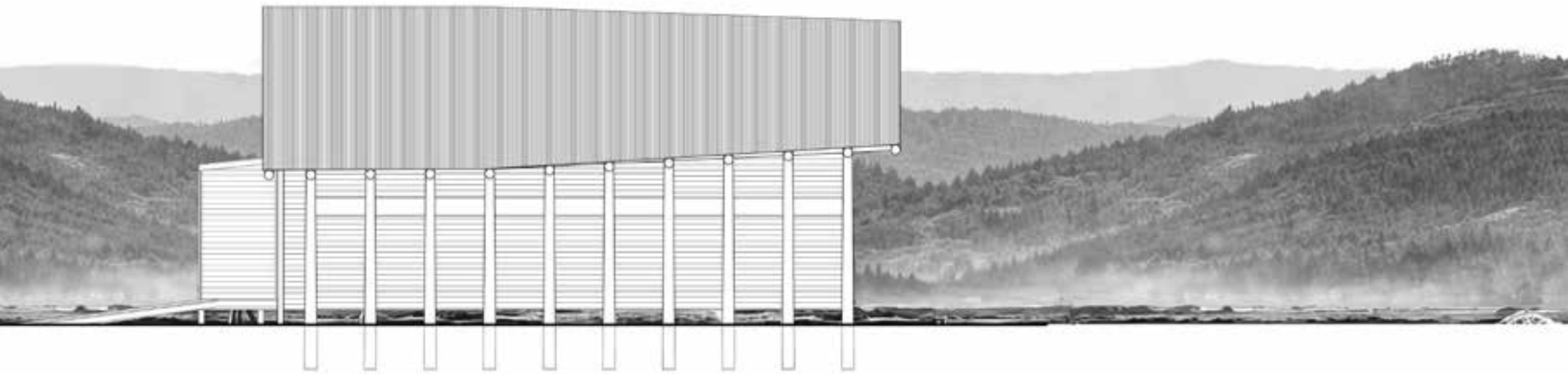
- GALPONES SALINEROS
- SUPERFICIE EXTRACCIÓN DE SAL
- BOSQUES DE PINO
- ASENTAMIENTOS



Estas estructuras se caracterizan por su condición permeable, lo que permite la ventilación constante del interior, evitando la acumulación de humedad en la sal almacenada, mientras que las separaciones entre las tablas de pino facilitan el ingreso de luz natural, configurando espacios funcionales y ambientalmente eficientes.

Por otra parte, gracias a la información levantada junto a la comunidad y desde una perspectiva histórica, se identifican las techumbres de totora como un sistema constructivo olvidado pero utilizado anteriormente de manera masiva en el territorio debido a la disponibilidad de esta fibra en los humedales aledaños, lo que la convertía en un recurso accesible y disponible para su uso.





Elevación poniente

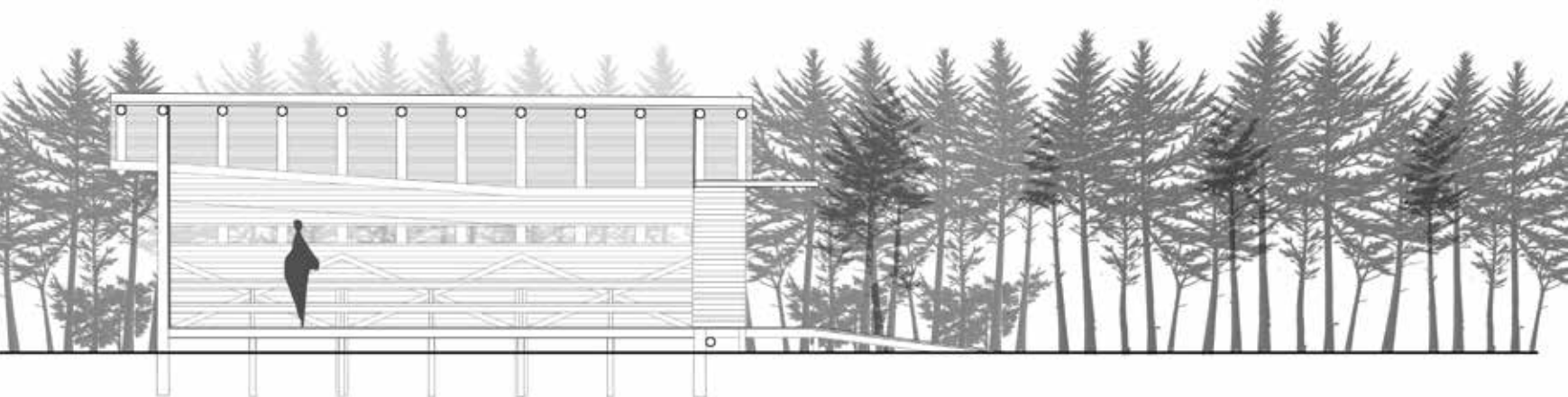


Memoria

El **encargo** consiste en la puesta en valor de la actividad salinera mediante el diseño y ejecución de un recinto que permita observar e interpretar el proceso salinero, mediante infografía dispuesta en paneles dentro del proyecto.

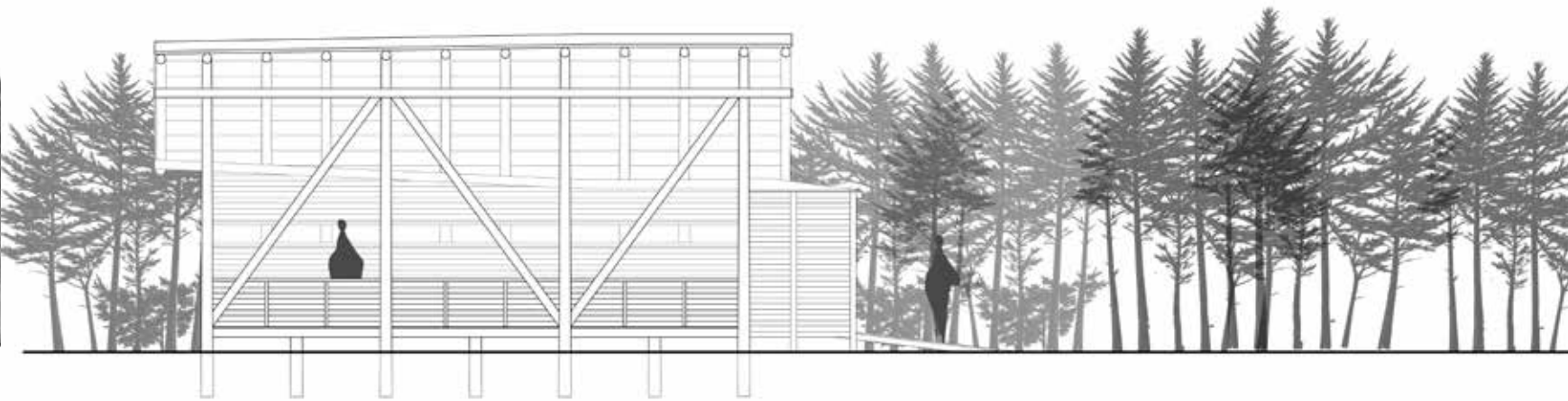
Factibilidad constructiva / Para lograr el objetivo del encargo desde una perspectiva de factibilidad local y presupuesto acotado, el proyecto se apoya en la disponibilidad de materiales del territorio, reduciendo así la dependencia de redes convencionales de suministro (ferreterías y/o retail) y reforzando la coherencia entre diseño y contexto.

Propuesta arquitectónica y material / El proyecto propone el ejercicio de revalorización y apropiación de la expresión y constructibilidad del “galpón salinero”. En consecuencia, se propone una nave unitaria de base rectangular, estructurada perimetralmente por troncos de eucaliptus a la vista, enterrados directamente en el terreno. Este volumen unitario, es revestido al interior con tabla de pino en bruto dispuesto de manera horizontal en tres de sus cuatro fachadas de manera de construir un interior protegido y permitir el albergue de los visitantes, mientras que la cuarta fachada es completamente abierta hacia el paisaje salinero, permitiendo una relación directa entre usuario y territorio.



Corte 1-1'

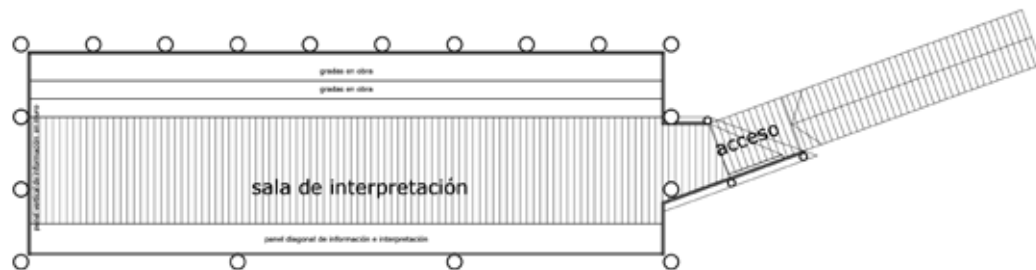




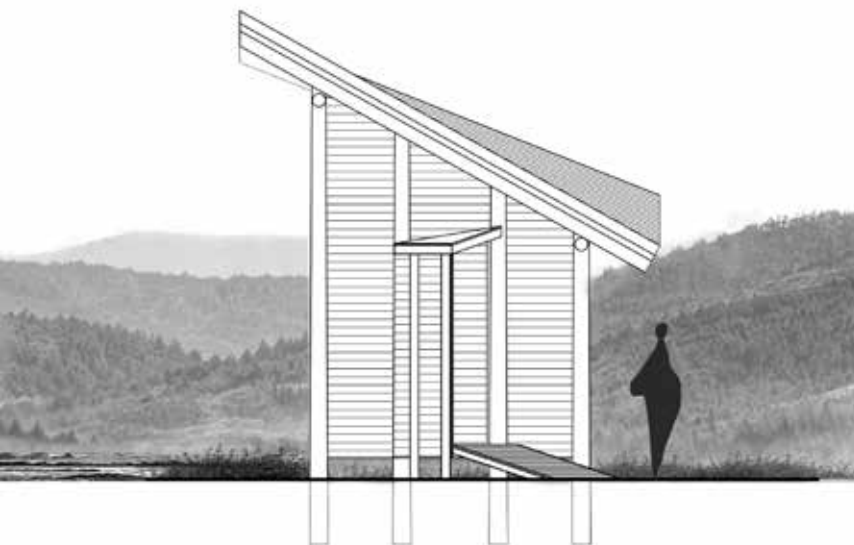
Elevación oriente



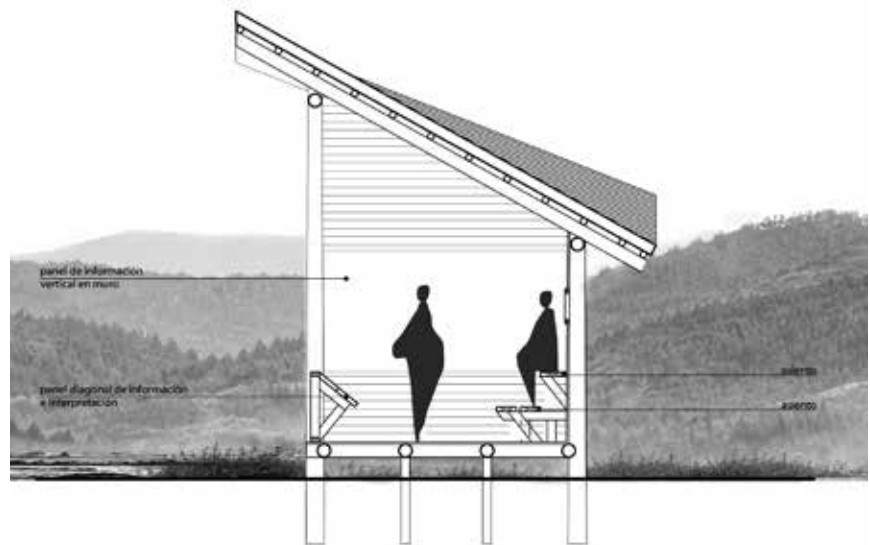
El alero poniente de la cubierta se construye con ligero desfase respecto a la horizontal, con la finalidad de introducir una “sinuosidad” que vincule el proyecto con las condiciones geográficas del lugar.



Planta de arquitectura



Elevación norte



corte A-A'





Una ventana horizontal continua enmarca el paisaje salinero permitiendo su observación perimetral de manera controlada, regulando la relación visual interior-exterior, a la vez que le da una impronta contemporánea.





En el interior, se disponen dos elementos claves que organizan la experiencia: bancas de madera en obra, para la observación y contemplación y un panel inclinado que contiene información gráfica necesaria para la interpretación. Ambos elementos se orientan hacia la fachada abierta hacia las salinas, reforzando la condición de mirador del espacio.

El sistema constructivo utiliza varas de eucalipto en todos sus componentes (muros, pisos, vigas principales, secundarias, costaneras y compresión de los paquetes de totora en la techumbre.) Mientras que la cubierta de totora recupera un saber constructivo que actualmente se encuentra en riesgo de desaparición. Este material, además de su bajo costo y carácter biodegradable, aporta condiciones de confort térmico y define la pendiente de la techumbre, ya que el uso de esta fibra, requiere de una pendiente mínima que obliga a construir una techumbre inclinada que se eleva hacia la fachada abierta.



Para el arriostramiento de dicha fachada se utilizaron diagonales de la misma estructura de eucaliptus, construyendo un “zigzag” que no solo resuelve una necesidad estructural, sino que también establece un diálogo con las herramientas tradicionales, conformadas por varas en forma de trípode, utilizadas en el proceso de extracción de sal.

El proyecto asume el envejecimiento natural de la madera como parte de su expresión material, permitiendo que el paso del tiempo integre progresivamente la obra al paisaje salinero.



Desafío / La implementación de la cubierta de totora implicó coordinar su extracción en sincronía con los ciclos biológicos del humedal, evitando afectar la reproducción de la avifauna. Para ello, se trabajó con proveedores locales, asegurando la viabilidad técnica, transporte y disponibilidad del material.

Su recolección responde a un conocimiento ancestral, se realiza con herramientas artesanales y en verano, periodo que no interfiere con el ecosistema. Además, su corte controlado favorece el rebrote y la regeneración del hábitat.

Constructibilidad / Madera / Totorá / La cultura constructiva local aporta valiosos aprendizajes derivados del proceso, donde el conocimiento del maestro a cargo se manifiesta de manera integral en la ejecución de la obra. Este saber se refleja especialmente en los sistemas de anclaje entre los elementos estructurales de madera, así como en la precisión de sus cortes, acoples y amarras, los cuales aseguran un adecuado desempeño técnico y estructural. Al mismo tiempo, estas soluciones evidencian una optimización del proceso constructivo, basada en el uso eficiente y consciente de los recursos disponibles.





Impregnación Natural de la Madera:

La humedad propia del suelo salino impregna las piezas de madera, otorgando protección natural frente a la pudrición y al ataque de agentes xilófagos, como podemos observar en los “galpones salineros” en Lo Valdivia, donde la durabilidad del material se ve significativamente incrementada ya que estas aguas salinas penetran la estructura porosa de la madera, saturándola y retardando el proceso de degradación biológica.



Sistemas techos de totora:

La técnica tradicional de construcción de techos con totora, ampliamente utilizada en la zona central de Chile, se basa en el conocimiento ancestral del material y su comportamiento frente a las condiciones climáticas del territorio. La totora, una fibra vegetal obtenida de humedales, es recolectada, secada y organizada en manojos que luego se disponen en capas superpuestas sobre una estructura de madera, generalmente con pendientes pronunciadas que favorecen el escurrimiento del agua. Este sistema constructivo, transmitido de generación en generación, destaca por su eficiencia térmica, su bajo impacto ambiental y su capacidad de adaptación a los recursos locales, utilizando tradicionalmente amarres vegetales para consolidar la cubierta.

En este contexto, el proyecto consideró la gestión completa del proceso constructivo de la totora, desde su corte y extracción hasta su instalación en obra. Este control permitió resguardar tanto la calidad del material como la correcta ejecución de la técnica. En obra, las hojas se seleccionan y se agrupan en paquetes compactos que se disponen horizontalmente y se amarran entre sí para luego ser

fijados mediante alambres a las costaneras de eucaliptus cada 50 cm. El uso de alambre constituye una adaptación contemporánea del sistema tradicional, que originalmente empleaba el uso de una enredadera recolectada en quebradas cercanas.

La cubierta se compone de tres capas superpuestas, alcanzando un espesor total aproximado de 35 cm, donde solo la capa superior requiere recambio cada seis o siete años, garantizando aislamiento y durabilidad. Así, la técnica articula tradición y adaptación, manteniendo la lógica material y constructiva del territorio.

En conclusión, la puesta en valor del patrimonio no solo implica su conservación, sino también la incorporación de procesos de innovación que se fundamentan en el rescate de la materialidad, los usos ancestrales y la transmisión oral de saberes a través de generaciones. Estos elementos resultan esenciales para el desarrollo de propuestas que articulen arquitectura, patrimonio y territorio de manera coherente. Asimismo, la inserción en el contexto territorial debe realizarse de forma sutil, permitiendo reforzar y destacar el valor patrimonial existente sin alterar su esencia. **ca**





Ruralidades extremas

Ckalama Lickan Antai

Por:
Andrea Valdés
Canepa, Arquitecta.
ICA 12254.
MARZO 2026

Palabras clave: arquitectura vernácula, pueblo Lickan antai, patio, hábitat exterior, cosmovisión andina, materialidad, patrimonio, desierto de Atacama.

Abstract

En el norte de Chile, la vida ocurre afuera. No es una elección cultural ni una tradición pintoresca: es una respuesta precisa a un territorio donde el sol calienta con violencia durante el día y el cielo se despeja hasta el frío en la noche. Para las sociedades andinas, ese sol no era solo clima: Inti, su padre sol era un principio ordenador del mundo, una presencia con la que se negociaba la vida, la siembra y la construcción. Los pueblos Lickan antai del interior de la región de Antofagasta —dispersos entre que-

bradas, salares y altiplano— construyeron durante siglos una arquitectura que entiende esto con claridad: el patio no es un accesorio de la vivienda, es su centro. El exterior no es lo que queda fuera, es donde se habita. Este artículo examina a “los habitantes del territorio” (Lickan antai en lengua Ckunza¹) la arquitectura vernácula del pueblo Lickan antai como un sistema de conocimiento construido sobre el territorio. A través del análisis de sus materialidades —adobe de barro, fibra vegetal, penca de tuna, piedra volcánica, liparita blanca de Toconao—, sus tipologías do-

▼
¹ Ckunza, significa “nuestro” en lengua lickan antai de acuerdo al diccionario Kunza (2004) CODELCO.

mésticas y sus espacios colectivos, se argumenta que estas arquitecturas no responden a un estilo sino a una lógica habitacional radicalmente distinta a la que organiza la vivienda contemporánea: una lógica donde el límite entre interior y exterior es poroso, negociado, y profundamente climático. La orientación de los recintos, la disposición de los patios y la relación visual con el paisaje no son decisiones formales: son expresiones de una cosmovisión donde naturaleza, territorio y habitación forman un continuo. Frente a un patrimonio amenazado por el despoblamiento y la expansión minera, leer esta arquitectura en sus propios términos resulta no solo un ejercicio histórico, sino una pregunta urgente sobre qué significa habitar en ruralidades extremas.



Introducción

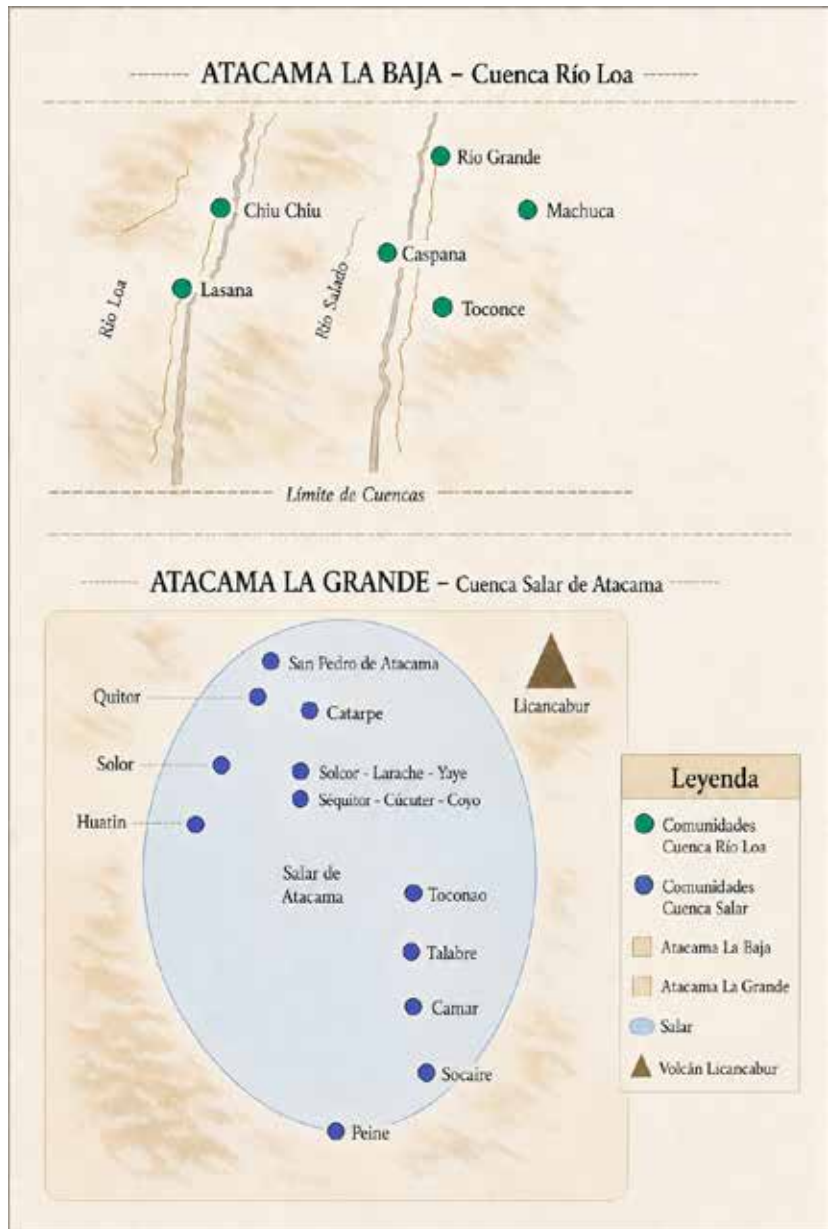
Visto desde lejos, el pueblo apenas se distingue. El adobe tiene el color del cerro, el trazado de las calles sigue la lógica de la quebrada, y los muros bajos se confunden con las piedras del suelo. En el desierto de Atacama, la arquitectura no compite con el paisaje: es parte de él. Esta condición no es accidental ni estética. Es el resultado de siglos de una relación entre un pueblo —el Lickan antai, el pueblo originario que la historiografía colonial llamó atacameño— y uno de los territorios más extremos del planeta: asentamientos de baja densidad dispersos entre quebradas, salares y volcanes, con acceso limitado a infraestructura y dependientes de Ckalama o Antofagasta para sortear la cotidianidad, pero con un conocimiento constructivo acumulado durante milenios que la arquitectura contemporánea aún no ha terminado de leer.

Chile tiene la dicha de concentrar en su angosta geografía el abanico completo de paisajes climáticos. De sur a norte y de costa a cordillera, el territorio dicta las necesidades de sus asentamientos: la vivienda del sur se repliega hacia adentro, se cierra frente a la lluvia y el frío; la vivienda del norte, en cambio, se abre. La vida ocurre en el patio, bajo el sol, en el umbral entre el recinto construido y el cielo despejado. Y sin embargo, el interior desértico ha sido sistemáticamente postergado del análisis disciplinar, reducido con frecuencia a su patrimonio cultural inmaterial, como si sus construcciones no tuvieran nada que decirle a la arquitectura de hoy.





Tienen mucho que decir. En un momento en que la disciplina enfrenta con urgencia los desafíos del acondicionamiento térmico y la edificación sustentable, los pueblos Lickan antai llevan siglos resolviendo exactamente esos problemas con piedra, madera de chañar y pimienta, brea y caña: materiales de bajo recurso económico y alta eficiencia térmica, cuya distribución espacial organiza la vida colectiva alrededor del patio y la cocina, e incorpora las festividades del carnaval como programa arquitectónico central. Patrimonio, medioambiente y eficiencia no son aquí una triada normativa: son la misma cosa.



Este artículo examina esa lógica habitacional en localidades del interior de la región de Antofagasta: Chiu Chiu en la cuenca del río Loa; Toconao, dividida por aluviones y construida en su liparita blanca de cantera propia; Peine y Socaire, asentadas al pie de volcanes en el borde del salar; y Chug Chug, sitio de geoglifos preincaicos que evidencia la profundidad histórica de esta ocupación territorial. Pueblos menos turísticos que San Pedro de Atacama, pero igualmente antiguos, igualmente vivos, igualmente elocuentes. El análisis se desarrolla en colaboración con don Esteban Araya, dirigente Lickan antai y fuente primaria de los saberes locales, estrategias de adaptación y formas de habitar que este artículo busca poner en valor ante la comunidad profesional de la arquitectura.



Material como respuesta al territorio

En Toconao - rincón perdido en ckunza-, el pueblo es blanco. No por decisión estética ni por influencia foránea: porque a pocos kilómetros existe una cantera de liparita, una roca volcánica de tonalidad clara que los habitantes han extraído y tallado durante generaciones para construir sus muros, su iglesia y su campanario exento. El color del pueblo es el color de su suelo. Esta correspondencia directa entre territorio y material no es un rasgo exclusivo de Toconao: es la lógica que organiza toda la arquitectura Lickan antai. Cada pueblo construye con lo que tiene a mano, y lo que tiene a mano lo determina la geología, la altitud y la cuenca donde se asienta.





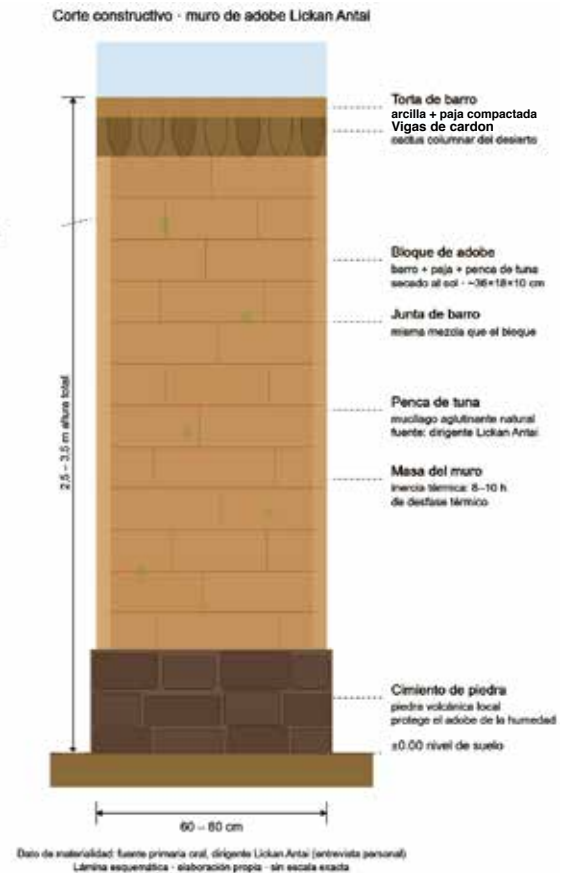
En los pueblos de quebrada como Caspana o Chiu Chiu, el material dominante es el adobe: bloques de barro local mezclado con fibra vegetal y penca de tuna extraída del nopal, secados al sol y asentados con mortero de la misma tierra que otorgan su solidez. Los muros alcanzan espesores de entre sesenta y ochenta centímetros, dimensión que no responde a ningún cálculo estructural moderno sino a

una observación milenaria del clima: a esa masa le toma entre ocho y diez horas transferir el calor del mediodía hacia el interior, de modo que el calor del día llega al recinto cuando afuera ya hace frío. Es un sistema de acondicionamiento térmico pasivo de precisión milimétrica, construido sin más tecnología que el barro y el tiempo.



La cubierta remata esta lógica con la misma economía de medios. Sobre vigas de madera de chañar o pimienta —los únicos árboles que el desierto ofrece en cantidad suficiente— se tiende una torta de barro compactado que impermeabiliza, aísla y drena las escasas lluvias del altiplano. En algunos casos la brea, resina natural del territorio, refuerza la impermeabilización de encuentros y bordes. Ningún material viene de lejos. Ninguno es ajeno al paisaje que lo rodea.

Lo que esta arquitectura demuestra es que la eficiencia energética no es un logro de la técnica contemporánea: es un conocimiento ancestral codificado en la masa de un muro que genera 8 a 10 horas de desfase térmico, donde el calor del mediodía llega al interior cuando afuera ya hace frío; en el espesor de una cubierta, en la elección de una mampostería de piedra. Los pueblos Lickan antai resolvieron el acondicionamiento térmico en condiciones de amplitud extrema —hasta treinta grados de diferencia entre el día y la noche— sin sistemas mecánicos, sin normativa y sin importar nada más que su lectura del territorio. Es un sistema de climatización pasiva milimétrica, sin ningún mecanismo, construido sólo con barro y tiempo.

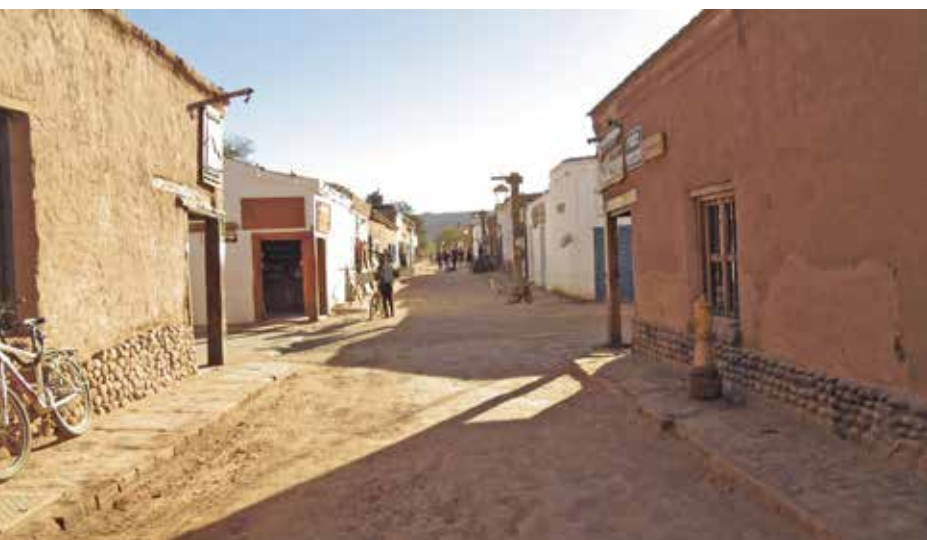




Tipología doméstica Lickan antai

No existe una planta tipo. La vivienda Lickan antai no responde a un modelo replicable ni a una norma de distribución: crece por adición, siguiendo la lógica de la familia y el tiempo. Un recinto se adosa a otro, un corredor se extiende hacia el patio, una bodega aparece donde antes había un umbral. Lo que desde afuera parece desorden es en realidad una gramática flexible, orgánica, que se adapta a la topografía de la quebrada con la misma naturalidad con que el adobe se adapta al color del cerro. Las calles no tienen damero: siguen el cauce, la pendiente, el viento. El pueblo no se impuso sobre el territorio; negoció con él. La minería, en cambio, no negoció: sus relaves sepultaron edificaciones enteras en pueblos del interior, convirtiendo territorios habitados durante milenios en lo que las propias comunidades Lickan Antai denominan zonas de sacrificio —áreas donde el costo del desarrollo nacional se paga con identidad, patrimonio y arquitectura ajena.

El primer elemento que el visitante encuentra es el portón. Las puertas y portones de madera —gruesos, de chañar o pimiento, con trancas interiores— definen el límite entre el espacio público de la calle y el territorio de la familia. No son simplemente cierres: son anuncios. Anuncian que detrás hay un mundo organizado, un patio,



una cocina, una vida. Franquear ese umbral es entrar a una lógica espacial donde el exterior sigue siendo el centro: el patio recibe la luz, organiza los recintos a su alrededor y es donde ocurre la mayor parte de la actividad doméstica cotidiana.

Rodeando el patio, los corredores y galerías cubiertas resuelven uno de los problemas más específicos de los pueblos de menor altitud y zonas de pampa abierta, como los asentamientos cercanos a Ckalama: la protección frente a las tormentas de arena. Estos espacios intermedios —ni completamente interiores ni completamente exteriores— son la respuesta arquitectónica a un clima que castiga con viento y partículas en suspensión, especialmente en verano. La galería sombreada permite habitar el borde del patio sin exposición directa, prolongando la vida al aire libre incluso en las condiciones más adversas. Es un espacio que la arquitectura contemporánea llamaría de transición; aquí es simplemente donde se vive.

La cocina merece mención aparte. En la vivienda Lickan antai no es un servicio relegado al fondo del recinto: es un nodo gravitacional alrededor del cual se organiza la sociabilidad doméstica y comunitaria. Su posición central y su conexión directa con el patio la convierten en el espacio más cargado de la vivienda. Esta condición se intensifica en las festividades: en el norte, la celebración ocurre en torno a la comida, y la comida ocurre afuera. Los carnavales, las fiestas patronales y los encuentros comunitarios se despliegan en patios y espacios públicos donde las ollas, los fogones y las mesas colectivas organizan el territorio

tanto como los muros. Cocinar es aquí un acto colectivo y exterior, no una tarea privada e interior. El espacio público no es el escenario de la fiesta: es su razón de ser.

Sin embargo, esta técnica constructiva ancestral enfrenta hoy una amenaza silenciosa. El bloque de hormigón ha comenzado a reemplazar al adobe en las nuevas construcciones: dimensionalmente similar, más rápido de ejecutar y percibido como más económico en el corto plazo. Lo que esta sustitución no contabiliza es la pérdida de eficiencia térmica. El hormigón transmite el calor con una rapidez que el adobe nunca tuvo: lo que el muro de barro tardaba ocho horas en transferir, el bloque de cemento lo hace en minutos. El resultado es una vivienda más barata de construir y más cara de habitar, que en un territorio de amplitud térmica extrema significa más frío en la noche y más calor al mediodía. La economía aparente del material industrializado oculta un costo real que se paga en confort, en energía y en identidad.

Esta lógica de habitar afuera no se detiene en el límite del patio. En Toconao, las familias cultivan parcelas en la quebrada de Jerez, donde el agua permite una agricultura de oasis improbable en pleno desierto: árboles frutales, choclo, huertos que descienden por las terrazas siguiendo el curso del agua. La vivienda y la parcela forman un continuo espacial y productivo. El territorio doméstico no termina en el muro de adobe: se extiende hacia la tierra cultivada, hacia el árbol frutal, hacia la quebrada. Habitar, para el Lickan antai, es también cultivar.





Iglesia y espacio colectivo

En los pueblos Lickan antai, la iglesia no es un edificio aislado. Es el centro gravitacional del asentamiento, el punto desde el cual se organiza la plaza, la calle principal y la vida pública. Pero a diferencia de la tradición urbana europea donde la iglesia compite en altura con su entorno, aquí se funde con él: sus muros de adobe tienen el mismo color que las casas, el mismo espesor, la misma lógica constructiva. Lo que la distingue no es la escala ni el ornamento, sino su relación con el espacio abierto que la rodea.

La iglesia de Chiu Chiu, declarada Monumento Nacional y considerada la más antigua de Chile en uso continuado, es el caso más elocuente de esta tradición. Sus muros de adobe alcanzan espesores que superan el metro, acumulando una masa térmica que mantiene el interior fresco en verano y templado en invierno con la misma lógica pasiva de la vivienda doméstica. Construida en el siglo XVII sobre una ruta de intercambio prehispánica en la cuenca del río Loa, su arquitectura es el registro material de un encuentro entre la técnica constructiva Lickan antai y la forma religiosa colonial: una síntesis que no borró lo anterior sino que lo absorbió. El resultado es un edificio que pertenece inequívocamente al desierto.

En el extremo sur del territorio, la iglesia de Peine repite esta lógica en condiciones aún más extremas: asentada al borde del salar, a más de dos mil cuatrocientos metros de altura, enfrenta vientos que recorren la superficie salina sin ningún obstáculo natural. Sus muros gruesos de adobe son aquí tanto estructura como escudo. El espacio entre la



iglesia y las casas que la rodean —la plaza, el atrio— es el lugar donde la comunidad se congrega en las festividades, donde el espacio público adquiere su máxima densidad social. Vacío la mayor parte del año, ese espacio guarda la memoria de cada celebración.

Esta condición de vacío activo es uno de los rasgos más singulares de la arquitectura Lickan antai a escala urbana. Los pueblos no están diseñados para la densidad cotidiana sino para la intensidad periódica: la fiesta patronal, el carnaval, la celebración del agua. La iglesia y su plaza son la infraestructura de esa intensidad. Son espacios que se activan con la comunidad y se aquietan con su ausencia, recordándonos que la arquitectura no solo alberga la vida permanente sino también la vida que regresa.

Reflexión

Existe una paradoja en el modo en que la arquitectura chilena se relaciona con su propio territorio. Mientras la disciplina debate con urgencia los desafíos del acondicionamiento térmico, la eficiencia energética y la sustentabilidad constructiva, hay pueblos en el interior de Antofagasta que llevan siglos resolviendo exactamente esos problemas, sin normativa, sin subsidio y sin que nadie en el gremio les haya prestado suficiente atención. El norte ha sido sistemáticamente excluido del análisis arquitectónico formal, reducido a categoría de patrimonio cultural inmaterial o a objeto de estudio antropológico, como si sus construcciones pertenecieran al pasado y no al presente, como si no tuvieran nada que enseñarle a quien proyecta hoy.

Esa exclusión tiene consecuencias materiales concretas. Sin reconocimiento disciplinar, sin valoración técnica de sus sistemas constructivos y sin políticas que respalden su continuidad, la arquitectura vernácula Lickan antai enfrenta una sustitución silenciosa: el bloque de hormigón reemplaza al adobe, no por decisión cultural sino por ausencia de alternativas accesibles y por la percepción —errónea— de que lo industrial es sinónimo de progreso. Lo que se pierde en esa transacción no es solo identidad: es eficiencia térmica real, es un sistema de acondicionamien-

to pasivo que ninguna normativa contemporánea ha logrado superar en condiciones de amplitud térmica extrema.

A esta amenaza constructiva se suma el despoblamiento. La expansión minera en la región de Antofagasta ha vaciado pueblos enteros: familias que migraron a Calama o Antofagasta en busca de trabajo, dejando atrás casas cerradas que solo se abren en las fiestas patronales. Ayquina, con apenas treinta habitantes permanentes y más de tres mil personas congregadas en la fiesta de la Virgen de Guadalupe, es el caso más elocuente de este fenómeno: un pueblo que existe plenamente solo una vez al año, cuya arquitectura es la infraestructura de una memoria colectiva que se activa con la celebración y se aquieta con la partida. No es una ruina ni un museo: es una forma distinta de habitar el tiempo. Ignorarla como dato arquitectónico es perder uno de los argumentos más originales que este territorio tiene para ofrecer.

Frente a este panorama, la pregunta no es cómo conservar estas arquitecturas en formaldehído patrimonial, sino cómo ponerlas en diálogo productivo con la disciplina contemporánea. Los saberes constructivos Lickan antai —documentados en este artículo en colaboración con don Esteban Araya Toroco, dirigente del pueblo y portador de ese conocimiento— son una fuente de respuestas concretas a preguntas que la arquitectura chilena aún no sabe hacerse bien: cómo construir con lo que el territorio ofrece, cómo habitar sin sistemas mecánicos en condiciones extremas, cómo diseñar espacios que pongan el exterior en el centro. El norte no es el margen del debate arquitectónico chileno. Es, posiblemente, su vanguardia más antigua.



Conclusión

Visto desde lejos, el pueblo apenas se distingue. El adobe tiene el color del cerro, los muros bajos se confunden con las piedras del suelo, y la vida ocurre afuera, bajo un sol que lo organiza todo. Hemos recorrido en estas páginas una arquitectura que no compite con su paisaje sino que lo habita, que no impone una forma sino que negocia con el territorio, que no separa el interior del exterior sino que hace de ese umbral su lugar más rico. Una arquitectura que resuelve con barro, piedra y madera lo que hoy intentamos resolver con normativa, certificación y tecnología importada.

La pregunta que esta arquitectura le hace al gremio no es menor: ¿Cuánto conocimiento hemos dejado fuera del debate por no saber mirarlo? Los pueblos Lickan antai no esperaron que la disciplina los descubriera para construir con eficiencia, para habitar con dignidad, para relacionarse con el territorio desde una cosmovisión que pone la naturaleza en el centro y no en el margen. Llevan milenios haciéndolo. Nosotros llevamos décadas buscando esas respuestas en otro lado.

Al atardecer, cuando el sol rasante tiñe de ocre los muros de adobe y las sombras largas revelan el espesor de cada pared, los pueblos Lickan antai muestran con claridad lo que son: una respuesta precisa, acumulada durante siglos, a la pregunta más antigua de la arquitectura. No cómo construir un edificio, sino cómo habitar un territorio. **ca**



Bibliografía

Araya Toroco, Esteban. Segovia Bartolo, Wilson. (2010) Historia Ancestral oral y cultural de la población la isla de la banda Calama. Asociación indígena de regantes y agricultores Lay Lay. CORE Antofagasta.

Ilustre Municipalidad de Calama (2011) Historia y Sociedad del Departamento del Loa. Calama, una mirada desde los archivos. El municipio y la construcción social del espacio 1877-1950.

Araya Toroco, Esteban (2026). Saberes locales, formas de habitar y estrategias de adaptación en el territorio Lickan antai. Comunicación personal. [Entrevista realizada por Arq. Andrea Valdés Canepa].

Julio Vilte Vilte (2004). Diccionario kunza-español / español-kunza. Lengua del pueblo lickan anati o atacameño. Rescatado de: <https://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/mc0038216.pdf>

Jorquera, N., Valle-Cornibert, S. y Díaz, Y. (2021). Estado actual y transformaciones de la arquitectura de la vivienda tradicional likan antai. Los casos de Ayquina, Caspana y Toconce, Chile. *Estudios Atacameños*, 67, e3747. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2021-0016>

Fotografías tomadas por Andrea Valdés Canepa con cámara semi profesional Cannon powershot SX50



Proyectar en Tierra del Fuego: Arquitectura y alianzas para habitar el fin del mundo

Camila Wirsching
Fuentes

Arquitecta socia
fundadora de
Estudio Tapa Ltda.

Docente de
la Escuela de
Arquitectura de
Universidad Diego
Portales.

El desafío: proyectar en Karukinká

En el extremo sur del país, en la isla de Tierra del Fuego, donde el viento y la distancia dictan los ritmos de la vida, Fundación Huella Local y Estudio Tapa desarrollan desde 2021 una serie de obras públicas orientadas a rescatar y

fortalecer la identidad comunal de Timaukel. El trabajo ocurre en un momento clave, cuando la comuna está en proceso de traslado de su capital desde Villa Cameron a Pampa Guanaco, 100 km al sur, con el objetivo de consolidar una soberanía estratégica asociada al desarrollo, el turismo y la conectividad.



Este proceso no ha sido lineal y ha estado marcado por una serie de condiciones propias de la ruralidad extrema: baja conectividad, recursos limitados, clima adverso y una capacidad institucional restringida. Este último punto resulta especialmente crítico, pues de él depende en gran medida el desarrollo de las localidades. El acceso a financiamiento público a través de instrumentos como el Programa de Mejoramiento Urbano (PMU) y el Fondo Regional de Iniciativa Local (FRIL), depende de las capacidades técnicas instaladas en los municipios, que en estos territorios suelen ser insuficientes. En este contexto, cobra relevancia el apoyo de Huella Local; una organización sin fines de lucro que promueve el desarrollo equitativo de comunas vulnerables o rezagadas mediante un modelo de colaboración público-privada canalizando recursos

privados para la contratación de equipos especializados en diseño de proyectos.

En este marco se incorpora la oficina de arquitectura Estudio Tapa, que asume el desarrollo de las iniciativas de Timaukel con el desafío de responder, por un lado, a condiciones climáticas y logísticas extremas, y por otro a contribuir a la construcción de una identidad territorial aún en formación.

A continuación, más que presentar un conjunto de obras, este artículo explora las implicancias de proyectar en ruralidad extrema, donde la arquitectura no solo resuelve condiciones de habitabilidad, sino que participa activamente en la construcción de un lugar.

El territorio: Timaukel, entre la pampa y el bosque magallánico.

La comuna de Timaukel se ubica en la Provincia de Tierra del Fuego, Región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Se trata de una comuna rural de vasta extensión territorial (10.758 km²), con un paisaje estepario que alterna entre pampa, bosques de Lenga y Ñirre, y extensiones de turba. Sus asentamientos son dispersos y, en conjunto, no superan los 200 habitantes, quienes viven mayoritariamente de la ganadería ovina, los aserraderos y el turismo.

Sus condiciones ambientales tensionan cualquier forma de ocupación. Hay vientos que superan los 100 km/h, temperaturas bajo cero durante gran parte del año, conectividad vial limitada y ausencia de algunos equipamientos básicos. La futura capital comunal, Pampa Guanaco, ocupa una posición estratégica dentro de la isla, ya que se encuentra próxima al paso fronterizo Río Bellavista y, por extensión, a la ciudad de Río Grande, en Argentina de la cual se abastecen. Con una población actual de 60 habitantes, cuenta con un retén de Carabineros, una escuela rural, una estación médica rural y una iglesia.

Para el municipio, la consolidación de Pampa Guanaco como capital comunal implica la fundación progresiva de un nuevo centro cívico. Esto supone proyectar equipamientos públicos, infraestructura básica y espacios colectivos capaces de sostener una comunidad en un entorno extremo. Entre los proyectos priorizados se encuentran un edificio consistorial, espacios públicos y servicios básicos de urbanización.

En términos simbólicos, el territorio se configura a partir de dos herencias. Por una parte, la colonización ganadera de origen europeo, que desde comienzos del siglo XX modeló el paisaje productivo de la isla. Por otra, la cultura Selk'nam, pueblo originario casi exterminado a fines del siglo XIX y hoy reconocido oficialmente en Chile. Ambas capas conviven en el paisaje, en los topónimos y en la memoria colectiva. En este contexto, proyectar no solo implica responder a condiciones extremas, sino también operar sobre una identidad en (re) construcción.

El modelo: gobernanza colaborativa

Al inicio del proceso, la Secretaría de Planificación Comunal estaba compuesta por un arquitecto y un constructor: una dotación insuficiente para producir los antecedentes que exigen los instrumentos de financiamiento público. Con la llegada de Huella Local se introduce un modelo de gobernanza colaborativa que permite convertir una capacidad técnica limitada en una plataforma efectiva de gestión de inversión pública.

El modelo opera en dos escalas complementarias. A nivel institucional, articula una cadena de cuatro actores: (1) la empresa privada local, que financia el diseño de los proyectos mediante donaciones; (2) la fundación, que coordina y articula el proceso; (3) la oficina de arquitectura, responsable del diseño; y (4) el municipio, encargado de la postulación y ejecución de las obras con financiamiento público. A nivel comunitario, el desarrollo de proyectos incorpora instancias de participación y validación con los habitantes y actores estratégicos, ajustando las decisiones de diseño a prácticas locales. En este sentido, se rescata lo mencionado por Teixeira Coelho (2009), donde la participación es entendida como un proceso dinámico sujeto a una reinterpretación constante de la identidad cultural por parte de las comunidades.

Más que un simple mecanismo de gestión, este modelo colaborativo configura una práctica proyectual en la que diseño, financiamiento y gobernanza se entrelazan. En un período de cinco años (2021-2025), la alianza ha permitido destrabar más de \$898,5 millones en obras ejecutadas. En este encadenamiento, el municipio no solo accede a inversión, sino que fortalece progresivamente sus capacidades internas y avanza hacia mayores niveles de autonomía con arquitectura de calidad.



Las obras: diseñar con saber situado

La arquitectura vernácula, señala Oliver (1987), refleja formas de habitar arraigadas en la experiencia de las comunidades, adaptándose a las condiciones geográficas, climáticas, culturales y materiales del lugar. En Timaukel, aprendimos rápidamente que las condiciones extremas no son obstáculos a sortear, sino el material mismo del diseño.

La distancia respecto de los centros de abastecimiento y la escasez de mano de obra especializada condicionan la disponibilidad y elección de materiales. El viento patagónico determina orientación, volumetría y posibilidades de paisajismo. La breve ventana de ejecución entre primavera y verano nos llevó a privilegiar sistemas prefabricados y estrategias de obra por etapas, mientras que las limitadas capacidades de mantención hicieron preferibles los materiales durables y los sistemas redundantes frente a fallas previsibles, especialmente en climatización. En Timaukel, la logística también es diseño.

A continuación, el análisis de estas variables mediante cuatro proyectos:

Ampliación de la Escuela de Pampa Guanaco

El primer encargo funcionó como laboratorio para ensayar estrategias de rehabilitación constructiva y desempeño térmico en condiciones extremas. La preexistencia era una estructura liviana de acero galvanizado, revestida en fibrocemento y cubierta en zinc, montada sobre patines metálicos. La solicitud fue separar el nivel básico del nivel inicial y reemplazar el sistema de apoyo móvil por fundaciones corridas de hormigón. Lo más relevante fue el diseño de la operación de ejecución, que exigió elevar progresivamente la estructura existente para hormigonar sin comprometer su estabilidad, y la incorporación de redundancia en climatización con una combinación de calefacción a gas y a leña dado que, en un territorio aislado con temperaturas bajo cero, las tuberías de gas se congelan y la continuidad del servicio es condición crítica para el bienestar.

El proceso participativo involucró a la comunidad escolar en pleno: estudiantes, planta docente y personal auxiliar, quienes desde su experiencia cotidiana del edificio aportaron las principales demandas de confort y uso.



Rehabilitación de viviendas fiscales

Se rehabilitaron tres viviendas fiscales destinadas a personal de educación y salud, las cuales retomaron las problemáticas detectadas en la escuela (fundaciones y acondicionamiento térmico), pero abrió una dimensión adicional: trabajar elementos que rescaten la identidad local. El encargo coincidió con una discusión local en torno a una imagen arquitectónica propia, vinculada a la formulación de una ordenanza en el marco de la elaboración del Plan Regulador Comunal. La intervención testeó una paleta de colores de muros blancos y cubiertas rojas, elementos decorativos en madera de Lengua de medios arcos en terraza y frontis de techumbre, y uso de paneles prefabricados con terminación de revestimiento metálico. Todos elementos de rasgos de la arquitectura pionera. Más que aspirar a una estética contemporánea, el proyecto buscó contribuir a la legibilidad territorial existente.

La participación ciudadana se acotó aquí a sus futuros habitantes: los profesionales de educación y salud que residirían en las viviendas, cuyas necesidades y rutinas informaron directamente las decisiones de distribución y confort térmico.



Señaléticas y miradores turísticos

Este encargo trasladó la reflexión del habitar hacia la interpretación del paisaje. Las señaléticas fueron desarrolladas junto al gremio local de turismo para identificar hitos de interés y aspiraciones estéticas, mientras que los miradores fueron planteados en coordinación con Wildlife Conservation Society (WCS) Chile, administradores del Parque Karukinka, lugar donde se emplazarían. En ambos casos, el desafío fue diseñar objetos de orientación y observación en puntos de acceso remoto, lo que exigió baja mantención y sistemas de ensamble rápido. La respuesta fue el uso de acero pintado con acabado oxidado (en

reemplazo del acero corten, inviable por costos), junto al uso de piedra laja y madera, ambos elementos locales, resolviendo simultáneamente durabilidad, economía y coherencia material. De este proyecto solo se ejecutaron las señaléticas. Los miradores permanecen en pausa hasta obtener un comodato.

La participación operó aquí a través de actores estratégicos. El gremio de turismo de tierra del fuego para las señaléticas, y WCS Chile para los miradores, cuya gestión del Parque Karukinka implicó también definir criterios de intervención en un territorio de alto valor de conservación.



Plaza cívica de Pampa Guanaco

El proyecto más significativo por su carga simbólica e identitaria. El encargo fue producir un centro cívico donde no existía uno, como un lugar de encuentro para la comunidad local y los visitantes. El desafío era diseñar sobre un terreno vacío (pampa) de aproximadamente 2.652 m², asumiendo una ejecución por etapas dada la imposibilidad de financiar su materialización completa en una sola fase.



La estrategia adoptada fue proyectar una gran diagonal que estructura el sitio en cuatro subespacios, permitiendo ocupar rápidamente toda su extensión y posibilitar una consolidación progresiva. Esta figura articula dos recintos semicirculares protegidos del viento con cercos inspirados en la estancia: uno destinado a la reunión colectiva y otro al juego infantil. Se añadieron dos lomas artificiales que introducen relieve en una geografía predominantemente plana, una de las cuales incorpora una escultura de un guanaco del escultor local Richard Yasic como hito fundacional.

El mayor desafío fue sostener el paisajismo proyectado. Las condiciones de viento extremo, las heladas y el escaso riego terminaron por secar las especies plantadas. Actualmente se está probando una lógica de trasplantes de árboles y enchampados de cubresuelos nativos obtenidos de los bosques municipales, junto a la instalación de un sistema de riego soterrado por goteo con agua de pozo.

Respecto al proceso participativo, se involucró a toda la comunidad de Pampa Guanaco: funcionarios municipales, profesionales de los equipamientos críticos (educación y salud) con sus respectivas familias, incluyendo niños y niñas.

En definitiva, cada restricción generó una decisión que, en conjunto, configuró un lenguaje arquitectónico propio del lugar.

Reflexiones: lecciones desde el fin del mundo

Cinco años de trabajo en Timaukel produjeron dos tipos de resultados. El primero, de orden cuantitativo, donde se lograron más de \$898,5 millones en inversión pública ejecutada y un municipio que creció en capacidad técnica y de gestión. El segundo, de orden cualitativo e igualmente significativo, el rescate de un lenguaje arquitectónico en construcción para una comunidad que se está armando en tiempo real.

De esta experiencia se extraen al menos tres aprendizajes transferibles. Primero, sin capital humano técnico no hay proyecto; sin proyecto no hay fondo; sin fondo no hay obra. El modelo de colaboración público-privada instalado por la fundación Huella Local, permite que las comunidades ejerzan su derecho al acceso a infraestructura pública, convirtiendo la arquitectura en un medio para la justicia territorial.

Segundo, las condiciones extremas no son obstáculos, sino principios de diseño. El viento, las heladas, y el alto costo de materiales y mano de obra derivado de la distancia son las variables desde las cuales se construye el proyecto. Proyectar desde un territorio rural extremo produce decisiones que no podrían ocurrir en ningún otro lugar, y esa singularidad es precisamente lo que le otorga valor.

Tercero, diseñar en ruralidades extremas obliga a contemplar la falla. En un territorio donde las tuberías se congelan, donde el proveedor más cercano está a más de 200 km y donde el clima puede interrumpir cualquier servicio, un buen proyecto es redundante y resiliente: tiene un resguardo cuando algo falla. La lógica del respaldo no es un extra; es condición de habitabilidad.

Timaukel está construyendo su identidad, y la arquitectura que allí se levante en estos años será la primera capa de esa memoria colectiva. Como plantea Castañeda Silva (2022), la identidad territorial se construye a través de vínculos emocionales y memorias posadas en el espacio físico. Que esta arquitectura hable del guanaco, de la Lenga y del viento no responde a una voluntad formal, sino al resultado de haber proyectado desde el territorio, con sus habitantes y con sus restricciones. En el fin del mundo, el lugar siempre sabe más que el arquitecto o la arquitecta. **ca**

Referencias

- Castañeda Silva, C. (2022). *Identidad territorial y arquitectura: vínculos emocionales y memoria colectiva*. Santiago: Ediciones ARQ.
- Oliver, P. (1987). *Dwellings: The House across the World*. Oxford: Phaidon.
- Teixeira Coelho, J. (2009). *Diccionario crítico de política cultural*. Barcelona: Gedisa.



Ruraridad: habitar el desierto productivo de Chile

En Sierra Gorda, centro de servicios para la gran minería en la región de Antofagasta, la ruralidad tradicional chilena, asociada a los verdes campos y la producción agropecuaria, se transforma en lo que he llamado “ruraridad”: una ruralidad árida donde la tierra, el sol y el mineral redefinen el habitar. Este concepto captura la singularidad de un territorio marcado por el flujo constante de personas, principalmente trabajadores, los cuales habitan el territorio, históricamente, como lugar de paso o como campamento minero, en el desierto más árido del mundo. Aquí, el suelo salino, el clima extremo y el aislamiento no son obstáculos, sino condicionantes que exigen repensar la arquitectura. En este contexto, se están desarrollando tres proyectos vinculados a los Programas de Habitabilidad Rural del Estado: tres conjuntos habitacionales que suman 145 viviendas, divididas entre las localidades de Baquedano y Sierra Gorda. Proyectos que no solo buscan resolver necesidades habitacionales, sino también integrarse a un ecosistema productivo único.

La ejecución de las 145 viviendas unifamiliares en los nuevos barrios de Sierra Gorda (66 viviendas) y Baquedano (77 viviendas) representa mucho más que la entrega de una vivienda. Se trata de crear hábitats completos en medio de la aridez, materializando el concepto de ruraridad para los comités “Villa Alegre” y “Sembrando Sonrisas”, familias que hoy sobreviven en condiciones de albergamiento. Actualmente en etapa de aprobación final, estos

conjuntos no solo sumarán viviendas, sino que expandirán en un 20% el parque habitacional social de la comuna, exigiendo para ello construir las condiciones para la vida comunitaria donde antes solo existía el desierto. En un territorio donde a menudo faltan las redes más básicas, el proyecto comienza por construir la ciudad desde cero: habilitar calles pavimentadas, instalar alumbrado público eficiente y diseñar sistemas de drenaje adaptados a lluvias escasas, pero torrenciales. Es la creación de la primera capa de lo público en un paisaje productivo-extractivo, sentando las bases físicas sobre las que se tejerá la nueva comunidad.

Pero construir la ciudad desde cero en el desierto no se limita a trazar calles. El desafío más profundo radica en factibilizar y ampliar las redes de agua potable, electricidad y saneamiento, en un entorno donde estos servicios son escasos o están sobre exigidos por la propia actividad minera. A esto se suma una dificultad adicional: la alta salinidad del suelo, que en algunas zonas alcanza hasta el 30 %, lo que obliga a realizar tratamientos previos costosos. Estos tratamientos no dependen tanto de técnicas especiales de cimentación, sino de grandes cargas de movimiento de tierra externa que cumplan con las exigencias del terreno, lo que encarece significativamente los proyectos de vivienda. Dichos servicios deben ser garantizados, lo que implica articular tanto a las empresas proveedoras como a las gobernanzas de los territorios, para expandir la capaci-



dad de los sistemas existentes. Este es un trabajo fundamental: sin él, sería imposible pensar en la ejecución de estos nuevos barrios. La ruralidad, por tanto, es también ingeniería y gestión, un puente entre la escala doméstica y las grandes infraestructuras del territorio.

Frente a esta complejidad logística y a la urgencia nacional por disminuir el déficit habitacional, la elección de la construcción industrializada emerge como una solución estratégica. Este sistema, que contemplamos para estos proyectos, permite fabricar componentes de alta calidad en condiciones controladas y trasladarlos para su ensamblaje final in situ. En un territorio aislado y con escasez de mano de obra especializada, esto se traduce en plazos de ejecución drásticamente menores, menor desperdicio de materiales y una calidad consistente y controlada. Más que una mera innovación técnica, es la respuesta pragmática para habitar la lejanía, permitiendo que la comunidad no espere décadas por su hogar. Así, la industrialización se convierte en el vehículo que hace viable este tipo de proyectos, acortando la brecha entre el derecho a la vivienda y la realidad extrema del desierto.

La concreción final de estos proyectos, sin embargo, depende de una articulación política clara que los entienda no como un gasto, sino como una oportunidad. Se requiere una voluntad que trascienda las herramientas, sumada a los recursos adecuados para planificar a largo plazo, junto con una coordinación intersectorial entre ministerios (Vivienda, Obras Públicas, Energía, Salud y Medio Am-

biente) y alianzas público-privadas que asuman estos desafíos como un compromiso con el desarrollo regional. El objetivo último debe ser consolidar la ruralidad árida, en un clima extremo, como una opción de vida plena y deseable, y no solo como un lugar de paso para la fuerza laboral. Estos 145 hogares son, en ese sentido, un acto político: demuestran que es posible generar arraigo y comunidad en el desierto productivo, sentando un precedente para que la ruralidad deje de ser una excepción y se convierta en una política de Estado para habitar Chile en toda su extensión.

Vittorio Realini N., Arquitecto
Coordinador Programa Habitacional
Municipalidad de Sierra Gorda

En colaboración con:
Víctor Gálvez, Arquitecto
Delegación zonal Antofagasta
Colegio de arquitectos de Antofagasta



Los actuales habitantes de los canales de **Aysén**

La región de Aysén se suele asociar a un territorio con destino exótico, lleno de imágenes extremas, con paisajes prístinos y sin presencia de personas. Su geografía es abrupta y discontinua, compuesta por una parte continental cortada transversalmente por altas montañas, profundos valles y fiordos. En este contexto geográfico, el canal Moraleda, parte del mar interior de Aysén; pasa a ser un elemento estructural que recorre la Región de Norte a Sur, la vía marítima que une los poblados insulares desde el archipiélago de Las Guaitecas hasta la laguna San Rafael.

El territorio insular fue poblado por antiguos canoeros, también llamados pueblos de los canales, que lograron sostener una economía local de subsistencia por miles de años, manteniendo una presencia constante en el mar interior y un sistema de vida que se proyecta hasta nuestros días.

Tal como lo relata don Benjamín Nahuelquín (pescador artesanal de 65 años) en una entrevista en el año 2019, quien a sus 8 años ya acompañaba a su padre en cuadrillas de explotación de ciprés.

"... el grupo ahí paramos en Guaitecas, éramos gente del finado Ciriaco Álvarez... Vivían los sobrinos, mantenían la empresa. Era una empresa maderera. En aquellos años no había lancha a motor, no había nada, no había barco, sino que más que todo lancha de velas y botes a remo y botes grandes no chicos"

Al analizar los mecanismos que han permitido a los habitantes de los canales de la comuna de Aysén reproducir su forma de vida; podemos advertir una serie de estrategias frente a fuerzas externas, llámense: encuentro de comunidades, hegemonía, progreso, poder, capital, Estado u otra.

RESISTENCIA AL PODER

Conocer cómo se adaptaron a la inhóspita geografía, cómo han modificado el espacio para apropiárselo y finalmente convertirlo en un lugar adecuado para la vida; nos permite entender cómo estas comunidades permanecen en el territorio insular y llegan hasta nuestros días. Existieron antes del Estado chileno, se desarrollaron en paralelo al Estado y han permanecido a pesar del Estado.

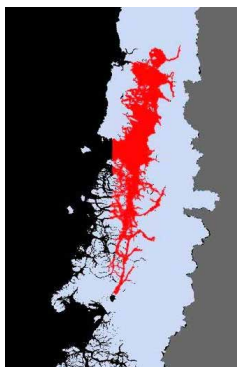
Cuando hablamos de resistencia al poder, lo hacemos en el sentido definido por Michel Foucault. Es decir, resistencia al poder de "sujetos libres", resistencia al poder que se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata. Según el autor *"En general, puede decirse que hay tres tipos de luchas: las que se oponen a las formas de dominación (étnica, social y religiosa); las que denuncian las formas de explotación que separan a los individuos de lo que producen, y las que combaten todo aquello que ata al individuo a sí mismo y de este modo lo somete a otros (luchas contra la sujeción, contra formas de subjetividad y de sumisión)"* (Foucault, El sujeto y el poder, 1988). Este concepto se refleja en la entrevista a don Benjamín sobre la isla Traiguén.

"...No, es que problemas más graves... que el que no teníamos derecho de tierra, pero resulta que la gente nos conocía claro, si nosotros cuando llegó un ciudadano de Estados Unidos."

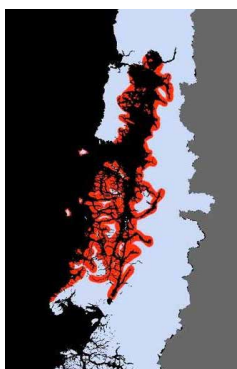
...Pasó un matrimonio y yo le digo como son los grandes capitalistas, los ricos que se comunican todo y le digo nosotros cagamos. Llegó un yate y encontró tierra y encuentran súper lindo el lugar y me dice oiga y cómo está el tema de la isla?"

Usted me sorprendió como un turista que anda va a saber esa lesera y sin embargo lo sabía..., así que un rato me quedé y ahí estamos todavía trabajando y peleando nomas, usted sabe que los que tienen plata tienen los derechos."

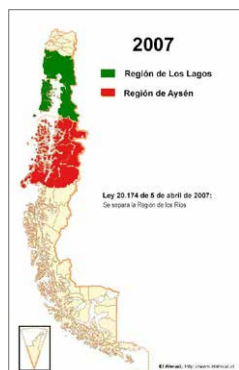
Lo anterior resulta interesante, para entender los procesos que acaecieron y siguen acaeciendo en la zona, que se manifiestan de distintas formas, ya sea como resistencia al poder mapuche (encuentro de estas comunidades en el área del actual Puerto Montt y Chiloé), o al despoblamiento planificado por España (esclavización y reducciones indígenas) o como un conflicto por la posesión de tierras o entre intereses económicos o a través del rol que cumple el Estado en la territorialización del lugar, las reacciones de los pescadores artesanales al manejo del borde costero, los conflictos entre pescadores artesanales, las concesiones acuícolas y la pesca industrial.



Continuo territorial



Áreas habitables históricas



Estos elementos nos hacen plantearnos las siguientes interrogantes:

¿Qué estrategias usan y han usado las comunidades indígenas y los pescadores artesanales actuales para permanecer en el mar, mantenerse en la actividad productiva, reivindicar su territorio y reproducir su forma de vida?

DEFENSA DE UNA FORMA DE VIDA

La región de Aysén presenta conflictos sociales que resurgen cada cierto tiempo, ya sea por carencias de infraestructuras históricas en comparación con el resto del territorio, por los conflictos sociales producto de la disputa por los recursos naturales o por el simple hecho de exigir el derecho a permanecer en sus lugares de origen.

Don Benjamín nos cuenta como fue llegar a este lugar desolado para finalmente ir territorializando el lugar:

“...le hicimos casa a la señora cuando llegó... y ahora llegó igual la obra gruesa... harto poco había. Estaba este rancho, pero al poco tiempo hice mi casa y ahí estaban todos con mis hijos, nosotros somos diez hijos...”

Don Benjamín nos cuenta sobre su trabajo como hachero en las empresas madereras, luego como pionero y pescador en las islas del sur. Y finalmente, la lucha que lleva su familia para que el Estado le reconozca su territorio y el Espacio Marítimo Costero de los Pueblos Originarios en Isla Traiguén.

“... los militares ayudados, porque los militares vendieron la isla y lo que nosotros peleamos con una empresa, era una empresa hotelera a nivel mundial y ahí terminó cuando se destapo la olla, ...como le digo y ahí empezaron a buscar, porque buscaron diferentes formas para aburrirlos (sic), ... los helicópteros salían y llegaba otro, llegaban los tiras, militares, abogados, carabineros y yo conocía y una vez llegó una comisión que dijo que él era el Notario Público y que le firmemos un papel...”

A los pescadores artesanales, como sujetos permanentes de la historia de los canales; podemos situarlos en distintos períodos de tiempo, luchando por mantener su estilo de vida (vida cotidiana) siempre ligados al mar y a los recursos naturales.

Identificar las estrategias utilizadas por los habitantes de los canales para permanecer en este territorio y territorializar el espacio, es una tarea relevante a la hora de proponer acciones que permitan desarrollar una economía local que viabilice su asentamiento y permanencia en el territorio insular.

ESTRATEGIAS DE APROPIACIÓN DEL MAR INTERIOR

La Comuna de Aysén es parte de un continuo geográfico desde Puerto Montt hasta la península de Taitao. Esta continuidad del territorio a través del mar interior, fue utilizada por comunidades indígenas y reconocida, o por lo menos tratada como una unidad territorial, primero por la corona española y luego por el estado de Chile. Solo a partir de 1928, cuando se crea la provincia de Aysén, se separa administrativamente de Chiloé y el área pierde esta unidad territorial.

La continuidad del territorio queda reflejada en la entrevista a don Benjamín, cuando relata su vida (Fig. 1). Nace en Queilen Aituy (isla de Chiloé) (1). A los 8 años trabaja de hachero en el sector Puerto Lagunas (2). A los 14 años trabaja haciendo madera en Las Guaitecas, Valle Marta, hasta el archipiélago de los Chonos (3). A los 20 años, vive junto a un hermano en isla Chaculay (criando ganado y haciendo madera) (4). Se casa en Islas Huichas (5). Y a los 30 años se asienta con su familia en la isla Traiguén (pescando y recolectando mariscos) (6).

El mar interior que va desde Chiloé hasta la península de Taitao, fue y es una unidad geográfica cultural. Es un sector con alta presencia de vestigios arqueológicos, que de acuerdo a historiadores e investigadores (Francisco de Ulloa 1531 y el doctor en Historia Francisco Mena Larraín 1985) formaba parte del mundo canoero y vivían de la pesca y la recolección.

Existen pocos vestigios de asentamientos de esta época, porque al ser un pueblo nómade, solo llevaban con ellos elementos fáciles de transportar: alimentos, pieles, artes de pesca y fuego. Los sectores de las costas, que usaban de refugio, eran utilizados transitoriamente por distintos clanes y eran construidos con elementos naturales perecibles. Sin embargo, además de los conchales, podemos encontrar atavismos culturales que son parte de la tradición chilota y aysenina: la importancia del fuego en la choza (el fogón), el respeto a las conchas y alimentos de origen marino que no debían quemarse, el miedo al bosque impenetrable, el impulso natural a la aventura que les permitió ser contratados por chilenos para cazar lobos marinos y nutrias o formar parte de las cuadrillas de hacheros para la explotación del ciprés.

El encuentro de estos canoeros con el hombre moderno terminó por hacerles desaparecer, primero por los expedicionarios españoles en el siglo XVI, luego avanzada la colonia, enviados a reducciones indígenas en las islas Guar y Cailín (para evitar que las comunidades indígenas ayudaran a los piratas británicos que asolaban el sector) y finalmente, por el fatal encuentro de estos pueblos originarios con hacheros que explotaban los bosques de Aysén.

Refiriéndose a la desaparición del pueblo chono, el almirante Simpson relataba a fines de 1870 en carta al ministro de Marina que: “los brutales hacheros tienen a mérito destruir a todos los que encuentran de esos, para ellos, abominables jentiles.” (Mena, 1985).

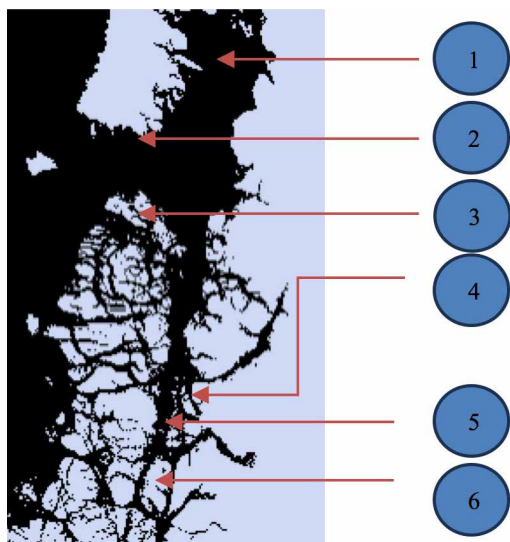


Fig. 1

Estos pueblos originarios fueron desapareciendo paulatinamente en un proceso de erradicación, asimilación y finalmente extinción que duró cerca de 200 años. Sin embargo, quedaron sus conocimientos de la zona, su intervención social del espacio, la transmisión de la ubicación de las áreas habitables, de los refugios naturales, de los lugares de pesca y también de un sincretismo mágico religioso que ha perdurado en algunas tradiciones ayseninas, como vestigios simbólicos de la territorialización de los canales.

LOS CANOEROS NO DESAPARECIERON DE AYSÉN

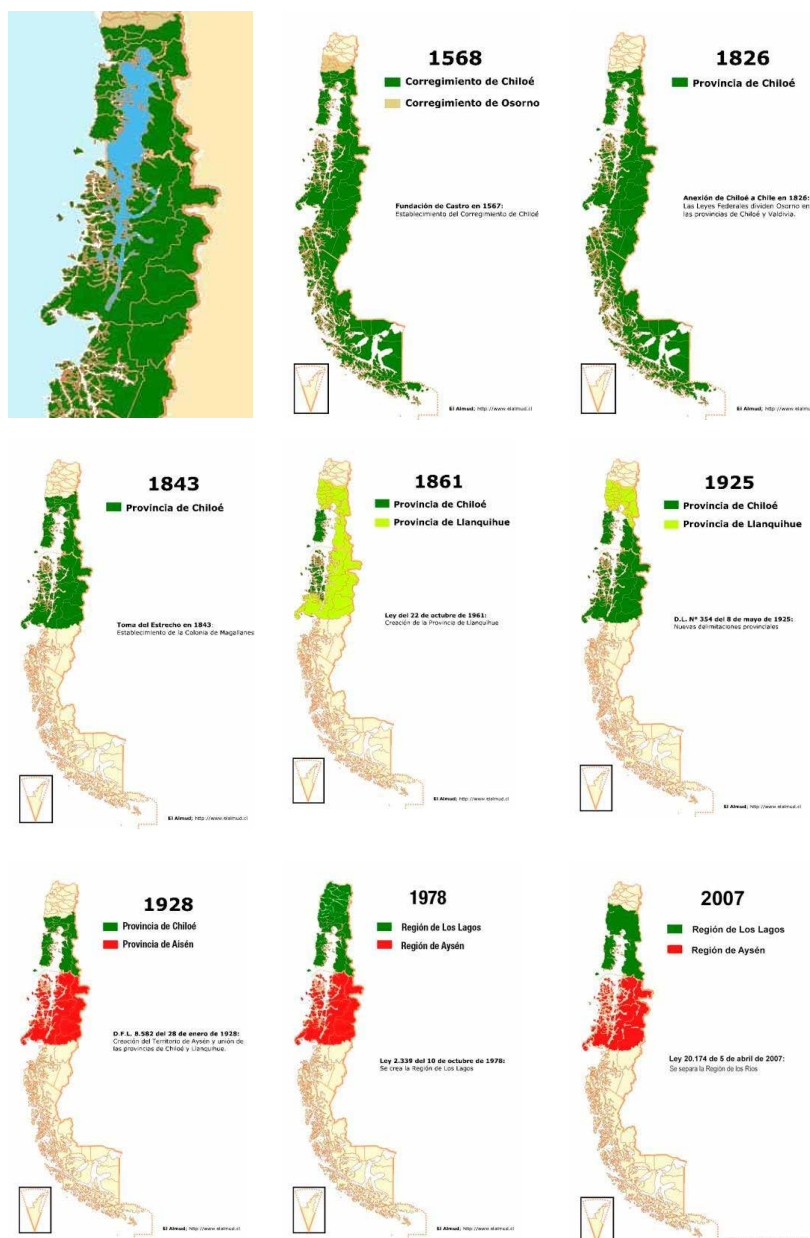
Los habitantes de los canales han permanecido en el territorio hasta nuestros días, los podemos encontrar habitando los mismos lugares que sus antepasados, manteniendo tradiciones, atavismos y expresiones culturales que hacen referencia a su vida anterior reflejada en su vida cotidiana. Un amplio conocimiento ancestral que se ha ido transmitiendo oralmente de generación en generación, que se ve reflejada en la toponimia, en los vestigios de antiguos asentamientos, en conchales, fondeaderos y caladeros.

Cada encuentro con fuerzas externas ha provocado cambios en la vida cotidiana de los habitantes de los canales; sin embargo, a través de distintas estrategias han logrado permanecer en el territorio.

Fernando Miranda Monsalve
Arquitecto
Miembro Comité de Derechos Humanos y Ciudadanos.
Delegación zonal Aysén
Colegio de Arquitectos de Chile



EVOLUCIÓN DE LA CREACIÓN DE LA REGIÓN DE AYSÉN



Neltume/Arquitectura de resistencia

Imaginemos un territorio que está más cerca del límite fronterizo con otro país que con la capital administrativa de la Región de Los Ríos, un lugar enclavado a los pies del volcán Mocho Choshuenco, rodeado por los lagos Panguipulli, Neltume y Pirihueico, todos ellos conectados por el río Fuy y otras muchas vertientes y quebradas de agua cordillerana. Un territorio, en el cual el vacío que queda entre medio de estos grandes elementos, es completamente cubierto de un verde y denso tapiz de las más variadas tonalidades de verde, conformado por milenarios bosques de especies nativas. Y lo nombrado no es más que el soporte o la infraestructura orgánica sobre la cual se cierne un clima riguroso de lluvias permanentes, nevadas invernales, donde el sol y la buena temperatura pasan casi corriendo durante el año...

...Y en medio de esto un poblado minúsculo instalado en el territorio, NELTUME, un arrejuntado de casas, calles y plazas que se acomodan a un costado del río Fuy y a un costado del camino público que lo comunica con el resto de la región de Los Ríos. Quizás, lo más característico del pueblo antes de su actual etapa turística, es que en medio de su reducida trama urbana se levantaba un imponente cerro de chip de madera que atestiguaba su pasado como campamento de explotación forestal del bosque nativo, a través de la empresa estatal COFOMAP (Complejo Forestal y Maderero Panguipulli / 1971-1988)¹, y cuya administración y operación de faenas estaba dirigida por sus propios trabajadores hasta septiembre de 1973. A partir de la fecha, comienza el terrorismo abierto del Estado de Chile en contra de sus trabajadores sindicalizados, donde no es tolerable la organización comunitaria, ni menos su participación activa en el tramado productivo de su propia faena, y solo reducida a una labor de trabajador asalariado.

La relevancia de la COFOMAP como hito del mundo campesino sindical, junto con la presencia del MIR desde el verano de 1970, impulsó al Estado a una violencia inusitada, enmarcada en las masacres de Neltume, Chihuio y Liquiñe durante 1973, convirtiendo a las tierras cordilleras

en un escenario/paisaje de choque, entre la régimen dictatorial y grupos políticos que tomaron la lucha armada como herramienta defensa ante la violencia y represión del Estado. Es en este contexto que un grupo de ex trabajadores y jóvenes del MIR que participaron en el proceso de creación de la COFOMAP a finales de los años 70, se organizan en la Operación Retorno o Plan 78, que implicó el regreso a la zona de Neltume y conformación del Destacamento Guerrillero Toqui Lautaro, grupo que en clandestinidad resistió hasta finales del año 1981, fecha en la cual la totalidad de sus integrantes fueron asesinados, algunos en emboscada, otros detenidos y torturados.²

La resistencia de estos hombres, en plena cordillera, a finales de los setenta y principios de los ochenta, es la resistencia de su Humanidad, sus principios y valores contra la violencia simbólica, que implica la destrucción del sueño campesino iniciado con la reforma agraria, pero esta Humanidad, ineludiblemente, tiene al cuerpo de los sujetos como soporte, un cuerpo que en ese momento también debe luchar contra el territorio donde se enmarca este choque de fuerzas, la cordillera no es un lugar fácil y cómodo para sobrevivir, no es el espacio romantizado del sur de Chile con volcanes hermosos y lagos tranquilos, es una naturaleza hostil al hombre, con inviernos nevados y temperaturas imposibles.

¿Cómo sobrevivir? ¿Qué respuestas son posibles? ¿Qué tiene que ver la Arquitectura en todo esto?

Tal vez la Arquitectura con mayúscula, nada, aquella que imaginamos en edificios y ciudades, nada en absoluto, pero si retornamos a las ideas más primigenias de la búsqueda de protección, la sobrevivencia y la arquitectura han estado estrecha y evidentemente vinculadas. En Neltume los hombres que resistieron, se refugiaron en la tierra, fue la excavación de la tierra, la construcción de estructuras de barro y coligues, conocidos como Tatus, la respuesta arquitectónica que se instala en un territorio extremo de tipo cordillera, donde cada día de subsistencia

▼
1 El otoño de los Raulíes. Poder popular en el complejo forestal y maderero Panguipulli (Neltume, 1967-1973), Cristóbal Bize Vivanco. Tiempos Robado editoras, enero

2 Antecedentes históricos sobre el Complejo Forestal y Maderero Panguipulli, provincia de Valdivia, Centro-sur de Chile. José Barrena Ruiz a,c,*; Maite Hernando Arrese a,d, Fernanda Rojas Marchini. BOSQUE 37(3): 473-484, 2016. Revisado 24 de abril de 2026 <https://www.scielo.cl/pdf/bosque/v37n3/art04.pdf>



Fotografía del espacio que ocupaba el Campamento CGDTL/ Fuente: Página web Museo Neltume

es un triunfo menor, antes de la desaparición total de lo construido por el hombre. Estos espacios subterráneos de pequeñas dimensiones, sostenidos y forrados por coligues, fueron posicionados a distancia del campamento base de los guerrilleros, en ellos, aparte del reducido espacio de albergue, se podían resguardar víveres, armas y todo lo necesario para enfrentar a la naturaleza y al hombre en el Chile de 1981.

Del antiguo Campamento guerrillero solo quedan vestigios de los Tatus, apenas puntos de accesos semienterrados y cavidades subterráneas de tierra húmeda, mientras todo el resto de espacios y construcciones que lo conformaban fueron devorados por la naturaleza. Como una forma de proteger este sitio de memoria, la Comunidad de Neltume, agrupada en torno al Centro Cultural Museo y Memoria Neltume, logró impulsar que este espacio fuese declarado Monumento Nacional en la categoría de Monumento Histórico el año 2018. Esta fecha marca el punto de partida que justifica el desarrollo de un proyecto de puesta en valor de este lugar, que consistió en un registro y experiencia 3D del sitio de memoria del Campamento 83 del Destacamento Guerrillero Toqui Lautaro (CDGTL), ejecutado por un equipo

variado de profesionales, entre las que se cuenta la arquitecta colegiada Constanza Chamorro Palma, el proyecto consistió en registrar y mapear a través de medios audiovisuales el espacio que comprendió el antiguo campamento, acompañando con relatos e información contextual de la dimensión histórica, territorial y ambiental que rodean el sitio, para finalmente ser divulgados a la comunidad mediante herramientas y soportes tecnológicos de realidad virtual que permitan lograr una experiencia inmersiva del sitio de memoria.

Carlos Osorio Olavarría
Presidente de la delegación zonal de Los Ríos
Colegio de Arquitectos de Chile A.G



Viento Puelche

Delegación Lago Villarrica

En Mapudungun el término “*pwel*” significa este y “*che*” significa gente, lo que se traduce como “gente del este” de la misma manera que este viento cálido, esporádico y fuerte, van desde la cordillera al valle.

La sabiduría popular y ancestral en los campos alrededor del lago Villarrica; si sopla un solo día, al día siguiente lloverá sin falta. Si resiste tres días, se avecinan tres días de sol y cielos despejados.

Pero estos fuertes vientos no solo traen una predicción del clima, también generan el volado de techumbres, el volcamiento de letreros y mayormente la caída de árboles sobre los caminos y el tendido eléctrico, produciendo cortes de tránsito y del suministro eléctrico afectando constantemente la zona rural.

Siendo un problema constante ¿no deberíamos ser resilientes? diseñando y ejecutando soluciones que consideren la realidad climática local, por ejemplo; La ciudad de Nueva York comenzó a soterrar su cableado tras la devastadora gran ventisca de 1888. En la Ciudad de la Habana, la red eléctrica está soterrada desde 1925 para protegerla de la temporada de huracanes.

¿Será más económico reparar constantemente los postes y cableado del tendido eléctrico dañado, que la inversión

de soterrar progresivamente, considerando los cortes de camino, de luz y accidentes que esto genera anualmente?

Delegación Lago Villarrica

La reciente formación de la delegación “Lago Villarrica” la componen principalmente las comunas de Villarrica y Pucón. Las cuales tienen en común no solo ciudades que crecen alrededor del lago uniéndose entre ellas por el área rural intercomunal, también tienen en común el habitar en torno al volcán Villarrica, ríos y bosques con una gran biodiversidad, llenos de una belleza escénica. Es este entorno en el cual diseñamos, con desafíos de un desarrollo sostenible y respetuoso.

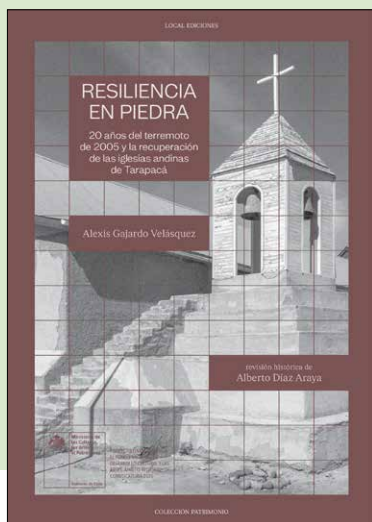
... Bajo los volcanes, junto a los ventisqueros, entre los grandes lagos, el fragante, el silencioso, el enmarañado bosque chileno...

Quién no conoce el bosque chileno, no conoce este planeta.

(fragmentos del poema “El bosque chileno” P. Neruda)

Delegación zonal del Lago Villarrica
Colegio de Arquitectos de Chile

Reseñas de libros



► **Resiliencia en piedra. 20 años del terremoto de 2005 y la recuperación de las iglesias andinas de Tarapacá.**

Alexis Gajardo Velásquez

Local Ediciones

Enero 2026

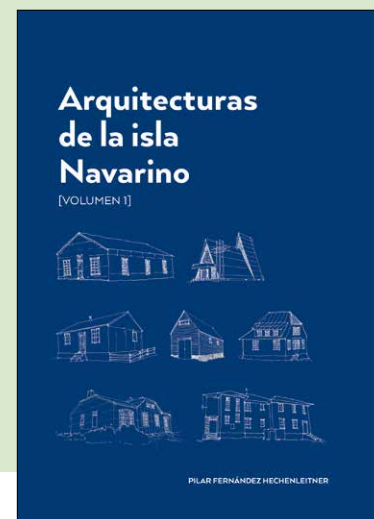
ISBN: 978-956-9862-28-1

Formato: 15 x 21 cm / 190 páginas / Impreso

A las 18:44 horas del 13 de junio de 2005, mientras la comunidad de Mocha celebraba a su patrono San Antonio, la tierra se estremeció a lo largo y ancho de toda la Provincia del Tamarugal. El sismo de magnitud 7,8 en la escala de Richter fue percibido en la costa de la Región de Tarapacá y en otros territorios aledaños, causando estragos en las localidades precordilleranas. El corte de caminos acompañó la destrucción casi total de los pueblos y sus viviendas de adobe y piedra, pero, por sobre todo, impactó severamente en sus templos. Debido al vínculo de estas comunidades con su historia y su territorio, la destrucción de sus iglesias representó algo mucho más complejo que una simple pérdida material. El valor simbólico y cultural asignado por las comunidades a cada uno de estos inmuebles es mayor a cualquier otro atributo.

Entre 2006 y 2014, se ejecutaron múltiples proyectos de restauración y reconstrucción de templos. La dificultad técnica que representaba restaurar inmuebles de adobe, piedra y mixtos significó un desafío inmenso, tanto para los equipos encargados del diagnóstico, diseño y ejecución de las obras como para los organismos que debían velar por que las intervenciones respetaran y resguardaran el espíritu de estos edificios. A 20 años del terremoto, resulta indispensable revisar en retrospectiva este proceso de recuperación y puesta en valor patrimonial, que no solo permitió volver a poner de pie estas iglesias andinas, sino también que las comunidades volvieran a reunirse en torno a ellas.

Esta publicación se concentra en el caso de las iglesias de Sibaya, Huaviña y Mocha, en base a tres momentos: el primero como un contexto histórico a través del relato desarrollado por Alberto Díaz Araya, especialista en la historia y religiosidad andina, junto a los primeros registros fotográficos y patrimoniales que Roberto Montandón realizó de estos templos; el segundo, introducido a través del testimonio de dos importantes actores dentro del proceso de recuperación, acompañado con material fotográfico de un periodo cercano al sismo de 2005; y un tercer momento con los tres templos en su condición actual, entregados y reapropiados por sus comunidades, dando cuenta de su resiliencia. En este libro, la fotografía cumple un rol fundamental, como registro documental y objeto, invitando al lector a viajar por la historia del Norte Grande de Chile a través de sus imágenes.



► **Arquitecturas de la isla Navarino**

Pilar Fernández Hechenleitner

Local Ediciones

Octubre 2024

ISBN: 978-956-9862-19-9

Formato: 15 x 21 cm / 138 páginas / Impreso

Arquitecturas de la isla Navarino constituye una selección de los distintos tipos de arquitecturas presentes en esta isla del archipiélago de Tierra del Fuego, en la región de Magallanes, e indaga en la variable espacial y formal de estas construcciones a fin de aportar antecedentes inéditos respecto de su historia edificada y sus autores. Recurriendo al desarchivo de planimetrías originales, redibujos de nuevos planos, fotografías de archivo e imágenes actuales, los casos presentados transitan desde las primeras manifestaciones espaciales y formales propias del pueblo Yagán, hasta 1975. Todos ellos son representativos de determinados contextos históricos, de vinculación con una geografía singular, de materiales y tecnologías disponibles, y del conocimiento de sus primeros habitantes. Mientras numerosos ejemplos se construyeron in situ y otros fueron preconcebidos para ser transportados, algunos permanecieron solo como obras proyectadas. No obstante, varios de ellos todavía son visibles y componen parte del valioso acervo histórico y patrimonial de este territorio austral.



► Retratos del Paisaje

Valentina Cárdenas Espinoza, Jacqueline Puratich Pacheco y Ashley Stanton-Yonge Sesnic
Editorial Sa Cabana
2025
ISBN: 978-956-9082-36-8
175 páginas

Retratos del Paisaje es un ejercicio exploratorio orientado a la definición de treinta paisajes de la Región de Magallanes. Surge de la necesidad de comprender la morfología y la arquitectura de los complejos territorios patagónicos, y cómo estos configuran y condicionan nuestra experiencia como sociedad al habitarlos.

A partir de ello, se proponen diversas lecturas que abordan tanto su génesis geológica como los imaginarios culturales que los rodean. En este sentido, Retratos del Paisaje busca generar nuevos lenguajes que contribuyan a la democratización y comprensión del conocimiento científico, al mismo tiempo que superpone miradas diversas que construyen y tensionan sus significados socioculturales.

El proyecto se estructura en dos tipos de lectura. Por un lado, los Imaginarios del Paisaje, donde se proponen categorías como Paisaje Distante, Paisaje Oculto y Paisaje de la Memoria. Estas se entienden como percepciones y significados construidos a partir de la geografía, los recursos del territorio y las vivencias emocionales e históricas que reconocemos en ellos.

Por otro lado, se plantea la Geolectura, que incorpora categorías como Sistema Glaciar, Magmas y Volcanes y Sistema Fluvial, entre otras. En esta dimensión se describen los procesos que han dado forma a estos paisajes: huellas tectónicas, la acción del viento, ríos y glaciares que esculpen su morfología a lo largo de cientos, miles e incluso millones de años.

Cada paisaje está acompañado por fotografías análogas y un croquis explicativo, concebido como una bitácora de estudio propia de un viajero.

En este cruce de miradas, Retratos del Paisaje se presenta como un proyecto novedoso que invita a observar el territorio con una renovada curiosidad: una curiosidad científica, orientada a comprender la génesis de los paisajes y los procesos que han dado forma a su morfología; y, al mismo tiempo, una curiosidad sensible, vinculada a los significados emocionales y socioculturales que proyectamos sobre ellos. Es en la intersección de ambas lecturas donde se activa el carácter más vertiginoso del proyecto: un juego de superposiciones que tensiona y amplía nuestra manera de ver, entender y habitar el paisaje.



► Arquitecturas Populares de Dalcahue

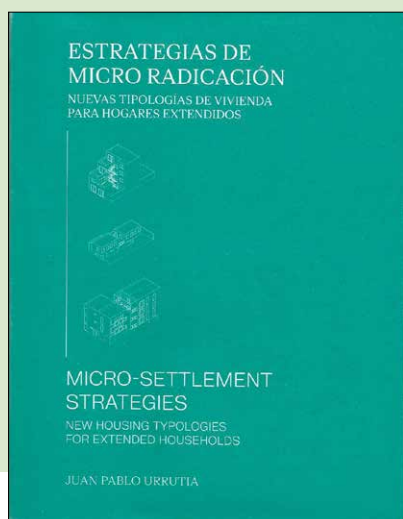
Pamela Cebrero, Jorge Inostroza y Olivia Medina
Editorial OsoLiebbre
2025
100 páginas

Arquitecturas Populares de Dalcahue surgió como proyecto el año 2022, con la inquietud de ampliar la mirada sobre el patrimonio arquitectónico de Chiloé y aportar a la protección de su diversidad cultural. Sus autoras, residentes en el archipiélago desde el 2013, coincidieron en la necesidad de explorar en profundidad este territorio más allá de los hitos reconocidos en el circuito del Sitio Patrimonio Mundial.

Su proceso fue desarrollado al ritmo de Chiloé, con una hoja de ruta diseñada desde confianzas construidas con la comunidad dalcahuina y la propia experiencia profesional en proyectos similares. Ello facilitó el vínculo con dirigentes de juntas de vecinos rurales, cuya guía fue fundamental. La idea de hacer un libro sobre casas de Dalcahue fue presentada en sus espacios habituales de organización, al alero de la Unión Comunal de Junta de Vecinos. Luego, cada vez que se visitaba una comunidad desconocida, se invitaba al o la dirigente a participar del recorrido y presentar al equipo en las casas que se visitaban. Cuando no era posible contar con su compañía, simplemente se tocaba la puerta, que casi siempre se abría con naturalidad: Pasen, sienten, caloren.

Así, tomando mate en la cocina y escuchando las historias que cada familia tenía para contar, se registraron morfologías, materialidades y formas de habitar de más de 70 viviendas rurales de la comuna. En base a este registro, el 2023 se publicó una primera edición que fue entregada a las comunidades participantes en un acto solemne en el que cada familia recibió además un documento formal de reconocimiento del valor patrimonial de su casa, firmado por la Delegación Chiloé del Colegio de Arquitectos de Chile.

A 2 años de ese hito, esta segunda edición revisa los 20 casos más representativos del catastro y profundiza la reflexión en torno reconocimiento de las arquitecturas populares como patrimonio y en particular de los conjuntos rurales de Chiloé como parte fundamental de sus paisajes culturales.



► ***Estrategias de Micro Radicación: Nuevas tipologías de vivienda para hogares extendidos***
(Micro-Settlement Strategies: New Housing Typologies for Extended Households)

Autor principal / editor general: Juan Pablo Urrutia

Local Ediciones

Marzo 2026

Primera edición

ISBN: 978-956-9862-26-7

Registro de propiedad intelectual: 2026-A-644

Español / Inglés (edición bilingüe)

La obra sobre micro radicación desarrollada por Juan Pablo Urrutia y su equipo constituye un aporte notable al debate contemporáneo sobre vivienda, no solo por la solidez de una investigación prolongada y rigurosa, sino por su capacidad de traducir una problemática social compleja en propuestas concretas de diseño arquitectónico. En continuidad con una tradición disciplinar chilena que remite a autores como John Turner, Joan MacDonald, Montserrat Palmer, Francisco Vergara y especialmente Edwin Haramoto, el libro retoma la vivienda como proceso, sistema y soporte dinámico de la vida cotidiana, avanzando desde el diagnóstico hacia una exploración tipológica profundamente proyectual.

Uno de sus principales méritos radica en reinterpretar el allegamiento, la co-residencia y la vida en familias extendidas no solo como expresión de déficit, sino como una oportunidad para fortalecer redes familiares, capital social y arraigo territorial. Desde esta perspectiva, la micro radicación aparece como una estrategia socialmente pertinente, compatible con instrumentos de política pública y capaz de responder a necesidades reales de amplios sectores urbanos vulnerables. Sin embargo, allí donde reside su principal fortaleza —la solidaridad interfamiliar como base del modelo— también emerge una limitación: su campo de acción podría ampliarse considerablemente si esta lógica se proyectara hacia formas más abiertas de densificación predial, incorporando a propietarios de lotes urbanos como actores activos de pequeños procesos de desarrollo inmobiliario.

El libro deja entrever, quizás de manera aún incipiente, una cuestión de enorme relevancia para el urbanismo contemporáneo: el reconocimiento del lote como unidad básica de

regeneración urbana. Esto conecta directamente con enfoques de urbanismo basado en el lote y con experiencias internacionales como la “antiparochi” griega, donde la transformación progresiva, distribuida y predial permitió producir ciudad desde abajo. En este sentido, la micro radicación puede leerse no solo como una solución habitacional específica, sino como una estrategia potencial de densificación equilibrada, regeneración barrial y democratización de la producción urbana. El desafío pendiente está en escalar esta lógica mediante marcos normativos, financieros y tecnológicos adecuados, permitiendo que una propuesta hoy principalmente social y experimental pueda transformarse en una política urbana de alcance más estructural. Más que clausurar una discusión, este libro abre una agenda fundamental para pensar nuevas formas de habitar, densificar y regenerar nuestras ciudades.

Seminario Inter comités:

Amenazas y Resiliencias.

El diseño en la era del cambio climático



Fotografía con algunos de los panelistas, colaboradores y representantes del Colegio de Arquitectos, de Izquierda a derecha, Fernando Medina, Danny Lobos, Jadille Baza, Juan Piedra, Isabel Martínez, Vanessa Zadel, Ivonne Mella y Cecilia Leiva.

En el marco de la XXIII Biental de Arquitectura y Urbanismo de Chile, se desarrolló el seminario “Amenazas y Resiliencias: El diseño en la era del cambio climático”, una instancia inédita de trabajo colaborativo que reunió a cinco comités asesores del Colegio de Arquitectos de Chile: Arquitectura Deportiva, Tecnología, Sustentabilidad, Paisaje y Accesibilidad Universal, en conjunto con la Unión Internacional de Arquitectos (UIA).

Este encuentro no solo evidenció la diversidad de miradas dentro de la disciplina, sino que también consolidó una visión transversal sobre el rol de la arquitectura frente a los desafíos contemporáneos. La crisis climática, los desastres naturales y las brechas sociales exigen hoy una arquitectura capaz de anticiparse, adaptarse y responder de manera integral a escenarios complejos e inciertos.

El seminario se estructuró en dos bloques temáticos que permitieron abordar la resiliencia desde distintas escalas y enfoques. En el primer bloque, se profundizó en la relación entre tecnología, sustentabilidad y riesgo, mientras que el segundo puso énfasis en el paisaje, la infraestructura deportiva y la accesibilidad universal como herramientas de adaptación y cohesión social.

Desde una perspectiva global, el saludo inicial del programa Architecture for All de la UIA, representado por el

arquitecto Allen Kong, situó el debate en un marco ético y cultural más amplio. Su intervención destacó la necesidad de comprender el territorio como un sistema integral, donde naturaleza, sociedad y cultura están profundamente interrelacionadas. Esta visión refuerza la idea de que el diseño arquitectónico no puede limitarse a resolver problemas técnicos, sino que debe asumir una responsabilidad social y ambiental de largo plazo.

Uno de los aportes relevantes del primer bloque fue la exposición sobre la identidad sísmica de la arquitectura chilena. Se planteó que la condición geográfica del país, marcada por la interacción de placas tectónicas, ha moldeado no solo nuestras ciudades, sino también nuestra cultura constructiva. A lo largo de la historia, los terremotos han impulsado procesos de aprendizaje que hoy posicionan a Chile como referente en tecnologías antisísmicas. Sin embargo, el desafío actual no es solo resistir los eventos, sino garantizar la continuidad operativa de las edificaciones, especialmente aquellas que cumplen roles críticos en emergencias.

En esta misma línea, la evolución del sistema de certificación CES hacia un enfoque de resiliencia marcó un punto de inflexión en la discusión. La incorporación de criterios de adaptación al cambio climático, gestión de riesgos y desempeño post-desastre evidencia un cambio de paradigma: ya no basta con construir edificios eficientes, sino que estos deben ser capaces de responder activamente frente a amenazas múltiples. La integración de estrategias como infraestructura verde, diseño pasivo y sistemas energéticos autónomos refleja una arquitectura que entiende la sostenibilidad como un proceso dinámico.

El seminario se estructuró en dos bloques temáticos que permitieron articular una mirada integral sobre la resiliencia desde distintas disciplinas. El primer bloque reunió a **Diego Mellado Nogueira**, del Comité de Tecnología; **María José Ibaceta**, del Comité de Sustentabilidad; y al invitado internacional **Cid Blanco**, de la Comisión de los ODS de la UIA (Brasil), bajo la moderación de la arquitecta **Paola Molina**, ex presidenta del Comité de Sustentabilidad. En el segundo bloque, en tanto, participaron **Carolina del Solar Silva**, del Comité de Paisaje; **Isabel Martínez Rodríguez**, del Comité de Arquitectura Deportiva; **Ivonne Mella Vidal**, del Comité de Accesibilidad Universal; y la invitada internacional **Vanessa Lucianna Zadel Velásquez**, del programa

Architecture for All de la UIA (Perú), siendo moderado por la arquitecta **Cecilia Leiva**, presidenta del Comité de Accesibilidad Universal. En conjunto, ambos bloques permitieron abordar el diseño resiliente desde la tecnología, la sustentabilidad, el paisaje, la infraestructura deportiva y la accesibilidad, evidenciando la riqueza del trabajo colaborativo entre comités.

El primer bloque también permitió abrir el debate a escala latinoamericana, destacando la importancia de reducir las desigualdades en la capacidad de adaptación frente al cambio climático. En este contexto, la planificación urbana y la política pública aparecen como herramientas clave para garantizar que la resiliencia no sea un privilegio, sino un derecho.

El segundo bloque del seminario abordó la resiliencia desde una dimensión más territorial y social. La exposición sobre mosaicos territoriales propuso una mirada innovadora para la planificación de zonas periurbanas, entendidas como espacios de transición entre lo urbano y lo rural. A través de la conectividad ecológica y la gobernanza colaborativa, estos sistemas permiten integrar naturaleza, producción, cultura y comunidad en una red multifuncional. Esta aproximación no solo mejora la biodiversidad y la gestión hídrica, sino que también fortalece la identidad local y la cohesión social.

En paralelo, la reflexión sobre arquitectura deportiva evidenció el potencial de estos recintos como infraestructura crítica. Tradicionalmente concebidos para la práctica del deporte, estos espacios han demostrado, en contextos de emergencia, una capacidad espontánea de reconversión como albergues, centros de acopio y puntos de encuentro. Sin embargo, esta condición ha sido históricamente improvisada. El desafío actual es diseñarlos desde su origen con criterios de resiliencia, incorporando autonomía energética, gestión hídrica, flexibilidad espacial y accesibilidad universal.

La accesibilidad, precisamente, se consolidó como uno de los ejes centrales del seminario. Desde el Comité de Accesibilidad Universal se enfatizó que no puede existir resiliencia sin inclusión. Las personas en situación de discapacidad, adultos mayores y comunidades vulnerables son quienes enfrentan mayores dificultades en contextos de desastre. Por ello, la planificación urbana y el diseño arquitectónico deben garantizar rutas de evacuación accesibles, sistemas de comunicación inclusivos y espacios seguros para todos.

Esta mirada se ve reforzada por los lineamientos de la UIA, que plantean la resiliencia como un proceso continuo que integra anticipación, adaptación y recuperación. La arquitectura, en este sentido, debe ser capaz de acompañar a las comunidades en todas las etapas del ciclo de desastre, promoviendo soluciones flexibles y culturalmente pertinentes.

Otro aspecto relevante abordado en este bloque fue la gestión de desastres desde una perspectiva urbana. La experiencia chilena, marcada por terremotos, tsunamis, incendios y eventos climáticos extremos, evidencia la necesidad de integrar la memoria histórica en los instrumentos de planificación. Aprender de los errores del pasado y traducir ese conocimiento en normativas y proyectos concretos es fundamental para evitar la repetición de escenarios de riesgo.

El seminario concluyó con una reflexión transversal sobre el rol del arquitecto en el contexto actual. Más allá del diseño de edificios, se plantea la necesidad de actuar como articuladores entre distintas escalas y actores: Estado, comunidad, academia y sector privado. La arquitectura se posiciona, así como una disciplina estratégica para el desarrollo sostenible, capaz de generar impacto no solo en el espacio construido, sino también en la calidad de vida de las personas.

La experiencia de este seminario inter comités demuestra que los desafíos contemporáneos no pueden abordarse de manera fragmentada. La resiliencia exige una mirada integrada, donde tecnología, paisaje, infraestructura, sostenibilidad y accesibilidad dialoguen de forma permanente.

En definitiva, este encuentro representa un paso significativo hacia la construcción de una arquitectura más consciente, inclusiva y preparada para el futuro. Tal como se destacó en el cierre del seminario, diseñar hoy implica asumir la responsabilidad de proyectar territorios capaces de adaptarse, resistir y transformarse frente a las múltiples amenazas que enfrenta nuestra sociedad.

El trabajo colaborativo entre comités, sumado a la vinculación con organismos internacionales como la UIA, abre nuevas oportunidades para fortalecer el rol del Colegio de Arquitectos como actor clave en la discusión pública. Más que una instancia puntual, este seminario se posiciona como un punto de partida para continuar desarrollando estrategias y lineamientos que orienten la práctica arquitectónica hacia un enfoque verdaderamente resiliente. **ca**



Primer Bloque del seminario, de izquierda a derecha, moderadora Paola Molina, Panelistas, María José Ibáñez, Diego Mellado, Cid Blanco y Maximiliano Bolados.



Convocatoria Revista CA: La enseñanza de la arquitectura en Chile

El Colegio de Arquitectos de Chile invita a arquitectas, arquitectos, docentes, investigadoras, investigadores, estudiantes y profesionales vinculados al campo de la arquitectura y la ciudad a enviar contribuciones para el próximo número de la Revista CA, dedicado a reflexionar sobre la enseñanza de la arquitectura en Chile.

En un contexto marcado por profundas transformaciones sociales, ambientales, tecnológicas y territoriales, resulta imprescindible preguntarnos cómo se está formando a las nuevas generaciones de arquitectas y arquitectos. La crisis climática, el déficit habitacional, la desigualdad urbana, los cambios en los modos de habitar, la irrupción de la inteligencia artificial, la transformación del trabajo profesional y los desafíos de la planificación territorial interpelan directamente a nuestras escuelas y facultades.

Este número busca abrir un espacio de reflexión crítica y propositiva sobre los modelos formativos, los planes de estudio, la relación entre enseñanza y práctica profesional, el rol del proyecto arquitectónico, la investigación, la innovación pedagógica, la vinculación con el medio, la formación ética y el compromiso público de la arquitectura. Interesa recoger miradas diversas que permitan reconocer avances, tensiones, vacíos y oportunidades para repensar la educación arquitectónica desde las realidades del país y sus territorios.

Invitamos a presentar artículos, ensayos, experiencias docentes, investigaciones, entrevistas, reseñas y reflexiones visuales que contribuyan a este debate colectivo. La Revista CA aspira a constituirse en una plataforma abierta para pensar, desde la disciplina y desde sus instituciones, qué arquitectas y arquitectos necesita Chile para enfrentar los desafíos del presente y del futuro.

Las contribuciones seleccionadas formarán parte de una edición que busca fortalecer el diálogo entre academia, profesión, estudiantes, instituciones públicas y sociedad civil, reafirmando el papel de la arquitectura como práctica cultural, técnica, social y territorial al servicio del bien común.

ca

156
ciudad y arquitectura
septiembre-Diciembre 2026

EDUCACION Y ARQUITECTURA



Pablo Picasso
"Como se enseña Arquitectura en Chile"

Kasimir Malevich
"El uso del infinito en la pedagogía de las Escuelas de Arquitectura en Chile"

Frida Khalo
"Entrevista al uso del color en los espacios habitables"



Número 156

Editorial

La voz del COA

Tema Central

La voz de las delegaciones



www.colegioarquitectos.com



memo_vi